ALFAGUARA INFANTIL

Queridos monstruos

(10 cuentos para ponerte
los pelos de punta)

Elsa Bornemann

Ilustraciones de Oscar Delgado

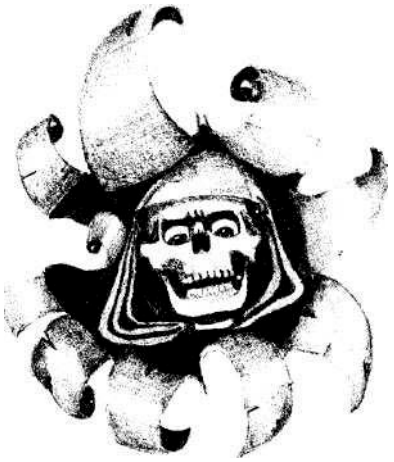
Queridos monstruos

(10 cuentos para ponerte los pelos de punta)

Elsa Bornemann

ALFAGUARA

1991, ELSA BORNEMANN DE ESTA EDICIÓN:
1991, AGU1LAR, ALTEA, TAURUS, ALFAGUARA,
S.A. DE EDICIONES
BEAZLEY 3860-1437 BUENOS AIRES
DE LAS ILUSTRACIONES DE TAPA E INTERIORES:
1991, ÓSCAR DELGADO
ISBN: 950-511-127-4
IMPRESO EN ARGENTINA



A Harlem
-pequeña amiga que anda por mis sueños-
con la esperanza del encuentro
en los días que vendrán.

INDICE

Queridos monstruos 1

Prólogo..... 6

Extraño amor 9

El malo de la película..... 18

Con la piel de gallina 25

El loco de la patada 35

La muerte se hospeda en “El Blanqueado”..... 42

Queridos monstruos 49

En el fondo del jardín..... 57

Ellas también desean andar en bicicleta..... 62

La Luisona 69

¿Dónde queda el futuro?..... 79

Epílogo..... 86

Prólogo

Los espectros no estamos a salvo del aburrimiento y cada cual emplea su método para combatirlo, igual que los seres vivos.

El mío —por ejemplo— es mirar algún programa de televisión. Para ello, suelo atravesar las paredes de una casa próxima al teatro en donde estoy instalado. Entonces, veo lo que la familia que reside allá haya seleccionado como entretenimiento.

Ni cuenta que se dan de mi presencia ya que permanezco invisible a voluntad, como es obvio.

Elegí esa casa porque sus habitantes disfrutan de esta era de comunicación intersatelital —antena parabólica incluida— y así les resulta posible sintonizar transmisiones de todo el mundo. Por eso, pude ser un espectador más de aquel programa lanzado al aire desde la República Argentina.

¡Qué conmoción interior se me produjo cuando —de repente— se proyectó la imagen en colores de esa rubia, invitada a un ciclo periodístico!

Era ella*, sin dudas. La reconocí —de inmediato— a pesar de los años transcurridos desde las lejanas oportunidades en que había estado conmigo. Una nena entonces. Una mujer ahora. Una escritora — "de notable éxito", anunciaban— que sonreía a las cámaras mientras era sometida a un reportaje en torno a su literatura de terror... y declaraba que Frankenstein había sido su monstruo favorito durante la infancia... Para colmo, comentaba —con lujo de detalles— la amorosa anécdota de sus primeros encuentros y pregonaba que él mismo le había escrito el prólogo de "¡Socorro!", su último libro de cuentos de miedo publicado...*

Grrr. Arfff. Puaj. Babas verdes empezaron a deslizarse desde las comisuras de mis labios. En el estómago... ácido, bebé. La envidia me corroía el alma.

¿De modo que ella aseguraba que prefería a ese mamarracho creado con sobras humanas, alguien que parece la más extravagante propaganda de un centro de transplantes? ¿Así que ni siquiera un breve recuerdo para mí, el campeón de lo macabro?

—¡Traicionera!— le grité entonces, como si pudiera escucharme—. ¿Acaso —de chiquita— no te quedabas como hipnotizada frente al aparato de tevé todos los sábados a la noche, cuando transmitían en Buenos Aires —y en capítulos— la tremebunda historia de mi vida? ¿Acaso no devorabas —reiteradamente— la obra de Gastón Leroux, que la narra con pelos y señales? ¿Quién era —si no— la más entusiasta consumidora de cuanta película se filmó, basándose en mi tragedia?

Ah, la ingrata... De ese modo me pagaba el pánico que había experimentado gracias a mí*... Yo no podía soportar tamaño olvido...*

Entonces, decidí aparecerme frente a ella y exigirle una reparación del

daño que me estaba causando. De lo contrario...

Esa vez sentí—con insólita intensidad— el placer de ser un fantasma, que sus ventajas tiene, claro: no me cuesta nada trasladarme a través del tiempo y del espacio...

Ella se hallaba sola —en un camarín del canal— quitándose el exceso de pintura con el que la habían maquillado para su presentación en el programa, que acababa de concluir.

De golpe, me planté a sus espaldas y me quité la máscara que oculta el espanto de mi rostro desfigurado.

Me vio a través del espejo. Ignoro si tuvo conciencia de que yo estaba realmente *allí o si creyó que era un producto más de su imaginación. Porque lo cierto es que —enseguida— se volvió hacia mí, abandonó la butaca y me estrechó en un abrazo, a la par que murmuraba: —Erik... Oh, Erik... Hace tanto... sin sus noticias... ¡Y qué extraña coincidencia! Venir justamente hoy... fecha en la que conté que —pronto— se va a publicar mi nuevo volumen de cuentos de terror... y expresé mi deseo de que fuera* usted *quien escribiese el prólogo...!*

Yo no había visto el final del programa, ocupado como había estado durante esos segundos con mi vertiginosa mudanza desde Europa hasta los estudios de la teleemisora argentina. Por eso, su actitud y sus palabras me tomaron totalmente por sorpresa. Se me antojaba oír la más hermosa de las arias resonando en mis oídos. ¡Ella no me había olvidado! ¡Me distinguía con su cariñosa evocación y esperaba que fuera su prologuista! El ácido que me carcomía las pesadillescas tripas se transformó en almíbar, bebé.

Y bien; sintetizo: como mi pasión es la música, compuse la romanza cuya letra leerás más abajo, a manera del prólogo que la rubia me pidió (la melodía es un secreto, de mi corazón al de ella..., como también lo es la del texto que se me ocurrió ofrendarle —regalo sorpresa— para el epílogo).

Ella. *Considero que ni falta que hará —a esta altura de mi relato— que te confirme que se trata de la encantadora y nunca bien ponderada Elsa Bornemann, ¿ no?*

Buah. Me toca despedirme —hasta el fugaz reencuentro de última página— con el convencimiento de que este libro que está entre tus manos y bajo la incanjeable mirada de tus ojos ha de convertirse en un extraordinario "best-seller" de la literatura dedicada a los jovencitos.

Palabra de fantasma, bebé.

ROMANZA DE APERTURA PARA "QUERIDOS MONSTRUOS"

Con los pelos de punta...
Con la piel de gallina...
ya la noche despunta
y el horror se avecina.

De amores embrujados,
de hechos truculentos
o bien afantasmados
se trata en estos cuentos...

Historias inquietantes...
Pavorosos enredos...
Seres espeluznantes...
te harán caer de miedo.

A enfrentar el espanto
que se abre la función.
(Desde ya, te adelanto:
te helará el corazón...)

A ajustarse el cinturón
que empieza el viaje...
Será fuerte la emoción:
¡Junta coraje!

FIRMADO: EL FANTASMA DE LA OPERA

P.D.: ¡Seguro que —ahora— el que deberá de estar trinando de celos es El Jorobado de Notre Dame, ja!

Extraño amor

Comenzó su breve recital melódico con un carnavalito.

Esa tarde, podía hacerlo tranquila porque estaba sola en casa. De lo contrario, rezongos de su mamá, protestas de la abuela y risueños comentarios del padre. Rezongos y protestas solían resumirse en una misma censura que le repetían hasta el hartazgo: —Las niñas no *deben* silbar, Mila; es asunto de varones.

Los comentarios de su papá —en tanto— aludían a cuestiones ligadas con la música: —¡Déjenla! ¡Ella se quiere convertir en la gran silbadora nacional! Cree que la van a contratar en el Teatro Colón cuando vivamos en Buenos Aires, para que maraville a todos los auditorios con su arte exquisito...

Lo cierto era que Mila silbaba porque sí, cuando se sentía contenta, feliz, como ese día —por ejemplo— en el que había recibido carta de su madrina desde la Capital Federal, anunciándole su próxima visita a fin de estar presente en su cumpleaños número trece.

Lástima; no había nadie a quien contárselo... Seguro que su mamá y su abuela no iban a regresar hasta la nochecita. Habían viajado —muy temprano— hasta la ciudad de San Salvador para efectuar varias compras y algunos trámites. Faltaban pocas semanas para la mudanza y era mucho lo que había que preparar y dejar resuelto antes de partir.

El papá acostumbraba a volver cerca de la medianoche, tan sobrecargado de trabajo como andaba en esa época en que todo parecía salirle mal, aunque se ilusionaba al pensar que las cosas mejorarían una vez que se radicaran en la gran ciudad. Y tampoco había encontrado al Chacho, su vecino y amigo del alma, al que llamó por encima de la medianera para enterarse de que estaría cazando liebres, según le informaron sus hermanitos.

—Y bueno —se dijo Mila— por lo menos puedo silbar en paz. E inició entonces las primeras notas de "El cóndor pasa", una de sus melodías favoritas, esa que sólo podía silbar a gusto en la soledad del monte cercano a su casa, ése por donde el Chacho acostumbraba a cazar y a donde a ella le encantaba pasar tantos ratos.

Desde que habían nacido ambos vivían con sus familias en un pequeño pueblo jujeño, por lo que el conocimiento que poseían de aquel lugar casi selvático podía compararse al que cualquier chico porteño tiene de la plaza de su barrio... La madrina —cuya carta había desatado la alegría de la nena— también era oriunda de ese pueblito pero estaba radicada en Buenos Aires. Y era ella la que había convencido a la familia de Mila para que también se trasladara a fin de tentar suerte más propicia. En la capital —les decía— hay más oportunidades de conseguir un trabajo que rinda económicamente...

La joven era fotógrafa de revistas de turismo, muy cotizada en su medio, considerada excelente por sus pares, la mayoría varones. Por eso, Mila escuchaba con mucha atención sus opiniones y hasta —a veces— se atrevía a rebatir las de

su mamá y abuela repitiendo —como propias— algunas de las de su queridísima madrina. Sobre todo, las que se relacionaban con su afición por el silbo...

—Silbar significa agitar el aire produciendo —precisamente— este sonido agudo —afirmaba, silbando con picardía. —Resulta de hacer pasar con fuerza el aire por la boca con los labios fruncidos... así... como me gusta a mí... o con los dedos colocados en ella convenientemente de este modo, ¿ven?, pero no me sale... o soplando con fuerza en un cuerpo hueco... por ejemplo, el conocido pito, por nombrarles algún elemento que sirve para eso... ¿Es un pecado? ¿Me pueden explicar por qué no deben silbar las mujeres?, ¿eh? —insistía.

Ante semejantes razonamientos, la mamá y la abuela sólo atinaban a responderle "porque no". Y "porque no" también le contestaba Chacho, a quien la personalidad de Mila le atraía intensamente. Salvo por ese hábito de silbar, todo en ella le parecía encantador.

—Y buah —le decía Mila —estás hipnotizado por una educación de otra época, nene. Si te parece insoportable, no me oigas y listo. Con taponarte con algodones...

Diciembre llevó a Jujuy las vacaciones escolares... el cumpleaños de Mila y —por fin— también a su esperada madrina.

—¡Qué manera de malcriar a tu ahijada! ¿Quién la conforma, después? —le dijeron la mamá y la abuela de la nena, cuando vieron el regalo que la joven le había comprado en Buenos Aires. —¡Nada menos que una máquina de fotos!

—Hace tiempo que se la había prometido...

—¡Es totalmente automática! ¡Y tiene control remoto! —exclamaba Mila al borde de la euforia. —¡Puede sacar fotos por sí sola; aquí en el folleto indica cómo! ¡Es extraordinaria! ¡Gracias, madrina; gracias!

Y con un silbidito remarcó su profunda alegría.

Aparte de la cámara, la chica recibió tres rollos color de treinta tomas cada uno.

El primero lo usó casi por entero, para retratar a su familia y a todos los amiguitos que la acompañaron en el festejo de sus trece.

En especial, a Chacho, porque andaba algo melancólico el pobre. ¿Qué le pasaría?

Bajo la supervisión de la madrina, Mila pronto aprendió a manejar aquella maquinita y cuando —días después— la joven viajó a Salta para realizar la producción fotográfica que le había encargado una de las revistas de la capital, el aparato ya no guardaba secretos para su ahijada.

—¡Vas a ver, madrina; cuando vuelvas dentro de dos semanas, ya habré fotografiado medio monte!

—Ah, pero —para entonces— también deberás tener tu equipaje preparado para la mudanza, Mila y si no ayudas un poco con el embalaje de las cosas de la casa, tu mamá me hará responsable a mí... Hay mucho para empacar...

—¡Y mucho para fotografiar, madrina!

Cuando Chacho escuchaba estos comentarios casi no podía disimular la tristeza. La partida de Mila rumbo a Buenos Aires estaba cada vez más próxima. Ya no iba a verla a diario y —quizá— nunca de nuevo. Aunque ella le decía que sí, que no dramatizara la separación, que le iba a escribir, que haría visitas al

pueblo de tanto en tanto...

—No voy a olvidarte, zonzo —trataba de consolarlo, aunque sin éxito. —¿Soy tu mejor amiga o no?

"Ahora tendría que confesarle que —para mí— es muchísimo más que mi mejor amiga... —pensaba él— ... que la sueño como... como si fuera mi novia... ¿Pero... y si se enoja? ¿Si se ofende y no me habla más? Mila es brava...

Por ejemplo, como —de puro turulato— se me ocurre retarla porque silba... ya no me deja acompañarla en sus paseos por el monte. .. Si seré estúpido yo... Capaz que si le digo que siento algo diferente a la amistad la pierdo...

No. Más vale que me calle..."

Chacho siguió —entonces— de amorcito oculto en el silencio y fingiendo ser el mismo buen amigo que Mila suponía que era. Por eso, le juraba respetar (aunque de dedos cruzados por detrás para invalidar el juramento...) el deseo de la chica de marcharse sola hacia el monte y le avisaba con anticipación las horas durante las cuales él iría de caza.

—No quiero que vengas conmigo, Chacho —le había advertido ella con mucha seriedad—. Ahora no voy solamente a silbar sino —también— a sacar fotos. Necesito concentración. Además, te molestan mis silbidos tanto como a mí el que andes matando animalitos...

A pesar de asegurarle de que no la seguía, lo cierto era que —desde que se había enterado de la mudanza que le arrebataría a Mila de su lado— Chacho no cumplía siempre con ese pedido.

Él sabía que la nena había elegido un árbol como su favorito y que a su sombra acostumbraba a sentarse para silbar a sus anchas. Por eso, a veces la contemplaba desde lejos, escondido entre unos matorrales y oía aquellos silbidos que —cosa rara— habían empezado a resonarle como emitidos por un ángel...

A lo largo de la primera semana de la ausencia de la madrina, Mila fue todas las tardecitas rumbo al monte.

Apenas Chacho le comunicaba que ya había regresado a su casa, salía ella, de silbo en el corazón y máquina fotográfica colgada al hombro. Ni sospechaba que —en algunas ocasiones— su amigo la seguía y se dedicaba a observarla desde una distancia prudencial, para que no lo descubriera.

Pero justo aquella tarde de sábado, de la increíble sorpresa para Mila, Chacho no había ido detrás de ella. Muy a regañadientes, el muchacho había viajado con su familia hasta San Salvador para asistir al casamiento de la menor de sus tías. ¡Qué fastidio para él! No por la boda, claro, pero era tan escaso el tiempo que restaba entre *ese* sábado y el siguiente en que Mila iba a mudarse... Para colmo, sus padres habían resuelto disfrutar de tres o cuatro días en San Salvador después de celebrado el matrimonio.

En síntesis: recién podría reencontrarse con su amorcito secreto a mediados de semana. ¡Cuántas horas de su compañía debía perderse!

Mientras Chacho se trasladaba en el micro que los conducía a San Salvador, perturbado por estos pensamientos, Mila se hallaba silbando bajo la sombra protectora de "su" árbol. En ese momento desde las ramas del mismo comenzó a descolgarse una enorme boa esmeralda.

Aunque —en apariencia— es uno de los reptiles más impresionantes, Mila

no tuvo demasiado miedo. Sabía perfectamente que esa corpulenta serpiente es pacífica por naturaleza, que no ataca a los seres humanos a menos que éstos la acosen y que no es venenosa. Sabía —también— que sólo se alimenta de aves por lo que continuó vigilándola sí —manteniéndose inmóvil pero sin dejar de silbar— durante los instantes en que la boa se deslizó suavemente hacia el suelo, zigzagueando su bellísimo cuerpo verde, rayado en blanco y amarillo.

Lo increíble para Mila no era *ver* aquella especie de boa. En ciertas oportunidades ya había visto ejemplares similares.

¿Lo asombroso? Que la gigantesca serpiente no le demostrara la menor aprensión, que se arrastrara hacia ella no únicamente con absoluta calma sino como subyugada por sus silbidos.

Pronto la tuvo muy cerca de sus pies.

El gran reptil empezó —entonces— a enroscarse sobre sí mismo hasta quedar de medio cuerpo erguido hacia ella. Verdaderamente, era como si la mirara a los ojos y la estuviera escuchando, en estado de fascinación debido a su silbo.

Mila conservaba la quietud y silbaba. Seguía silbando cuando la boa se desenrolló con lentitud, recuperó su movimiento zig-zag y —tan suavemente como se le había aproximado— se escurrió entre las hierbas y las piedras de los alrededores del árbol, con un leve sonido metálico.

Enseguida, volvió sobre sus huellas y se izó —enganchando su cola a unas ramas— hasta confundirse entre el tupido follaje del que se había desprendido. Recién entonces Mila se levantó y —sin dejar de silbar— se fue caminando despacio hasta alcanzar unas rocas enanas, donde volvió a sentarse.

Estaba ahora a unos diez metros de "su" árbol.

Pensaba en la boa.

¿Acaso la boa pensaría en ella?

Aguardó un buen rato antes de decidirse a emprender la vuelta a su casa.

Había aprontado la cámara fotográfica. Si la extraordinaria serpiente se asomaba nuevamente... ¡clic! ¡clic!, quedaría cautiva —al menos— en su rollo.

Y Mila consideró que era muy suertuda porque —antes de que el sol se apagara— el animal retornó a girar en derredor de ella, como convocada por su ininterrumpida melodía silbada.

No podría decirse que posaba para las fotos pero Mila se convenció de que sí, tal era la mansedumbre con que rotaba, se enrollaba, se desenroscaba o elevaba su cabeza ante ella. ¿Estaría bailando al compás de su silbatina? (Si bien ese tipo de serpientes suelen poseer una voz aguda y penetrante que se asemeja perfectamente a un silbo, a Mila le resultaba casi inconcebible que el gigantesco bicho bailara respondiendo al suyo de la manera afectuosa en que lo hacía.)

Fue entonces cuando —deslumbrada por esa danza insólita— Mila se animó a hablarle con la confianza con que se dirigía a su perro.

—Ya oscurece. Mañana vengo, ¿entendiste?

Por toda respuesta, la boa se deslizó hacia el árbol como si hubiera sido una manguera a la que alguien recoge de prisa.

Antes de prenderse de unas ramas mediante su cola y de escabullirse entre la hojarasca de la copa, giró su cabezota y sostuvo la mirada de Mila unos

segundos. ¿Cómo era posible?

Mila se apresuró a gatillar su cámara aunque ignoraba si había alcanzado a capturar esa última imagen que la había deslumbrado.

El domingo se presentó de límpido cielo azul.

Después de almorzar, Mila se dirigió hacia el monte. No había contado a nadie de su fantástico encuentro con la boa. ¿Para qué? ¿Quién iba a tomar en serio su relato? Y de creerlo, seguro que no le permitirían volver allá sola.

Tenía que ser paciente hasta que revelaran los negativos. Entonces sí, cuando todos vieran las fotos que había tomado (y las que aún quería sacar) no cabrían dudas.

Le causaba gracia —sobre todo— imaginar la cara de estupor que pondría Chacho —a su regreso de la boda— ante cada fotografía del gigantesco reptil.

Y si salían nítidas, acaso su madrina las llevase para publicar en alguna de las revistas para las que trabajaba... ¡Ja! ¡Eso sí que sería grandioso!

—Capaz que me nombra su ayudante... o su socia... ¿por qué no?— fantaseaba Mila. Con la admiración que le profesaba a su madrina, nada ansiaba más que emularla, convertirse en fotógrafa profesional como ella...

Entretenida con estos pensamientos, Mila llegó hasta "su" árbol.

Tendió una manta junto al tronco y se reclinó allí, de cámara apoyada en el pecho y ojos hundidos en la frondosa copa de su compañero vegetal.

Se echó a silbar su más dulce tonada...

¿Aparecería la boa esmeralda?

Para decepción de Mila, la boa no se hizo presente a pesar de que la nena silbó y silbó casi sin parar, durante más de una hora.

—¡Eh! ¡Qué hermosa melodía! ¿Quién te enseñó a silbar así? ¡Sensacional!

La voz de un muchachito que caminaba hacia ella la sobresaltó de repente.

Con un ademán instintivo se llevó las manos al pecho, para resguardar la máquina de fotos.

El chico se rió: —¿Qué es eso?

No converso con desconocidos —le respondió Mila, incorporándose.

—Me llamo Silvestre. Vivo del otro lado de aquellos zarzales. Soy pastor de cabras.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo nunca nos topamos por aquí si yo vengo casi siempre? Además, ¿de qué cabras me estás hablando? Nunca vi ninguna pastando en este lugar...

—Que te haya dicho que vivo *del otro lado de aquellos zarzales* no significa que sea *cerca*.

En cuanto a las cabras, pastan dentro de la dehesa de mi familia, no andan sueltas por todo el monte... Es peligroso...

—¿La dehesa? ¿Qué es eso?

—Ajá. Tampoco oíste hablar de una dehesa... Bueno, hagamos un pacto. Yo te cuento de qué se trata a cambio de que me digas qué es eso que te cuelga del cuello... y tu nombre...

Mila sintió que el pastorcito empezaba a conquistarla con su simpatía. Además, esos rasgos afilados... Pero ¡qué ojos preciosos los suyos! Tan verdes y

brillantes, tan en contraste con su piel ocre y —como si eso no bastara para conmoverla— ¡había manifestado gran entusiasmo por su silbo!

—De acuerdo —le dijo entonces con una sonrisa seductora —pero dos contra dos... También quiero saber qué estás mascando...

—Pedacitos de raíces de una planta que crece entre los zarzales...

—¿Puedo probar?

—Es muy, muy amarga... pero si te...

—No. Entonces no, no, gracias. Ah, me dicen Mila. Y esta máquina es una cámara de fotos.

—Mmmhj... Estee... ¿y para qué sirve?

—¡Te falta explicarme qué es una dehesa!

—Es una parcela de tierra que se destina al pastoreo. Está rodeada por postes. En un terreno así andan mis cabras...

A medida que charlaba con el muchacho, Mila experimentaba sensaciones contradictorias. Por una parte, notaba que Silvestre la iba atrayendo como un imán y —por otra— sentía que —acaso— la boa no había venido espantada por su presencia. Entonces le confió todo lo sucedido la tarde anterior y el chico llegó a asombrarla con sus notables datos acerca de estos ofidios.

Al rato, los dos charlaban animadamente y era como si toda la vida hubiesen sido amigos.

Mila usó los controles remoto y automático de su cámara y se sacó un montón de fotografías junto a Silvestre.

En la última pose que se tomaron —antes de despedirse hasta el día siguiente— el pastorcito le rodeó los hombros con su brazo y la nena se ruborizó, aunque no rechazó esa demostración de afecto.

—Mañana te espero aquí mismo, debajo de "tu" árbol, alrededor de las tres... —le dijo Silvestre no bien Mila le anunció que debía irse. —No me falles, ¿eh?

A partir de ese domingo y durante el lunes, martes y miércoles que le siguieron, Mila y Silvestre repitieron la cita apegándose uno al otro cada vez más.

Gozaban tanto del tiempo compartido que —aunque no se lo dijeran— los dos sabían que aquella necesidad de estar juntos denotaba —a las claras— que se habían enamorado.

—Mi primer amor... —pensaba Mila por las noches, en la intimidad de su cuarto ya casi totalmente desmantelado para la mudanza. —¡Qué desgracia; enamorarme ahora, cuando debo partir hacia Buenos Aires! ¡Ay!, ¿cómo se lo cuento a Silvestre?, ¿cuándo?; se le va a quebrar el corazón... —y entonces sollozaba apretando la cara contra la almohada, para que su familia no la oyera.

Atareados como se hallaban sus padres y su abuela con múltiples preparativos, no advertían la angustia de Mila. Y si en algún momento les parecía que la nena se mostraba callada, tristona, lo atribuían a que sentiría pena por abandonar la casa natal del querido pueblito, sus compañeros de infancia... y —lógicamente— lo consideraban normal. Si ellos también estaban bastante apenados. Ni pizca sabían de la existencia de Silvestre...

El jueves al mediodía, Chacho se encaramó sobre la medianera que dividía

su huerta de la de Mila y la llamó: —¡Ya volví! ¡Te traje una bolsita tejida para que pongas tu máquina y los rollos!

Fue la abuela de la nena la que le comunicó que ella se había ido al monte a sacar las fotos que aún quedaban.

Ansioso por verla como estaba, Chacho se apresuró a marchar hacia allá. Iba dispuesto a encontrarla y a confesarle —finalmente— su secreto amor.

—Mañana viernes es el último día y seguramente va a estar muy ocupada, ayudando a empacar... Se va el sábado bien tempranito... —pensaba Chacho. —Tengo que apurarme; las horas de su compañía se me vuelan... Y si se enoja conmigo me lo voy a aguantar... porque si no se lo digo, reviento como un sapo.

Cuando llegó a los matorrales entre los que solía esconderse para espiar a Mila y la vio allá a lo lejos, sentada debajo de "su" árbol, Chacho creyó que en *ese* instante iba a estallar como un batracio y no más tarde.

Mila no estaba sola.

Un muchacho de su edad, sentado a su lado, charlaba y reía con ella. ¿Quién sería ese maldito que le robaba a la niña? Porque era muy evidente que ella se mostraba arrobada frente a ese compañero...

El sol lo encegueció tanto como sus celos y —sorbiéndose las lágrimas— desanduvo —a la carrera— el camino de vuelta al hogar.

Cuando —casi al atardecer— Mila llegó a su casa, ni cuenta que se dio de que Chacho estaba apostado en la puerta de la suya, conteniendo la furia que lo embargaba desde que había sido involuntario testigo del romancito montaraz.

Distraída volvía ella, volcada hacia adentro sobre sus sentimientos y su pensar.

El recuerdo de Silvestre, a quien aún no se había animado a contarle de su viaje, ocupaba su total atención. De pronto, la voz de Chacho y su tormenta de palabras hirientes la desconcertaron al máximo.

—¿Pero qué comiste, loco, pasto envenenado? ¿Qué te hice yo para que me acuses de traicionera, de mentirosa y de esa sarta de ridiculeces que no merezco?

—¿Con que yo soy tu mejor amigo, eh? ¿Y ése con el que estabas hoy en el monte meta jirijijí? ¿Así que me prohibiste que fuéramos juntos porque “no me gusta que silbes”... por “odio la caza”...? ¡Zonzo al creerte! ¡Rezonzo! ¡Lo que buscabas era tapar tu noviazgo, falsa!

Mila lloriqueaba. Dolorida por lo que Chacho le decía y —también— indignada, le gritó —entonces— antes de entrar a su casa: —¡Espía habías resultado! ¿Quién te mandó seguirme? ¡Que te embromes, pavote! Además, ¿con qué derecho me estás retando si nunca fuiste para mí otra cosa que un amigo? ¡Ojalá que te lleve el diablo, estúpido!

Esa noche, Mila no logró dormirse, tristísima por la pelea con Chacho, tristísima, pero aún más, mucho más (¿y qué sentido tenía engañarse a sí misma?) al recordar a Silvestre. El día de la verdad había llegado. Ya no podía ocultarle que se mudaba a Buenos Aires.

Y la idea de la obligada separación le aceleraba los latidos.

Cuando esa tardecita se encontró con el pastor no pudo silbar ni siquiera una nota. Las lágrimas le velaban la carita. De golpe le contó —entonces— el

asunto de la mudanza a la capital y esta revelación repercutió como un golpe en el corazón de Silvestre. Nervioso, el chico mascaba sus raíces con inusitado vigor cuando reaccionó —a duras penas— de la ingrata noticia y le dijo:

—Mila, nadie, no, ninguno, nunca, podría comprender cuánto te quiero. No voy a soportar tu ausencia, ni vivir extrañando tus bellos silbidos... Y no creo que regreses aquí... Por eso, no voy a permitir que te vayas... No... Yo te quiero... Te quiero...

Desesperado, el muchacho la abrazó a la par que escupía esa especie de chicle de raíces. Mila comprendió que iba a besarla y —vergonzoza como era— trató de resistirse, aunque deseaba ese beso tanto como él.

No pudo.

El abrazo de Silvestre aumentaba en intensidad hasta el punto de dificultarle la respiración y su boca se posaba sobre la suya, cuando —horrorizada y al borde de la asfixia— Mila vio que el pastorcito se iba transformando —velozmente— en una boa esmeralda, en la misma boa que había acudido fascinada por su silbo días atrás, en esa que —ahora— se le enroscaba alrededor del cuerpo y ante la cual no tenía defensa alguna.

Dos tiros de escopeta alteraron la siesta campesina.

Mila y la boa cayeron —estrechamente unidos— sobre las hierbas y junto al árbol de sus encuentros.

La niña despertó —horas después— en una sala del hospital de la zona, rodeada de su familia. La madrina le acariciaba el pelo. Todos parecían haberse colocado máscaras de dolor.

Mila trató de moverse. El yeso que cubría su torso se lo impidió. Un collar ortopédico le sujetaba la parte del cuerpo que une la cabeza con el tronco.

No entendía nada. ¿Acaso la pesadilla que evocaba vagamente y muy en fragmentos —debido a la medicación— no había concluido aún?

¿Qué le ocurría?

La mudanza se postergó hasta que Mila fuera recuperándose físicamente por completo.

Las costillas quebradas se soldaron a la perfección.

Los huesitos del cuello recobraron su habitual movilidad.

Las lastimaduras de sus labios cicatrizaron sin dejar rastros.

Sólo su alma seguía profundamente herida, con el espanto instalado en toda su dimensión.

Y bien presentía ella que esa herida iba a permanecer abierta...

La madrina fue la encargada de contarle —con suma delicadeza— lo que le había sucedido.

Gracias a Chacho estaba viva.

Muerto de celos, la había seguido al monte sin que ella se diera cuenta, aquella tardecita de la última cita con... digamos con Silvestre... Chacho cargaba su escopeta por las dudas de que Mila lo pescara por allí. Era un pretexto. Le diría que andaba cazando y que —por casualidad— se habían cruzado.

Escondido —como acostumbraba a hacerlo cuando espiaba a su amiga— presenció el episodio entero que la había tenido a ella como protagonista.

Abrumado por los celos primero y sobreponiéndose a su propio terror

después, había visto entonces —también— cómo el supuesto pastorcito se convertía en una serpiente gigantesca que se arrollaba en torno a la chica. No dudó en dispararle dos veces.

Sólo cuando tuvo la certeza de que el reptil estaba muerto y Mila desvanecida entre el viscoso cuerpo que la aprisionaba, corrió en busca de auxilio para el rescate.

Los médicos del hospital solicitaron la colaboración de algunos viejos curanderos para recolectar y analizar raíces que "Silvestre mascaba continuamente", de acuerdo con el estremecido testimonio de Mila.

Aunque le costó convencerse, no tuvieron más remedio que aceptar su versión de los hechos como la única posible. Las pruebas eran irrebatibles.

—Los reptiles que recorren los campos pueden —a veces— tomar formas humanas... —dijo uno.

—... con sólo triturar en su boca la raíz de esta planta que se usa para brujerías... —agregó otro.

—Su transformación en personas dura mientras la mastiquen y mastiquen sin cesar... —afirmó el tercero. —Por eso, la boa mantuvo su apariencia de muchacho en tanto no se desprendió de ella...

—Entonces, ese pastorcito que conoció la niña... fue sólo una ilusión óptica... —concluyeron los médicos.

—¡No! ¡Silvestre era un chico de carne y huesos! —exclamó Mila cuando le informaron acerca del fenómeno. —¡Tan real como yo! ¿Por qué no revelan las fotos que nos sacamos juntos?

En las fotografías —que la madrina demoraba en revelar debido a la aversión que le producía rememorar la espantosa experiencia vivida por su ahijada— pudieron ver —todos— sendas series de imágenes de absoluta nitidez. En la primera de ellas, un gigantesco ofidio captado en diferentes serpenteos y mirando fijamente a la cámara en ciertas tomas... En la segunda serie, la amorosa parejita que componían Mila... y ese "pastor" de rasgos afilados y ojos brillantes y verdes, verdes como la piel de la boa esmeralda que era y que había vibrado con tan extraño amor.

El malo de la película

La recepcionista de “Bulkino”', la más importante empresa de películas de todo el país, vio que se le acercaba un fraile franciscano con el típico hábito color pardo, las sandalias y de capucha puesta cuando —por lo común— esta pieza del vestido —que remata en punta— suelen llevarla echada a la espalda. Cargaba dos gruesos carpetones y portaba un maletín.

Se sorprendió no sólo por la juventud y apariencia del religioso sino también por el texto de la tarjeta de presentación que él le extendió de inmediato. Decía así:

WALI BERENSON
Autor y actor
especializado en obras de terror

—¿De modo que usted no es un fraile? ¿Y por qué se viste como si lo fuera? —le preguntó, extrañada y sonriente a la par.

—Siempre uso este hábito. Es parte de mi personaje. Mejor dicho, de *mis* personajes, porque son dos los que llevan esta prenda.

—Bien. Usted dirá en qué puedo servirle, señor... Berenson...

—A las diez tengo una entrevista con el presidente de "Bulkino" y su equipo de asesores.

La recepcionista pulsó entonces las teclas de un teléfono intercomunicador para corroborar la veracidad de lo dicho por el supuesto religioso.

Enseguida, le indicó: —Tome el tercer ascensor del frente. Lo esperan en el piso quince, oficina 1505. Suerte.

Minutos después, Wali Berenson fue recibido por el presidente de la empresa y media docena de sus asistentes principales.

Tras los saludos de rigor, les entregó las carpetas.

—En una van a encontrar la serie completa de fotos de mi personaje principal, con todos los detalles de la horrorosa caracterización de su rostro. En cuanto al coprotagonista, casi no aparece retratado porque aquí lo tienen; soy yo, ataviado así y siempre con la capucha puesta, tal cual me ven.

El equipo de "Bulkino" recorrió el álbum fotográfico con creciente interés.

—¿El maquillaje se lo hizo usted? ¡Es fantástico!

—Sí. Yo mismo me maquillo. Aprendí a hacerlo con un maestro extraordinario. Nada menos que Tim Rogers, de Nueva York. Cursé varios seminarios bajo su orientación.

—De acuerdo con lo que me anticipó telefónicamente —le dijo uno de los asesores— también es usted el autor de este guión para cine... —y el señor hojeó la segunda y voluminosa carpeta.

—Correcto. Ahí está el texto completo de "El malo de la película", que yo

considero —modestia aparte— una obra maestra del terror...

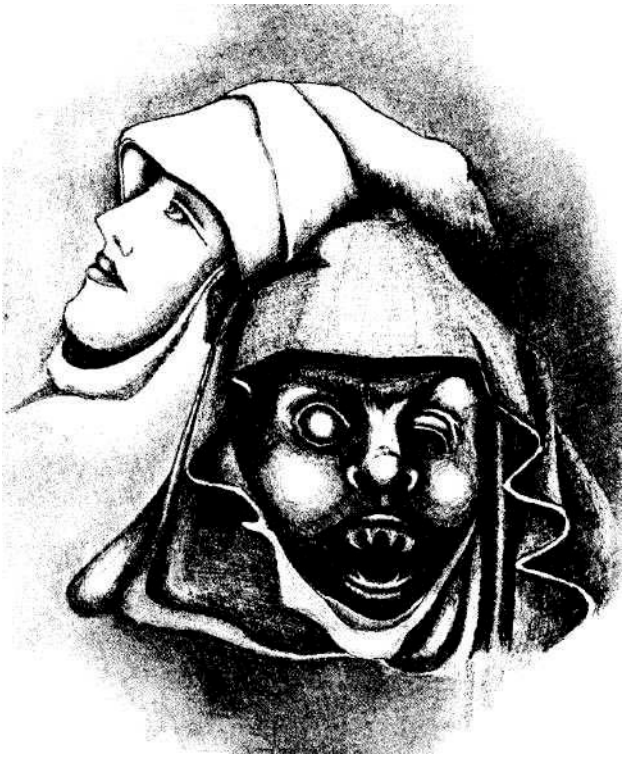
—Como supondrá, tenemos que leerla antes de decidir si encaramos este proyecto. ¿Qué le parece si nos llama dentro de quince días para que le demos una respuesta?

—Cómo no. Pero les aclaro que ya dejé copias del guión en Cinecia y en Argie-Sono-Film... Quienes me ofrezcan el mejor contrato... ésos harán la película...

—Apurado el jovencito —opinó el presidente. —Todavía no le tomamos las pruebas de filmación... Usted puede ser un maquillador sensacional... un gran autor... pero un actor mediocre... Discúlpeme la franqueza...

—Estoy listo para las pruebas. Traje todo el material necesario para maquillarme en esta maleta. Sólo pretendo un camarín privado donde pueda prepararme sin ser interrumpido por nadie. Las técnicas que aplico para transformarme en un verdadero monstruo son un secreto profesional.

Así fue como Wali Berenson (que admitió llamarse de otro modo pero que usaba seudónimo artístico por estar convencido de que había elegido el nombre y apellido justos, atractivos e imposibles de olvidar) pronto se halló en el interior de un camarín, próximo al set de filmación.



Se respetó su pedido de privacidad y allí lo dejaron, solo y de puerta cerrada.

Entretanto, en una sala contigua, el presidente de "Bulkino" y sus asesores comentaban —medio divertidos— que "este muchacho es un caso", "tan buen mozo y casi oculta la cara en ese capuchón..."; "¿se dieron cuenta de que dijo que siempre va vestido así? ¿No estará un poco tocado?"

Wali salió del camarín apenas un cuarto de hora después de haberse

enclaustrado allí. Como —previamente— le había señalado al director de la videograbación cuál fragmento de su guión iba a interpretar a modo de prueba, el muchacho se introdujo en el amplio piso jugando ya su rol como “el malo de la película”, uno de los dos protagonistas del libreto.

Todos los que presenciaron su actuación —camarógrafos e iluminadores incluidos— experimentaron una de las sensaciones más espeluznantes de sus vidas, no bien lo vieron aparecer e iniciar su monólogo.

Increíble la fealdad de ese rostro que se asomaba por debajo de la capucha franciscana. Cualquiera de los monstruos de ficción que el equipo de "Bulkino" había conocido hasta entonces, podía declararse hermoso comparado con la horrorosa cara del personaje compuesto por Wali Berenson.

La deformidad de sus rasgos era tan excesiva que —a pesar de ser personas acostumbradas a frecuentar a los maquilladores más exóticos, ninguno de los espectadores pudo evitar cierta repentina y profunda repulsión.

¡Y qué decir de las singulares modulaciones de su voz, de la insólita transformación de la misma en esos sonidos cavernosos e insoportables! ¿Cómo lograría hablar con ese tono quien —momentos antes— había demostrado contar con una voz muy agradable, casi atribuible a un tenor?

El presidente de la productora estaba asombrado. No era usual que surgiera un actor tan talentoso y completo como Wali Berenson...

—Si su guión está al mismo nivel de su maquillaje y de su actuación —pensaba— no voy a perderme a esta joya por nada del mundo; por nada... Podríamos llenarnos de dólares con este adefesio...

Y —de inmediato— ordenó a sus asesores literarios que leyeran la obra "El malo de la película" esa misma tarde.

Mientras la obra era cuidadosamente leída y analizada, Wali Benenson fue a almorzar con gente de la empresa. Lo invitaron con gran amabilidad, por lo que el muchacho presintió que —aunque no se lo hubieran dicho— había causado un impacto con su personaje del malo.

Antes de partir rumbo al restaurante se internó —de nuevo— en el camarín y salió —por supuesto— sin la horrorosa máscara creada para la prueba. Lo hizo con tanta rapidez que volvió a asombrar a todo el equipo. Y les causó gracia que —en vez de ponerse ropa más cómoda y común para su edad— insistiera en seguir vestido con el hábito franciscano, capucha puesta también, aún ahora que ya había rendido su examen.

De una mano pendía su inseparable maletín que —no obstante mantener cerrado con un candadito— se negó a dejar bajo ninguna custodia de la "Bulkino".

Este flaco es un excéntrico... Medio loco quizás... pero parece un buen tipo, ¿no?— murmuraron los técnicos del set, no bien Wali abandonó las instalaciones. —¡Y qué talentoso! ¡Un maquillador y un actor de primer agua...! Ojalá que su libreto le guste al presi... Su monstruo sería un "boom"...

La obra “El malo de la película” no sólo le "gustó" al responsable de la productora... ¡Lo deslumbró!

Con su natural olfato para detectar artistas, sintió que estaba frente a un verdadero genio y así se lo comunicó a su grupo de trabajo.

Sin pérdida de tiempo, al día siguiente citó a Wali Berenson para que fuera a sus oficinas con el objeto de firmar el correspondiente contrato de filmación.

El muchacho —siempre ataviado como un fraile— se mostró contentísimo. ¡Jamás había soñado con que iba a ganar tanto dinero como el que le ofrecían por comprarle los derechos de autor del guión, por su actuación en el film y —obviamente— por ocuparse de su propio maquillaje, ya que no aceptó hacerse cargo del de todo el elenco.

—Les agradezco la confianza —se disculpó entonces— pero ya les anticipé que quiero mantener mis técnicas en absoluto secreto. Con tantos copiones como abundan en este ambiente...

Tres meses después, “El malo de la película” se estrenaba con bombos y platillos. Pronto, Wali Berenson —en su doble papel de fraile bueno y seductor y de fray monstruo maldito— se ganó el afecto y la admiración de todos los públicos.

Innumerables fueron los reportajes a los que lo sometieron los medios gráficos y televisivos. Incontables —también— sus presentaciones “en vivo”, en diferentes zonas del país y del mundo.

Idolo de multitudes allí donde se presentara, Wali se convirtió en un poderoso multimillonario de la noche a la mañana.

Su popularidad crecía vertiginosamente. Los chicos lo adoraban. Pronto se lanzó a la venta una gran cantidad de juguetes inspirados en su figura. En la normal y en la monstruosa claro, así como historietas, casetes con sus canciones, posters y toda la clase de artículos imaginable con que los empresarios suelen inundar el mercado, una vez que deciden explotar al máximo el éxito de un artista.

La fama de Wali casi no tenía precedentes en el mundo del espectáculo. Y aumentaba a medida que él persistía en preservar su intimidad a toda costa. A nadie revelaba su procedencia —por ejemplo— ni daba indicios acerca de cómo realizaba su incomparable caracterización de monstruo y —menos que menos— aceptaba quitarse la capucha, ya fuese que se presentara ante el público como "el bueno" o como "el malo de la película". Cuanto más rodeaba de misterio su existencia y los secretos de su arte, más atracción despertaba.

Vivía en una mansión a prueba de curiosos, rodeada de altos muros y bajo vigilancia permanente. Su nutrido personal de servicio solía contar a la prensa que —ciertamente— su patrón era un muchacho muy cálido y generoso, aunque extraño en sus hábitos. Como ése de vestirse —invariablemente— con la túnica franciscana (de la que ya contaba con docenas de réplicas idénticas...) o ese otro de no quitarse nunca la capucha —por ejemplo— ... o su empecinamiento en aislarse en su habitación, que cerraba con varias llaves y a la que sólo permitía el acceso cuando él lo solicitaba o no estaba allí, a fin de que se hiciera la limpieza.

—Y bueno... —decían —Wali Berenson es un genio... y ya se sabe que los genios suelen ser un poco extravagantes... De todos modos, ¿a quién molesta con sus manías?

La consagración máxima (si aún cabía una mayor) le llegó a Wali cuando "Bulkino" emprendió la producción de una serie para la tevé basada en su guión

original al que estiraron como a un chicle kilométrico: debía de rendir todo un año de emisiones.

Fue durante las reuniones previas al rodaje de esa serie cuando Wali conoció a quien sería la figurita femenina del elenco, una joven de notable belleza física y condiciones artísticas excepcionales.

La actriz (buena y también muy bonita, sin dudas) que lo había acompañado durante la filmación de la película ya había sido contratada por otro estudio por lo que hubo que buscar quien la reemplazara.

Después de entrevistar a cientos de postulantes, de fatigosas audiciones e innumerables pruebas, se eligió a una debutante: la preciosa Dinka Rod.

La chica —escasos años menor que Wali— pronto comenzó a sentirse cautivada por ese ser al que había imaginado como a un divo intolerable, una super estrella de esas que parecen de plástico, tan poco les afectan lo que sucede a su alrededor y que son capaces de no suspender un ensayo, aunque acaben de enterrar a su propia madre o se haya declarado otra guerra mundial. También, Dinka se había equivocado al suponerlo ensoberbecido a causa de su exitosa carrera y de su formidable trayectoria profesional.

Wali era todo lo contrario de lo que ella había prejuzgado: sensible, interesado hasta por el último de los extras, comprensivo con las situaciones imprevistas que podían presentarse y atrasar un poco las grabaciones y sencillo, muy sencillo, si bien era conciente de sus dones como cualquier persona inteligente. —Lo amo —solía decirse para sí la joven.

En tanto ella se ensoñaba pensando en estas cosas, ¿qué pasaba en el corazón del muchacho?

Una tempestad, una fuerte tempestad lo azotaba desde que había conocido a Dinka. —Me enamoré, Dios mío; ¡qué desgracia! Me enamoré de Dinka... ¿Cómo voy a hacer para que no lo advierta?

Raro, rarísimo el que alguien encare como una desgracia el enamorarse... ¿Qué misteriosas razones lo impulsarían para pensar así?

A partir de descubrirse enamorado, Wali empezó a restringir sus conversarciones con ella y se trazó un plan para disminuir toda aproximación a la joven. Trató de eludirla fuera de las horas obligadas de grabación. No se sumaba —tampoco— a los grupos que compartían algún refrigerio durante los descansos, cuando veía que Dinka estaba entre sus integrantes. Inventaba cualquier excusa para rechazar sus invitaciones si ella le sugería acudir juntos a alguna fiesta. En fin, que la relación entre los dos era —cada vez— más distanciada.

Nadie hubiese podido adivinar las razones de este comportamiento de Wali. Dinka tampoco. Y —calladamente— sufría mucho por esta causa. Tanto, que una noche no pudo contener su angustia y le escribió una carta. Se la entregó al concluir una grabación.

Cuando —momentos más tarde— Wali la leyó en la impenetrable soledad de su camarín, se echó a llorar. Desolado; sintiéndose furioso consigo mismo, impotente.

Con justificado enojo, Dinka le recriminaba su proceder.

“¿Qué te pasa, Wali?, ¿qué daño te hice para que ya ni siquiera te detengas unos minutos para preguntarme cómo estoy? ¿Por qué cambiaste de este modo?

Necesito que me cuentes qué te sucede, no importa lo triste que pueda ser para mí. Yo te quiero, Wali; te amo y no tengo vergüenza de confesártelo. Por favor, espero que —al menos— me contestes esta carta si es que te disgusta la idea de hablarme personalmente.

Un beso imaginario; dos, tres,

Dinka."

Wali se armó del coraje que necesitaba para enfrentar la difícil situación. Porque ¿acaso podía contarle que él...? No. Nunca. Sin embargo, era preciso que *algo* convincente le explicara, como para apartarla —definitivamente— de su lado. Entonces, hondamente triste pero dispuesto a representar —acaso— su mejor papel, le propuso a Dinka que fuera a cenar a su casa. Allí hablarían.

La muchacha acudió a la cita con suma ansiedad, aunque mínima en relación con la que destrozaba el ánimo de Wali.

La recibió él mismo, con su acostumbrado hábito franciscano y el capuchón puesto.

Después —durante la cena, casi como un autómata y fingiendo indiferencia— le dijo aquellas mentiras mientras que cada palabra que se oía pronunciar era otra astilla clavándosele en el alma.

—Por cierto que te tengo mucha simpatía, Dinka, que me has caído muy bien. Pero desde que empecé a darme cuenta que esperabas de mí otra respuesta que la de un amigo, creí que era oportuno no contribuir para que te ilusionaras conmigo, más allá de esa relación amistosa. Por eso empecé a alejarme. Yo no te amo, Dinka; estás en un total error al imaginar que —siquiera por una vez— dejé de verte como a una simple compañera. A la que le tengo especial afecto —sí— pero de la que no estoy enamorado. Lo lamento. Yo no te amo.

Las lágrimas y el rubor cubrían la cara de la joven cuando —sintiendo Wali que su propia resistencia ante el dolor que le había causado estaba a punto de quebrarse— abandonó —de golpe— la sala y se retiró —apresurado— a su dormitorio.

Una vez allí, se lanzó de bruces sobre la cama y lloró de un modo compulsivo, maldiciéndose por el engaño al que había sometido a Dinka.

Alterado como estaba y en su precipitación por aislar tanta pena dentro de su cuarto privado, Wali olvidó —por primera y única vez en su vida— cerrar la puerta con llave.

Seguía gimiendo desesperado cuando Dinka —de puntillas— se acercó hasta el dormitorio del muchacho, con el propósito de despedirse.

Le extrañó oír —desde afuera del cuarto— sollozos y lamentos que parecían emitidos por dos personas.

Con sigilo, entreabrió la puerta y fue entonces que lo vio acostado sobre el lecho, con la capucha echada sobre la espalda...

El espantoso grito de Dinka al contemplar a su amado alertó a Wali, quien de un brinco, se levantó y trató —inútilmente— de cubrirse de nuevo la cabeza mientras que —como prisionero de un ataque de locura— alcanzó a arrancar una cortina y a taparse con ella.

Sin embargo, Dinka había contado con el tiempo suficiente como para

verlo y corría hacia la salida de la casa, atemorizando al personal de servicio con sus gritos:

—¡Dios! ¡Wali es un monstruo! ¡Socorro! ¡Wali es un verdadero monstruo! ¡Tiene dos caras!

Tres mayordomos la detuvieron e intentaron calmarla.

—¿Qué disparate dice esta mujer? —se preguntaban.

—Ningún disparate —la voz de Wali— que se aproximaba a la sala desde un corredor lateral— los dejó en suspenso. Menos a Dinka, que continuaba gritando, tan aterrada como cuando había sorprendido al muchacho.

Y aterrados como ella se quedaron todos, paralizados, sin atinar a nada, cuando Wali se presentó en la sala con su capucha echada sobre la espalda.

Fue entonces cuando comprobaron que Dinka no había mentido y el mismo sentimiento de horror y repulsión se apoderó del grupo.

—Se reveló mi secreto. Mi terrible secreto —les decía Wali a medida que iba girando su cuello —como una lechuza— y los colocaba frente a su otra cara, la “del malo de la película”, esa repugnante y tan desfigurada que habían creído producto de un extraordinario maquillaje.

—Cómo lamento que haya sido Dinka quien lo descubrió —y ahora era *otra* la voz que hablaba, aquella de sonidos cavernosos e insoportables. —Soy un monstruo verdadero... Tengo una cabeza con dos cerebros y dos caras independientes entre sí...

La rotación de la cabeza de Wali se fue produciendo durante el breve lapso que duró su monólogo, así también como la alternancia en sus voces y la confusión entre el "yo" y el "nosotros".

—"Recién nacido, fui abandonado ante el portal de una iglesia. Sus sacerdotes —franciscanos o capuchinos, como también se los denomina— se apiadaron de mí, de nuestra pavorosa deformidad física.

Entre ellos crecimos, protegido de la temible incomprensión del mundo, de su falta de caridad.

Me criaron y educaron piadosamente, como si fuéramos una criatura normal.

Pero bien sabía yo que no lo éramos. Por eso, viví escondido hasta que alcanzamos la edad justa como para atreverme a cumplir con la vocación que alentábamos desde niños: ser actor. Debíamos de ingeniármelas como para que nadie descubriera el secreto.

Aquellos inolvidables frailes —mi única familia— nos bendijeron al partir de la iglesia. Sé que han comprendido y perdonado el que haya usado su hábito para sobrevivir. ¿Cabía otra opción para mí, para nosotros?"

De pronto, ambas bocas aullaron a la par y el pobre engendro se retiró del lugar rumbo a su cuarto. En tanto se alejaba hacia allí, Dinka escuchó dos voces que le repetían: —Te amo, Dinka... Yo también te amo, Dinka...

Cuando los sirvientes y la muchacha lograron reaccionar de su tremenda impresión, se dirigieron —de prisa— hacia el dormitorio de Wali.

Antes de llegar a empujar la puerta, que estaba entornada, oyeron dos tiros disparados al unísono.

Con la piel de gallina

Atardece en Santa Helena, la vieja y sofisticada villa ubicada sobre las costas del Atlántico, lugar de veraneo preferido por las familias más adineradas.

Alan y Rolfi, los hijos mayores de los Dubois, vuelven a su casa de vacaciones, después de una prolongada jornada de playa.

Sus padres están en la sala, mirando un video film de los tantos que alquilaron durante esos días ventosos y destemplados, en los que ni piensan en acercarse a las orillas del mar.

—No sé cómo pueden pasarse el día allí, con este clima que parece de otoño... —dice el padre, al ver entrar a los muchachos.

—¡Sacúdanse y dúchense en el baño de servicio, antes de subir!—exclama la madre.

—¡No me llenen la escalera de arena, chiquitos!

Para ella son siempre sus "chiquitos", a pesar de que Alan está por cumplir los veinte y Rolfi ya tiene dieciocho.

—¿No se cruzaron con el bebé? —les pregunta. —Salía justo en el momento en que ustedes llegaban...

El "bebé" es Lucién, el menor de los tres hermanos, ya tan alto como ellos no obstante sus escasos catorce...

El vozarrón de Alan surge desde abajo de la ducha: —¡No! ¡Tuvo suerte *tu bebé*... porque si lo pescaba —otra vez— con ropa mía, hubiera muerto estrangulado en el jardín...!

Las protestas de Rolfi se desgranan desde su cuarto, ubicado en la planta alta:

— *¡A mí me* va a tocar estrangularlo! ¡Se llevó mi mejor par de jeans y —encima— la campera de cuero! ¡Sabe que me pudre que use mis cosas! ¿No tiene lo suyo?

—¿A dónde fue, mami?

—Me dijo que se iba a encontrar con Franco en una discoteca... Creo que en "Galápagos"...

—¡Voy a ir a buscarlo y a desnudarlo delante de todos! ¡Así no le van a quedar ganas de ponerse mi ropa!

—¿Será posible que nunca podamos ver una película en paz, cuando están ustedes? —grita el padre. —Después de que éstos se vayan, seguimos viéndola, ¿eh, Magalí? —le dice a su esposa, antes de apagar la video casetera.

La mujer le responde con un resignado suspiro y se dirige a la cocina.

Le ordena a la mucama que ya puede ir poniendo la mesa para la cena.

Entretando, Lucién y su amigo Franco están bailando en "Galápagos", al compás de una música ensordecedora.

Es durante un intervalo de la danza —mientras en media docena de pantallas se proyecta un videoclip del cantante Sting— cuando Franco le muestra a Lucién ese volante de propaganda que recogió en la calle. Acercándose a la

barra, único lugar del recinto más o menos bien iluminado, el chico lo lee: " ¡RESUCITAMOS LOS CARNAVALES EN EL 'BAR-BAR-OOOH!' ¡A PARTIR DE MAÑANA SÁBADO, LAS NOCHES DE SANTA HELENA VOLVERÁN A VIVIR LA DIVERSIÓN DE ANTAÑO! ¡NO TE PIERDAS NUESTROS FABULOSOS BAILES DE DISFRAZ! TE SUGERIMOS QUE VAYAS PREPARÁNDOTE EL TUYO. ¡EN CADA VELADA, INTERESANTES PREMIOS PARA LOS MÁS ORIGINALES Y —EN LA CUARTA Y ÚLTIMA NOCHE SORTEO DE DOS PASAJES A RÍO DE JANEIRO ENTRE LOS QUE RESULTEN FINALISTAS!"

—¿Y? —le pregunta Franco cuando Lucién regresa a su lado. —¿Cómo te cae la idea de disfrazarnos e ir al "BAR-BAR-OOOH" para los bailes de carnaval? Mi abuelo dice que —antes— se festejaba como loco para estas fechas.

Mmmh... —opina Lucién. —Antes... Antes... Lo de antes no resucita, pibe... Además, yo sólo me disfracé en el jardín de infantes... Me parece ridículo hacerlo ahora...

—Dale; ¿qué te cuesta? Vamos mañana, relojeamos el ambiente y si no

nos copa, nos hacemos humo...

—¿Y de qué vamos a disfrazarnos?

—Estee... A ver... A ver... ¡Ya está! ¡De jeques árabes! Con unas sábanas y...

—¿Dónde viste un jeque con flequillo y melena de rulos como la tuya y —para colmo— rubio y de ojos celestes?

—El pelo lo oculto debajo de esa especie de manto que usan sobre la cabeza, plomo. .. Ah, y lentes negros, necesito también...

Finalmente, Franco convence a su amigo de participar —siquiera— en el primer baile de carnaval.

Con sábanas blancas hasta los pies —entonces—, con corbatas de sus padres, trenzadas para sostener el corto manto que les cubre las cabezas, con anteojos ahumados los dos, bastante bien caracterizados a la manera de los habitantes del Sahara, ambos parten —al día siguiente— rumbo al "BAR-BAR-OOOH".

Previamente, deben soportar las maliciosas bromas de Alan y Rolfi, las risas de la mucama de los Dubois y la paciente exposición a la serie de fotografías que les tomó la madre de Lucién, tan divertida como su marido con los dos improvisados jeques.

A bordo de la poderosa moto japonesa de Franco se van los dos entonces, provocando la hilaridad de quienes los ven desplazarse con esos atuendos.

Ni un alfiler cabe ya en la discoteca cuando ambos arriban. Parecería que todos los más jovencitos de Santa Helena se hubieran citado allí.

Si Lucién había ofrecido resistencia para tomar parte de ese baile de carnaval, pronto cambia de opinión.

Las chicas más llamativas —algunas decididamente infartantes— se han concentrando en el BAR-BAR-OOOH. Y qué graciosas se las ve, contoneándose según los distintos ritmos que el disc-jockey selecciona, disfrazadas como están todas, haciendo gala de un despliegue de imaginación y de buen humor.

Las hay caracterizadas como Caperucita Roja, como ángeles de la guarda, como la brasileña Xuxa... También, pueden verse conejitas, gitanas, novias de Drácula, bailarinas clásicas, Madonnas...

Los muchachos no se han quedado atrás y también son un muestrario de ingenio, si uno observa sus improvisados disfraces.

En suma, que esa primera fiesta de carnaval pinta como una de las más divertidas de la temporada.

—¡Cómo serán los bailes de mañana, lunes y martes!, ¿eh, Lucién? —le dice Franco, tan entusiasmado como su amigo. —Y no querías venir...

Lucién lo codea y le indica el hall de acceso al amplio local y pega un silbidito de admiración al tiempo que murmura: —¡Qué par de diosas! Ahí están entrando... Una para cada uno, si no nos dejamos ganar de mano... ¡Vamos a recibirlas!

Franco mira en la dirección que le ha señalado su compañero y —como él— se queda extasiado en la contemplación de esas dos preciosas chicas que —indudablemente— son mellizas.

Se apura a seguir a Lucién, el que —apresurado— se abre paso entre los

bulliciosos bailarines que ocupan la pista, yendo al encuentro de las recién llegadas.

Ambas están bajando la escalinata que conduce a la zona de mesas, cuando las sorprende el saludo de ese pretendido árabe.

—Hola, princesas, buenas noches... —les dice Lucién. —Mi amigo Franco y yo —y se lo presenta con ademanes de graciosa cortesía. —Estamos deslumbrados por su belleza. Como somos jeques postmodernos no nos atrae formarnos un harén. Nos conformaríamos —¡y cómo!— con contar solamente con ustedes dos para compañeras de baile... ¿Aceptan?

Por toda respuesta, sonrisitas tímidas en los rostros de ambas chicas, que cuchichean mientras buscan ubicación en alguna de las pocas mesas libres y miran hacia la entrada, como esperando la aparición de otras y otras personas.

Franco lo advierte y —por las dudas— previene un probable disgusto.

Si vienen acompañadas... bueno... disculpen. .. Creíamos que estaban solas... Una de las chicas se sienta y agita un abanico por sobre su cabeza con la evidente intención de que quienes han venido con ellas puedan ver el sitio elegido y se acerquen hasta allí.

Lucién trata de adivinar: —¿Son esos dos flacos disfrazados de piratas a los que estás haciéndoles señas?

La otra chica se sienta también y —riéndose— le habla por primera vez.
—No; nos trajo nuestra tía... Ahí viene.

Lucién y Franco ven —entonces— a una mujer de alrededor de treinta años que se aproxima a la mesa y pronto ocupa una silla junto a las chicas. Los muchachos están asombrados: no es común que —en esta época— las jovencitas vayan a bailar acompañadas por una persona mayor —piensan— y —menos aún— que esa persona se presente disfrazada del mismo modo que las jovencitas. Además, esa es una discoteca en la que ya es considerada re-vieja la gente que apenas supera los veinte... y eso lo sabe todo el mundo en Santa Helena.

—¡Qué raro!, ¿no, Franco? —le susurra Lucién a su amigo. —Si esta tía cree que aquí va a encontrar un candidato para ella está frita...

—Shh... que pueden oírte... Sigamos la corriente; después de todo las que nos interesan son las mellizas, ¿no? Y la momia no parece antipática...

Lucién es el que se decide a enfrentar la situación de una vez por todas. —Señora —le dice entonces a la tía. —¿Tiene algún inconveniente en que compartamos la mesa con ustedes? Nos encantaría invitarlas con alguna gaseosa...

La "momia" accede, tras consultarlo —por lo bajo— con sus sobrinas.

—Sí. Siempre que se comporten como es debido —les responde.

Y así es como —de inmediato— los amigos se ubican junto a las hermanas y —al rato— todos conversan animadamente.

Ellos les cuentan quiénes son, qué hacen y hablan de todos esos temas que suelen ser evocados en un primer encuentro.

Ponderan sus extraordinarios trajes de damitas antiguas y sus largas capas de raso con capuchones. Se admiran de los maquillajes que las hacen aparecer pálidas y ojerosas como verdaderas señoritas de un siglo pasado y les llama la atención el cuidado que han puesto en elegir peinados, abanicos, zapatos y otros

accesorios que ellos sólo han visto en grabados o museos.

—Es puro mérito de la tía —les informa —halagada— una de las mellizas. —Ella fue quien preparó los disfraces para las tres... Es tan buena con nosotras... Con decirles que se arriesgó a darnos el gusto sin que nuestros padres se enteren. Ellos creen que estamos durmiento... La matan si saben que nos trajo a bailar... Nunca lo habíamos hecho antes... y teníamos tantas ganas...

Franco y Lucién se sienten cada vez más sorprendidos por el relato de las niñas y —más aún— cuando las invitan a bailar un rock de onda y ellas manifiestan que no saben danzar "ninguno de estos ritmos de ahora... pero si ustedes nos enseñan..."

Bajo la atenta mirada de la tía, los cuatro se hallan —instantes después— balanceándose sobre la pista.

Y es cómico verlas a Leira y Valda Mujica de Hoz (que esos son los nombres y apellidos de las mellizas) intentando imitar los pasos y otros movimientos corporales de Lucién y Franco, ataviadas como están con esos ropajes nada adecuados para acompañar la música tecno e ignorantes como demuestran ser en el rubro bailes... ¡Ah, y con "jeques" como parejas!

Sin embargo, el encanto de ambas y de sus disfraces dan la nota brillante en esa reunión de carnaval y —a escaso cuarto de hora de las once y media— el jurado del concurso anuncia que ellas son las ganadores de la velada.

Entre los aplausos de la concurrencia y los ¡BRAVO! de Franco y Lucién, Leira y Valda ascienden —entonces— a un pequeño escenario donde les entregan sendas casetes musicales y diplomas que las acreditan como las más bellas y originalmente disfrazadas de la primera noche y ya finalistas, siempre que vuelvan a "BAR-BAR-OOOH" durante los tres días siguientes para seguir compitiendo.

Faltan apenas veinte minutos para las doce cuando la tía de las chicas se muestra repentinamente inquieta y les comunica que ya deben irse.

—¿Justo ahora, Leira, cuando empieza lo mejor? —le protesta Franco a su compañerita de baile.

Lucién hace lo mismo con Valda: —¿Por qué tan temprano? ¿No me dijiste que viven bastante cerca de aquí y que tu tía tiene auto?

—Sí... Pero a las doce en punto tenemos que estar de regreso... Mi mamá toma un medicamento a esa hora... y acostumbra a darse una vuelta por nuestro dormitorio... para taparnos... darnos otro beso y...

—Total, mañana venimos otra vez... —agrega Leira. —¿No es cierto, tía?

—Sí. Y apúrense, porque si no...

Los muchachos —con decepción pero absolutamente enamorisqueados como ya se sienten— les proponen que, al menos, concerten una cita para el mediodía siguiente, en la playa, así pueden estar juntos más tiempo.

—Imposible —les dice Valda. —Nuestros padres no nos permiten acercarnos al mar si no vamos con ellos...

—Y bueno... —se resigna Franco. —Pídanles que las acompañen...

—¿Estás loco? Tampoco tenemos permiso para hacer amistad con varones... ¿Y cómo les explicaríamos de dónde los conocemos a ustedes?

—¡Vamos, nenas! —repite la tía. —Ya se hizo muy tarde...

Antes de despedirse, es inútil que Lucién insista ante su amiga para que ésta le dé —siquiera— el domicilio adonde viven.

—Mañana podríamos pasar con la moto por la calle de tu casa y así —al menos— verlas de lejos...

—No. Mis padres podrían sospechar... Lo que sí voy a darte —y Leira también, ¿no es cierto? —son las casetes y los diplomas para que nos los guarden. Todavía no se nos ocurre en qué lugar esconderlos para que mi familia no los pueda hallar...

—Ya voy a pensar cómo ocultarlos —interviene la tía. —Y ahora, ¡vamos de una vez, nenas!

—¿Podemos acompañarlas hasta el estacionamiento? —pregunta Franco.

—De ninguna manera. Ustedes se quedan aquí —la voz de la tía ha tomado un tono enérgico que no admite discusiones. —Cualquier vecino podría verlos con nosotros y entonces.. . Mañana traeré a mis sobrinas de nuevo. Se los prometo. Y si de verdad han simpatizado tanto con ellas, no las perjudiquen. Quiero decir que no nos sigan, ¿entendido?

Toda la tarde del domingo que sigue al primer encuentro con las preciosas mellizas, Franco y Lucién la dedican a disfrutar de la playa, a pesar de que la baja temperatura y el viento no favorecen la estada junto al mar.

Los hermanos de Lucién y sus amigos los invitan a pasear en lancha y es recién entonces cuando Rolfi —el mayor de los Dubois— se da cuenta de que tanto Franco como “el bebé” se mantienen distantes, callados ambos y con los pensamientos flotando vaya a saberse por dónde.

Lo comenta con Alan.

—Eh, ¿qué les pasa a ustedes? —les pregunta entonces Alan. —¿En qué galaxia se supone que están? ¿No nos contaron que el baile de ayer fue fabuloso, señores jeques? ¿O es que no abundaban las odaliscas?

—Ni se te ocurra confiarle a este bocón el asunto de Leira y Valda —le dice Lucién a su compañero de aventuras. —No haría otra cosa que tomarnos el pelo..., "gastarnos" sin asco...

Lo cierto es que ambos muchachitos han quedado prendados, como pegados sin remedio al recuerdo de las mellizas. No logran borrarlas de sus mentes ni ven la hora de volverlas a encontrar, en el "BAR-BAR-OOOH".

—¡Qué yeta que tenemos, Lucién! Engancharnos con esas dos intrigantes, habiendo tantas chicas simples sueltas por ahí... —suspira Franco.

Transcurren las noches de carnaval de sábado y domingo.

Leira y Valda asisten a los bailes del "BAR-BAR-OOOH" escoltadas por su tía y las tres disfrazadas como en la primera ocasión. También —como el primer día— las tres se retiran de la discoteca antes de la medianoche, con la recomendación de que no las sigan.

Lo curioso para los muchachos es que aún mantienen en el misterio la dirección de su casa de vacaciones y también su domicilio de Buenos Aires. ¿Tan ogro será el padre de las mellizas? ¿Una bruja su mamá?

El entusiasmo que la compañía de las niñas despierta en Franco y Lucién va en aumento. Ellos creen haberse enamorado, estar totalmente "del tomate" por ellas, y les muerde la ansiedad por decírselo, aunque no logran dar con el

momento oportuno. Si ni siquiera pueden acercarse con ellas hasta la calle, cuando se alejan del local tan de prisa. La tía no les concede —al menos— unos minutos de intimidad. En los intervalos alrededor de la mesa del bar, imposible: todo se reduce a conversar con las chicas de temas triviales ya que la "momia" vigila... E inútil tratar de hablar durante los bailes en la pista, a tan alto volumen se transmite la música...

Se aproxima la última noche de carnaval y los muchachos no saben qué hacer para confiarles a Valda y Leira sus sentimientos, para obtener la promesa de nuevos encuentros, para que ese vínculo que se ha establecido entre los cuatro continúe —siquiera— en Buenos Aires, después del fin de verano. Les acongoja imaginar que exista la probabilidad de no volver a verlas. ¿Pero por qué? ¿Acaso ellas con sus tiernas actitudes, con sus sonrisas, con sus miraditas, no han estado —de algún modo— demostrándoles que ya son casi "amigovios"?

"Lucién y Valda"; "Leira y Franco", escriben los muchachos, a manera de consuelo, sobre una de las puertas interiores del toilette de varones... Y escriben también —sendos mensajes— para entregarles el martes de carnaval, por las dudas llegue el odiado momento de la retirada y no hayan podido expresarles todo eso que les sucede.

Martes de carnaval. Con sus trajes de jeques —que ya no conservan la compostura de la primera noche (pero a quién de ellos le importa) Franco y Lucién se dirigen al "BAR-BAR-OOOH ". Dejan la moto en el estacionamiento para automóviles situado a dos cuadras del local, sobre una de las calles transversales a éste de camino opuesto al mar. —Alguno de estos coches será el de ellas... —piensan.

Han tramado algo. No es cuestión de que sus adorables damitas antiguas desaparezcan así como así al concluir la velada.

Y esa noche la disfrutan como nunca; más aún— porque las mellizas resultan elegidas finalistas del concurso de disfraces y —finalmente— ganadoras absolutas del mismo.

El animador alaba sus maravillosos atuendos de damas antiguas y les entrega la orden de una empresa turística para retirar los anunciados pasajes a Río de Janeiro.

Cuando regresan a la mesa, con sus premios y en medio de un cerrado aplauso, un foco las ilumina a pleno y es entonces cuando la tía no puede reprimir su emoción y se echa a llorar.

Franco aprovecha ese fugaz instante de blandura para felicitarla y rogarle que —cuando deban irse— les permitan acompañarlas hasta el auto mientras que —por debajo de la mesa— la entrega su carta a Leira.

Lucién ya ha hecho lo mismo durante el baile y Valda la recibió en silencio. Pronto, la guardó en su bolsito.

Al escuchar el pedido de Franco, la tía se recompone de inmediato y torna a su habitual rigidez de carácter: —No. Ya les expliqué los motivos y no pienso reiterarlos. Les prohibo que nos sigan. Mis sobrinas volverán a encontrarse con ustedes siempre que respeten esta advertencia. De lo contrario, nunca las verán otra vez.

El temido momento de la despedida se presenta.

¡Ah, si se pudiera atrasar los relojes!

La tía —como ha sido su costumbre en las jornadas anteriores, apura a sus niñas para que partan de regreso a casa.

Sale ella al frente. Valda y Leira la siguen metros atrás. Es entonces cuando —ya en el hall de entrada y sin interesarles los ocasionales testigos— Franco y Lucién se atreven a llevar a cabo la primera parte de su secreto plan: sendos besos fugaces rozan las mejillas de cada una de las jovencitas que —tomadas de improviso— apenas si atinan a sonrojarse y apresurar la salida.

Los muchachos simulan volver al interior del local.

Enseguida —y con mucha cautela— lo abandonan, con el propósito de seguir a tía y sobrinas sin que éstas lo noten.

Ellas —sin dudas— irán hasta el estacionamiento a recoger su auto. Ellos van a aguardar hasta que el mismo arranque y —poco después— tomarán su motocicleta y —motor preparado con silenciador mediante— las piensan seguir a prudente distancia. ¡Ja! Pronto sabrán a dónde viven... Si la "momia" supuso que lograría separarlas tan abruptamente, sin el mínimo indicio para localizar a las chicas, está muy equivocada...

Franco y Lucién caminan detrás del trío de damas antiguas, escondiéndose —de tanto en tanto— por si a alguna se le ocurre controlar si las siguen.

Pero no. Tía y sobrinas, de capuchones cubriéndoles las cabezas y con las sedosas capas revoloteándoles cerca de los pies, continúan su marcha, bastante ligera por cierto.

En la esquina en que deberían doblar rumbo al estacionamiento, no lo hacen.

—Qué raro... —dice Franco. Lucién, tan asombrado como su amigo y los dos perplejos cuando ven que el conjunto se desplaza hacia otra cuadra, esa que no conduce ni a la zona del centro, ni a la playa, ni a los chalets de vacaciones.

¡Han elegido la cuadra que lleva al larguísimo camino de tierra a cuyo término se levanta el aeroparque! ¡Pero son cuatro kilómetros hasta allí y —si están por viajar— no van a recorrer a pie tamaño trayecto! ¡Y con esos disfraces! Además, a esta hora ya no hay vuelo hacia Buenos Aires...

¿Raro? ¡Rarísimo!

Decididos a averiguar la causa de tan extraño comportamiento, Lucién y Franco se lanzan detrás de ellas a lo largo de ese extendido, desierto y polvoriento camino, malamente iluminado de trecho en trecho.

Tía y sobrinas prosiguen su marcha, cada vez más rápido y sin aparentar signos de cansancio.

Los muchachos no saben ya qué pensar cuando —repentinamente aterrorizados— observan que las tres mujeres se detienen frente al sendero que se abre ante los portones del cementerio local. De inmediato, lo atraviesan, así como atraviesan los cerrados portales de rejas, insólitamente transformadas en una suerte de seres de aire, transparentes. No obstante, ellos pueden verlas todavía y las ven aún cuando continúan su caminata a través de la callecita principal del cementerio, con destino al sector de bóvedas.

Leira a un costado de la tía y Valda del otro, ambas con sus hombros enlazados por aquella.

Lucién y Franco, aferrados a los barrotes del portal y del lado de la villa, sienten un escalofrío indescriptible ante la escena que les toca presenciar.

Franco ha enmudecido, está tieso y el sudor lo empapa.

Lucién —también profundamente perturbado— quiebra su voz en un grito que resuena sobre aquel silencio mortal, en una cascada de ecos: ¡Valda! ¡Valda! ¡Valda!

Las tres mujeres se detienen sin darse vuelta.

—¡Valda! ¡Valda! —al llamado de Lucién se le suma ahora otro, tanto o más desesperado que el de su amigo.

Es Franco el que arroja a la noche el nombre de su amorcito, antes de caer de rodillas casi al borde de un desmayo.

—¡Leeeiraaaaa!

La tía permanece en su sitio, inmóvil y de espaldas al portal. Entretanto, ambas jovencitas han comenzado a deslizarse hacia atrás, sin darse vuelta y como si flotaran.

Lentamente, los chicos ven que se desplazan en dirección al portal desde donde ellos las acaban de llamar. Con la piel de gallina las ven.

Y es recién cuando las dos se ubican —rejas de por medio— una de espaldas a Franco y la otra a Lucién.

A dúo, de voces monocordes, con ostensible dificultad para articular las palabras, Valda y Leira les anuncian entonces:

—Le – les - di - di - di - ji - mo - mos - que no... no nos si - si - si - guieran... Aho - ra no... no... nos – po - podemos ver nunca maáas... Qué... pee... na...

Entonces, las mellizas giran hasta enfrentarlos, al tiempo que se descubren totalmente la cabeza al dejar caer sus capuchones y estiran sus brazos a través de los barrotes, en un vano intento de abrazar a Franco y Lucién.

El intento es vano, porque el espanto de oír aquellas voces y de ver —bajo la luz de los faroles que alumbran el acceso al cementerio— las calaveras en que se han convertido las preciosas caritas de Leira y Valda y el observar el estado de sus vestiduras (las mismas, sin dudas, pero que ahora presentan un aspecto lamentable. Raídas, con oscuras manchas por todas partes, con sus colores como desvaídos a través de los años...), tal espanto —repito— produce el instantáneo desvanecimiento de los dos amigos.

Los brazos esqueléticos tornan a colocarse las capuchas y los cadáveres de las niñas vacilan un segundo, antes de girar nuevamente y alejarse de los portones, caminando hacia la tía que las espera.

Enseguida, las tres se pierden entre las sombras de un callejón lateral.

Ya amanece cuando Franco y Lucién son rescatados del horror. Los padres de ambos y sus hermanos han salido a la búsqueda de los chicos en sus respectivos automóviles y jeeps, no bien empezaron a alarmarse por su demora en regresar de la discoteca.

Después de recorrer Santa Helena de punta a punta, los encuentran a las puertas del cementerio, llorando, de miradas perdidas, presa de temblores, como los únicos sobrevivientes de una catástrofe.

Tirados cerca de ellos y bailoteando de aquí para allá al impulso del

viento, también recogen los dos diplomas del concurso de disfraces y la orden por pasajes a Río de Janeiro, emitidos por una empresa turística local, todos los papeles a nombre de Valda y Leira Mujica de la Hoz.

Pasadas dos semanas del pavoroso suceso que los tuvo como protagonistas, Lucién y Franco dicen estar en condiciones de enterarse de la verdad de los hechos.

1 - En el cementerio de la villa existe una imponente bóveda que pertenece a la familia Mujica de la Hoz.

2- En ella están depositados los restos de buena parte de los integrantes de la misma. Entre ellos, los de Valda, Leira y su tía, las tres fallecidas a principios de siglo debido a un penoso accidente: el sulky con el que daban un paseo se desbarrancó en los acantilados de la región.

3- De la estancia "Valdeira" (bautizado con letras de los nombres de las hermanitas y a donde ellas solían pasar sus vacaciones) sólo resta el casco, que ostenta el mismo nombre de antaño. Actualmente está rodeado por un parquecito y allí continúa viviendo una descendiente de la familia de las chicas. Ella —la vieja Señora Máxima ha sido quien proveyó todas las informaciones que se le solicitaron, aunque visiblemente alterada por los episodios que le refirieron.

4- Doña Máxima les mostró —también, entre otros— un gran óleo que perpetúa las imágenes de las desdichadas mellizas junto a esa tía que adoraban.

El cuadro —junto a la firma del artista— consigna el año en que fue realizado, el mismo en el que las tres murieron. Por lo tanto, la descripción que de ellas han hecho Franco y Lucién coincide exactamente con los rasgos de las figuras pintadas.

Es más, fueron ataviadas con sus mejores ropas antes de sellar los féretros, esas que usaron para posar ante el plástico, las mismas con que se les aparecieron a Franco y Lucién durante las cuatro noches de los carnavales de 1990.

El loco de la patada

El muchachito entró agitado a la casilla que compartía con su abuela Anselma. La encontró mateando con los recuerdos, como era su costumbre a esa hora del atardecer.

El viento del invierno se colaba por entre el chaperío y las maderas rajadas con las que habían levantado esa miserable vivienda.

Formaba parte del centenar de casuchas similares de la Villa “La fin del mundo”. Era un lugar de asentamiento de multitud de personas que —como ellos dos— habían llegado a la gran ciudad de Buenos Aires huyendo del hambre y la pobreza de su lejana provincia.

¡Qué baja la temperatura de aquella tarde! Sin embargo, a pesar del frío el chico transpiraba, estaba acalorado.

—¿Qué te pasa, Siripo? —le preguntó entonces la viejita, tras echarle una mirada de reojo.

—¡Va a ver lo que encontré en los basurales! ¡Están bien conservados y son de mi medida!

Siripo revolvió dentro de una bolsa de arpillera colmada hasta el borde. Mientras —arrodillado— buscaba "eso" que quería mostrarle a la abuela, cayeron al suelo trozos de cartón, restos de pan y frutas y latas vacías...

De repente, una sonrisa enorme en la cara del muchacho: había agarrado lo que —enseguida— describió como “¡Un tesoro; un regalo de los Reyes Magos, abuela!” Era un par de zapatos marrones, mocasines, bastante gastados pero no tanto como para que no pudieran seguir usándose sin inconvenientes.

—Si hasta tiene enteritas las medias suelas... —decía Siripo, entusiasmado— y los tacos apenas si están un poco desparejos... ¡Mire, abuela; me quedan bien, como si siempre hubieran sido míos!

Siripo se quitó las rotosas zapatillas que calzaba y se puso los zapatos.

Contento, hasta hizo unos pasos de malambo que divirtieron a la anciana, aunque no resonaran sobre el piso de tierra de aquella única y tan precaria habitación.

—Bueno, bueno; ya es hora de preparar la cena —dijo Anselma—. ¿Pudiste traer algo comestible?

El muchacho colocó —entonces— sobre la mesa, los residuos de alimentos que había logrado juntar en el vaciadero de basura al que iba casi todos los días, como tantos otros vecinos.

—Hoy fue mi día de suerte —exclamó—. ¿Qué le parece esta porción de torta? ¿Y este hueso de chiquizuela, eh?

La abuela inspeccionó las sobras de comida que otros habían tirado y que para ellos eran la única posibilidad de alimentación diaria. Lavó algunas hojas de verdura dentro del balde de agua que les servía de pileta; desechó parte de una tajada de zapallo que estaba medio podrida, desmigajó los puntos verdes de moho que atacaban unas rodajas de pan negro y dispuso en una olla lo que podía

calentarse e ingerirse sin correr riesgos.

—El hueso lo dejamos para hacer una sopa mañana a la noche —dijo. —La torta también, Siripo. Va a venir a visitarnos la Eulalia. Hoy me avisó su madre, mientras hacíamos la cola para recoger el agua de la canilla de la esquina.

—¡Ja! ¡Frita se va a quedar la Eulalia cuando me vea con estos zapatos! —exclamó el chico.

Una hora y media más tarde, abuela y nieto dormían. Cada uno en su camastro, vestidos como estaban y acurrucados entre las mantas, sobre las que habían agregado hojas de diario, a fin de sufrir un poco menos el rigor del frío.

Siripo se había dejado puestos los zapatos. ¡Estaban tan calentitos!

Al día siguiente, mientras doña Anselma y su nieto tomaban el mate cocido —su desayuno habitual— una noticia emitida desde la radio los conmovió con toda su crudeza. Los locutores anunciaban que "se hallaron tres cuerpos sin vida en las proximidades de la Villa "La fin del mundo". Se trata de tres hom bres asesinados del mismo modo y —aparentemente— con escasos minutos de diferencia. Aún se desconocen sus datos de filiación porque las víctimas no portaban documentos pero la policía ya se encuentra en plena investigación de los extraños casos.

Los tres asesinados lo han sido —de acuerdo con los primeros informes de los médicos forenses— como consecuencia de una brutal patada que les fue propinada en la zona de la mandíbula inferior. Más exactamente en el mentón o barbilla. ¿Estaremos frente a un karateca enloquecido?"

Durante el transcurso del día, los habitantes de la Villa "La fin del mundo" fueron interrogados por un nutrido grupo de guardianes del orden que recorrieron las casillas. El despliegue policial era impresionante. Sin embargo, no encontraron nadie a quien poder atribuirle haberlos cometido o ser cómplice de aquellos horrendos crímenes. Ningún sospechoso. Lo que sí conocieron —de inmediato— fue la identidad de las víctimas, pacíficos vecinos sin ninguna relación entre ellos, salvo esa de regresar a sus casas cerca de la madrugada. Los tres trabajaban cumpliendo horarios nocturnos y los tres parecían haber sido eliminados porque sí, sin ninguna razón que lo explicara.

—Cuidadito con los desconocidos, Siripo —le aconsejó la abuela Anselma la misma noche de la investigación policial— y de vuelta a casa mucho antes de que anochezca, ¿eh? No me voy a quedar tranquila mientras estés haciendo la recolección en los basurales... Dicen que el asesino puede ser un loco suelto...

—No se preocupe, abuela. Ni pienso separarme del Negro Ordóñez y sus amigos... Usted sabe lo forzudos que son esos muchachos.. . Y con ellos voy a volver para acá —como hoy— alrededor de las cinco, que es cuando terminan con su turno en el vaciadero... Ah, no le conté cómo se rieron esta mañana al verme aparecer con los zapatos "nuevos"... "Compadrito el Siripo —bromearon. —Con calzado de lujo se viene a juntar basura... Si hay miseria, que no se note, ¿no es cierto pibe?"

Casi no podían creer que los encontré allí, abuela, “sólo un chiflado sería capaz de tirar un par tan fino”, me dijo el Negro.

La semana que pasó a partir de esta conversación entre Doña Anselma y su nieto fue un continuo espanto para todos los moradores de la Villa "La fin del mundo". Noche tras noche —y a lo largo de las siete que se sucedieron desde que los tres primeros crímenes habían sido descubiertos— nuevos asesinatos fueron cometidos en el lugar y sus alrededores. Las pobres y numerosas víctimas —de ambos sexos y de cualquier edad— aparecían muertas debido a un mismo violento golpe en el mentón que —indudable— era dado por un mismo pie, por un mismo zapato.

"El loco de la patada" —como pronto se denominó al misterioso criminal— hacía de las suyas burlando toda vigilancia y desorientando —cada vez más— a vecinos y policía.

Debía de ser un varón muy fuerte —opinaban— acaso un experto en artes marciales. ¿Cómo era posible que nadie lo viera merodear a través de la villa, que ninguno —por más que se mantuvieran alertas— pudiese sorprender a ese desconocido que se desplazaba lo más campante; sembrando la muerte a su paso?

La mañana del octavo día —a contar partiendo del momento en que se habían hallado los primeros cadáveres— la tragedia sopló sobre la familia del

Negro Ordóñez, arrebatándoles —por culpa del "Loco de la patada"— a uno de sus integrantes.

Fue entonces cuando el musculoso muchachón de temible trompada —inconsolable en su dolor y lleno de furia— se decidió a colaborar con la guardia nocturna que un montón de vecinos había comenzado a montar, como refuerzo de la policial.

—Ahora sí que va a caer ese maldito, abuela —le comentaba Siripo a la asustadísima Anselma. —Las piñas del Negro lo van a convertir en puré... si es que se atreve a "mandarse" otro ataque, ¡ja!

Y sí. "El loco de la patada" se atrevió y —durante el helado amanecer de la novena jornada de espanto en la villa— fueron cuatro las víctimas mortales que aparecieron, hasta que (¿un milagro, tal vez?) se encontró a la número cinco, aún con vida.

Desmayado a raíz del tremendo golpe en la barbilla, en estado de coma, era nada menos que al Negro Ordóñez al que ubicaron —finalmente— boca arriba entre unos matorrales próximos a la quema de basura.

A lo largo de las horas durante las que se prolongó su recuperación, en el hospital más cercano a "La fin del mundo", toda la villa rezaba por él.

—Ojalá que recobre pronto la conciencia —decían los custodios policiales, apostados junto a la puerta de la sala de terapia intensiva donde el Negro estaba internado. —Ojalá que vuelva en sí lo antes posible... Es el único testigo que tenemos...

Entretanto, abrazado a su abuela en la destemplada casilla que ocupaban, Siripo se lamentaba por la mala suerte corrida por su estimado vecino.

—Si el Negrito se salva —repetía— voy a regalarle mis zapatos para su hijo Ramón... Le gustan tanto...

—Qué buen corazón tiene mi nieto... —pensaba Anselma. —Es capaz de desprenderse de lo más valioso que tiene... del "tesoro" de su par de mocasines...

—Mocasines... Un par de mocasines que vinieron hacia mí a toda velocidad, a la carrera, fueron los que me atacaron de repente, señor comisario. Despegados de todo cuerpo, vea. Pero de una cosa estoy seguro: había pies adentro de esos condenados zapatos, porque las patadas que me pegaron en la "pera" no eran las de un calzado vacío... Había pies adentro de los mocasines... unos pies sonámbulos, qué se yo... No, señor comisario, no bebo alcohol; cualquiera de la villa puede asegurárselo... Tampoco pruebo ninguna cosa rara... No fue una alucinación —como usted supone— era un par de pies solitarios, metidos en esos mocasines los que...

La declaración del Negro Ordóñez —de la que en parte acabamos de enterarnos— sumió a la policía en el desconcierto. Y —poco después, cuando el muchachón estuvo en condiciones de seguir refiriendo el episodio— la dejó perpleja.

—Yo no soy un mal tipo; y nunca un delator, por más pobre que las ratas que les parezca —había dicho— pero *yo vi* esos pies asesinos, ese par de mocasines que me atacó... que acabaron con las vidas de tantas personas de mi barrio... y sé a quien pertenecen... aunque también a mí me cueste creerlo...

Señor comisario, me repugna tener que decirle lo que *debo* decirle...

porque el chico tiene la edad de mi pibe, de mi Monchi, vea, y siempre fue tan gauchito, con su abuela y con el vecindario que...

Siripo, el de la casilla diecisiete es el dueño de ese par de zapatos... podría jurarlo por ésta —y el Negro Ordóñez se tragó las lágrimas, a la par que se persignaba.

De inmediato —y aunque desconfiaban de esa versión de los acontecimientos, una patrulla salió rumbo a la casilla diecisiete.

La siesta, con su sol borroneado entre nubes grises, era casi tan fría como lo había sido aquella mañana de domingo.

Doña Anselma estaba remendando una camisa.

Echado sobre su camastro, Siripo escuchaba las noticias de la radio. Ninguna novedad acerca del Negro. ¿Qué pasaría?

Pronto lo supo y tanto él como su abuela sintieron que toda la desgracia del mundo se ensañaba con ellos.

—¿Así que ni siquiera ocultaste los zapatos? —le repetía el comisario.

—Vas a tener que acompañarnos a la seccional. Ordóñez dijo que...

Increíble. Como para perder la razón ante las semejantes acusaciones que se le hacían.

¿Qué tenían que ver sus mocasines con la serie de crímenes?

—¡Mi nieto es inocente! —gritaba la abuela. — ¡Debe tratarse de una equivocación siniestra! ¡Siripo duerme aquí, conmigo; no se mueve de esta casilla durante las noches! ¡Con el frío que hace, ya está de vuelta del vaciadero antes del atardecer! ¡Y hasta duerme con los zapatos puestos para no congelarse los pies! ¡Tampoco se los estuvo prestando a nadie! ¡Creo que no se los sacó desde la tarde en que los encontró en los basurales! ¡Por favor, no se lo lleven! ¡Es inocente!

Siripo tuvo que abandonar la casilla casi por la fuerza. Estaba aterrorizado. Una multitud de vecinos lo esperaba afuera. Todavía no sabían exactamente qué había sucedido.

Las cámaras de la televisión transmitieron para todo el país la siguiente escena: escoltado por dos agentes, de manos esposadas y cabeza cubierta por una campera, un muchachito salía de su miserable casilla rumbo al auto policial que iba a trasladarlo al destacamento del barrio.

Llorando desesperada, la abuela Anselma seguía clamando por la inocencia de su nieto, ante los micrófonos de algunos insoportables periodistas para los cuales el chico ya era —sin dudas— "el loco de la patada".

Esa noche —y tras ser sometido a interminables interrogatorios— a Siripo se lo condujo a una pequeña celda en la que sólo había un catre.

—Mañana vendrá el juez de menores, pibe —le dijeron. —Será mejor que trates de descansar un poco, porque el "baile" recién empieza. No vas a sacarla barata con tu silencio. Ya vas a ver que tenemos otros métodos para hacerte "cantar"...

—¿Cantar? ¿Cantar qué? —pensaba el muchacho y la confusión que lo atormentaba no le permitía otra actitud que esa de la mudez, en la que se había refugiado tras la separación de su abuela.

Serían cerca de las dos de la madrugada cuando por fin logró dormirse,

enrollado sobre el catre como un gato, apenas cubierto con una manta y —por supuesto— vestido y sin quitarse los zapatos.

Por eso, cuando alrededor de la seis y media llegó uno de los patrulleros que realizaban la guardia nocturna a través de la villa, las noticias que le comunicaron al comisario fueron para ponerle los pelos de punta: —Dos nuevas víctimas del "loco de la patada", muertas del mismo modo que todas las anteriores, habían sido halladas un rato antes.

Se apresuraron para ir a ver a Siripo.

Bien dormido, el muchacho seguía en la celda, tan enrollado sobre su catre como cuando lo habían dejado allí, después de apagarle la luz. Continuaba con los zapatos puestos.

Un oficial se le acercó y lo zamarreó.

—¡Eh, vamos, arriba!

Siripo se desperezó y estiró las piernas. Fue entonces cuando el vigilante vio aquellas manchas de sangre en el borde de un mocasín y algunas otras sobre la tela del colchón. Comprobó que eran bastante recientes.

Al rato, nadie en la seccional de policía podía explicarse lo sucedido. Por supuesto, Siripo menos.

Decidieron guardar un total secreto acerca del extraño caso, según las recomendaciones del juez de menores y proceder —esa noche— tal como el magistrado les había instruido, por más disparatadas que sus indicaciones pudieran parecerles. Así fue como, cerca de las doce menos cuarto, nueve o diez policías vestidos de civil se distribuyeron en distintos lugares de la villa, dispuestos a obrar como carnada de ese insólito sujeto al que llamaban el "loco de la patada". Más o menos cerca de ellos —y estacionados discretamente entre sombras y matorrales— varios patrulleros protegían su vigilia. —Dios quiera que "pique" y se lance al ataque de alguno de los nuestros... —decían.

Mientras tanto, Siripo dormía profundamente en su celda como consecuencia de un hipnótico que le habían dado después de comer.

Esta vez, a la lamparita que pendía del techo del pequeño calabozo la dejaron encendida y dos cabos observaban al chico sin perderse detalle.

En su despacho, el comisario fumaba un cigarrillo detrás del otro y amenazaba con consumir toda la provisión de café, tan nervioso estaba por ese caso misterioso que no acertaba a resolver.

El viejo reloj de la seccional señaló las tres del amanecer cuando los gritos de su personal subalterno lo alertaron de que algo fuera de lo común, extraordinario, estaba ocurriendo en la celda de Siripo.

Enseguida, corrió hacia allí y si no hubiera visto él mismo lo que —junto con los cabos— le tocó ver, seguramente le habría resultado dificilísimo creerlo.

Paralizados permanecieron los tres hombres mientras que los pies de Siripo, calzados en los mocasines, se desprendían de las piernas del chico, se apoyaban sobre el suelo como si alguien los condujera y —a la carrera— atravesaban las rejas y ganaban la salida del destacamento a una velocidad sobrehumana.

Casi ni tiempo para reaccionar tuvieron. Imposible detenerlos allí.

Fue entonces cuando el comisario avisó a sus unidades móviles lo que

acababa de pasar y —ordenándole a uno de los cabos que no se moviera de su lugar junto a la celda— salió a todo lo que daba hacia la calle, en compañía del otro guardia. Siripo —sin sus pies— continuaba completamente entregado al sueño y ajeno a todo.

La encarnizada búsqueda y persecución que del par de zapatos efectuó la policía aquella mañana, rindió parte de sus frutos. Y decimos "parte" porque el demoníaco calzado pareció advertir que se intentaba atraparlo y —a punto de serlo— se arrojó al pestilente riacho que constituía uno de los límites de la villa.

En el mismo momento, Siripo despertó —casi aullando— y casi aullando siguió durante algún tiempo, al comprobar que le faltaban los pies.

Sin embargo, no sentía el mínimo dolor. Sus pantorrillas presentaban el aspecto de esas que carecen de las extremidades inferiores desde siempre, como si hubiera nacido sin pies o como si los hubiese perdido en algún accidente de sus primeros meses de vida.

Pronto, toda la comunidad se puso en campaña para hacer una colecta. La tragedia que había sufrido el pobre muchacho, con su carga de horror y misterio, hizo que no hubiera quien permaneciese insensible.

Así fue como, un mes más tarde de aquellos episodios, Siripo y su abuelita viajaban al exterior para someterlo a un tratamiento a fin de incorporarle ciertas prótesis, que le permitirían desplazarse con ellas por sus propios medios.

A su regreso, un poderoso empresario se ofreció para instalarle un kiosko sobre una de las ventanas de la casilla. El local, atendido también por la abuela y su amiga Eulalia —y tan surtido como se lo habían donado— se convirtió en una buena fuente de ingresos para todos ellos.

En cuanto a los zapatos...

Fue inútil el rastrillaje que los bomberos hicieron en las aguas del riacho.

Nunca se encontró el par de mocasines ni los pies que —sin que el desafortunado Siripo lo supiera— se le habían convertido en verdaderos pies fantasmas, poseídos por la satánica energía de ese calzado que vaya a saberse a quién había pertenecido.

En pies fantasmas que —acaso— sean los que en este instante están produciendo ese extraño ruido de pisadas a tus espaldas...

La muerte se hospeda en “El Blanqueado”

Los viajes de egresados suelen ser inolvidables.

También lo fue el que me tocó realizar cuando finalicé el séptimo grado de la escuela primaria. Pero no sólo debido a los hermosos días que compartimos los veintitrés compañeros de entonces, sino acaso —especialmente— por “eso” que aún me estremezco al recordar.

La excursión —que se prolongaría en el interior del país durante una semana— había comenzado en la estación ferroviaria de Retiro. Allí abordamos el tren que nos trasladaría desde Buenos Aires hasta La Banda —provincia de Santiago del Estero— desde donde partiríamos —en micro— rumbo a nuestro destino final de vacaciones: las Termas de Río Hondo.

El largo viaje hasta La Banda fue tedioso y bastante desagradable para las tres maestras que nos acompañaban pero no para los chicos, a pesar del precario estado de conservación de los vagones clase turista, de las dificultades para estirar un poco las piernas debido a que los coches estaban repletos de gente parada y sentada sobre el suelo de los pasillos y —sobre todo— por la falta de higiene de los baños, ¡puaj!

Contentos como nos sentíamos, todos los inconvenientes nos daban pie para inventar chistes y hacer bromas que aliviaban —en parte— el mal humor de las docentes.

Ya en Río Hondo, nos dirigimos hacia "El Blanqueado", un confortable hotel, emplazado en el centro del lugar donde teníamos reservado el alojamiento.

El edificio era de dos plantas, además de la baja —claro— donde nos sirvieron la cena a poco de llegar.

El primer piso lo ocupó íntegramente nuestra delegación, ya que contaba con ocho cuartos de cuatro camas cada uno. Estas habitaciones estaban enfrentadas —también de a cuatro— y separadas por un corredor al que se accedía a través de la escalera, que tanto conectaba con la planta baja como se prolongaba hacia el segundo piso.

Las maestras nos dividieron en pequeños grupos de nenas y varones, tarea que no les resultó complicada ya que éramos once y doce por sexo respectivamente. Enseguida, nos distribuyeron en los cuartos ciento dos, ciento tres, ciento cuatro, ciento cinco, ciento seis y ciento siete, llenándonos de recomendaciones en cuanto a normas de comportamiento, horarios para levantarse y acostarse, etc., etc., etc..

Ellas eligieron la habitación ciento uno, cuya puerta era la más cercana a la escalera... (¡Bien que nos dimos cuenta que tenían el propósito de vigilarnos! Si apenas la entreabrían ya podían ver a cualquiera que subiera o bajara por allí...) Yo insistí para que me asignaran al cuarto ciento siete, pretextando que el siete era mi número favorito.

¿La verdad? lo elegí por tres razones:

1- porque ya nos habíamos puesto de acuerdo con mis dos amigas preferidas para conseguir que nos hospedaran juntas...

2- porque entonces era sólo un trío el que tendría que compartirlo y nos quedaba una cama vacía para usarla como sofá...

3- y —la “más” principal— porque era el que estaba ubicado más lejos del de las maestras y así podríamos eludir un poco su constante control, charlar hasta tarde e irnos a dormir cuando se nos antojara...

Así fue como Karin, Fernanda y yo, nos instalamos al final del corredor, frente a esa misteriosa habitación ciento ocho, de puerta cruzada con dos varillas sobre las que se destacaba un cartel que decía "CLAUSURADA". A las tres se nos despertó —de inmediato— la curiosidad de averiguar por qué, pero

debíamos de esperar hasta la mañana siguiente.

Entretanto, nos entretuvimos imaginando los motivos más descabellados.

Por ello, las compañeras de la ciento cinco golpearon varias veces la pared que nos separaba de su cuarto. Nuestras risas y el incesante parloteo no les permitían descansar. ¡Ja!

¡Ya veríamos si no se impresionaban —también— cuando descubrieran esa pieza tan cerrada al público! ¿Qué se ocultaría allí adentro?

—Nada, chicos —nos informaron las maestras durante el almuerzo del día siguiente, cuando la noticia de la existencia de esa habitación se había propagado entre los veintitrés compañeros con la velocidad de un rayo.

El conserje nos dijo que se incendió hace varios años y que —desde entonces los dueños del hotel— no quisieron usarla más. Les evocaba una situación muy penosa, ya que dos turistas murieron en esa tragedia...

—Pero con cerrar la puerta con llave sería suficiente... —opiné yo. —¿Qué falta hacía cruzarla con maderas clavadas al marco? Muy sospechoso, ¿no?

—Así se aseguran que nadie la abra por error y se encuentre con el feo espectáculo de ver todo quemado... Como contratan mucamas nuevas cada dos por tres...

La explicación no me convenció. A Fernanda y a Karin tampoco. Por eso, conversamos en secreto con los cuatro varones que ocupaban el cuarto ciento seis —contiguo al "misterioso"— y les pedimos que —esa noche— se lo pasaran de orejas pegadas a la pared divisoria, para tratar de oír algún sonido extraño o captar cualquier indicio que sirviera para demostrar que allí se ocultaba algo truculento.

Pasaron cuatro o cinco días hasta que mis amigas y yo nos decidimos a investigar por nuestros propios medios.

Desde el parquecito que circundaba el hotel, habíamos visto que los ventanales de la ciento ocho no estaban tapiados. De persianas cerradas sí, repintadas como la puerta, sí, pero no clausuradas como ésta.

También, habíamos podido comprobar que el pequeño balcón al que se abría nuestro cuarto lindaba con el del "misterioso". Apenas si estaban separados por medio metro entre barandas laterales. Ambos, también situados sobre el paredón lateral del hotel, así como los balcones de las demás piezas daban al frente y a los fondos de "El Blanqueado".

Era cuestión de atrevernos a pasar de barandales a barandales sin mirar el vacío y estaríamos listas para intentar el acceso a la ciento ocho.

¿Pero en qué momento?

La mayor parte de las horas del sol las dedicábamos a recorrer Río Hondo de un lado al otro.

Imposible ejecutar nuestro plan durante las pausas del desayuno, almuerzo o cena: ¿cómo justificar nuestras ausencias? Y si se nos ocurría una idea genial para justificarlas... ¿de qué modo lograr que no se encontrara ningún turista en el parquecito y que nos sorprendiera descolgándonos de balcón a balcón?

Descartado el hacerlo durante la madrugada. Las paredes no eran a prueba de ruidos. Nuestros cuatro compañeros de la ciento seis podrían oírnos mientras tratábamos de entrar a la ciento ocho... ¡Si nosotras escuchábamos parte de sus

conversaciones y carcajadas nocturnas, sin necesidad de acercarnos al tabique divisorio...!

Faltaban únicamente tres días para que tuviéramos que emprender el regreso a Buenos Aires. Mi intriga era ya incontenible, pero fue de casualidad como me enteré de "eso" que la hizo crecer hasta límites insoportables.

Yo había ido hasta la habitación de mis maestras para pedirles aspirina. A Fernanda le dolía una muela.

Acabábamos de acostarnos y hacía calor, por lo que salí descalza a través del corredor.

No era demasiado tarde aún por lo que —al llegar a la puerta del cuarto de las señoritas— oí que conversaban. Una de ellas parecía bastante nerviosa. Su voz se elevó de modo tal que —al colocar sigilosamente mi oreja contra la puerta— pude escuchar parte de lo que estaba contando:

—...uno de los dueños me lo confió durante la sobremesa... Ningún incendio ocurrió aquí... pero lo sucedido fue mucho más tremendo.. . Resulta que en la ciento ocho fueron encontrados —en distintas temporadas— un montón de turistas muertos... Aparecían como fulminados, en cualquier lugar de la pieza y sin que nadie acertara a dar con la causa... Todo en orden en el equipaje de los huéspedes... en los muebles... Un misterio absoluto. Por eso clausuraron la habitación. Desde entonces, volvió la paz a "El Blanqueado"... Cinco años pasaron desde que...

Corrí a mi cuarto de puntillas, olvidada de la aspirina y perturbada por lo que había escuchado.

Casi en un susurro se los conté a mis amigas.

Del susto, a Fernanda se le voló el dolor de muelas junto con sus reiterados suspiros y juró y perjuró que jamás apoyaría ni un dedo sobre las persianas del cuarto de enfrente. Karin —en cambio— se animó —como yo— y pronto maquinábamos —las dos— nuestra incursión a esa pieza.

Sin evaluar los posibles riesgos, desoyendo los apagados sollozos de Fernanda que nos rogaba que no lo hiciéramos mientras que se metía en la cama y se tapaba hasta la cabeza, en busca de mágica protección, Karin y yo, salimos —en puntas de pie— a nuestro balconcito.

Las heroínas de una película de Freddy Kruger nos sentíamos, tanta era nuestra afición a la literatura de terror y a cuanta historieta macabra circulara por allí.

El cielo estaba muy nublado y las tenues lucecitas de los faroles del parque no llegaban a alumbrar ese paredón lateral del primer piso.

—Tenemos suerte —pensé.

Íbamos provistas con sendas linternas, un cuchillo y perchas del placard. En un bolsito colgado al hombro yo cargaba también una piedra de regulares dimensiones, una de ésas bien atractivas que había recogido durante los paseos.

Karin me ayudó para que yo me sujetara de la baranda del balcón vecino sin correr peligro de caer al vacío.

Pronto estuve allí y entonces asistí a mi amiga para que se deslizara junto a mí. Nos dio bastante trabajo destrabar las persianas y abrir los ventanales de la ciento ocho a punta de cuchillo y haciendo palanca sólo con las perchas. Pero lo

logramos.

Encendí mi linterna. Con su luz iluminé —lentamente— todo el ámbito.

¡Qué decepción! Un cuarto amueblado igual que el de nosotros salvo que en éste era evidente que nadie lo limpiaba desde hacía mucho tiempo.

Envalentonadas por lo que ya empezábamos a suponer un invento de los dueños del hotel para atraer turistas amantes del misterio, Karin y yo entramos en la habitación.

Ahora éramos las dos las que la recorríamos de arriba a abajo con nuestras luces.

Nada por aquí, nada por allá. Y tampoco nos embargaba ninguna sensación rara. Insólito que allí hubieran caído —como moscas— tantas personas... Si parecía el sitio más común y corriente del mundo.

Ya estábamos por abandonarlo, defraudadas, cuando la luz de la linterna de Karin iluminó aquella especie de bolita verde, gelatinosa, inmóvil en un rincón.

Nos acercamos para ver qué era cuando —ante nuestra sorpresa— debió de alertarse con nuestros pasos y reptó hasta esconderse debajo de la cama. ¡"Eso" tenía vida! ¡Pfff! Pido disculpas por mi repugnante descripción pero... ¡parecía el mo...estee... la secreción nasal de un ogro!

Sentí repulsión por esa masa informe y —súbitamente— me volví hacia el balcón, dispuesta a irme lo más pronto posible. Choqué con un mueble y se me escurrió la linterna. En ese instante, Karin tropezó conmigo y también se le resbaló su linterna.

— ¡Vamonos de aquí! —exclamé entonces. —¡Rápido!

—¡No puedo! —chillaba Karin. —¡Me doblé un tobillo!

Tanteé en la oscuridad hasta prender a mi amiga por la manga de su camisón y casi la arrastré hasta que alcanzamos —nuevamente— el balcón.

A los golpes cerramos aquellos ventanales y persianas, mientras que oíamos el llanto de Fernanda, reclamando —a grito pelado— saber "—¿qué les pasó? —chicas— ¿qué les pasó?"

En el silencio de aquella noche, el barullo de nosotras tres fue como una sirena de ambulancia que alarmó a medio hotel.

Cuando Karin y yo regresamos a nuestra habitación, ya estaban allí las maestras, gran cantidad de compañeros y mucamas.

Entretanto —y por las dudas— el conserje había llamado a la policía.

Al rato, Karin y yo debimos responder a un sin fin de preguntas.

—¿Y por una bolita verdosa tanto escándalo? —decían los varones. —¡Ay, mujeres, mujeres...!

Todo el grado consumió un desayuno extra —en el comedor de la planta baja— durante los minutos que duró el interrogatorio policial.

Uno de los oficiales anunció que —por precaución, aunque consideraba que todo no había sido más que un susto— iría a inspeccionar la habitación clausurada. El cabo que lo acompañaba lo siguió. También el conserje, con pinzas y serrucho a fin de quitar las maderas que cruzaban la puerta.

Interminable la hora que demoraron arriba los tres hombres y había transcurrido alrededor de otra más, cuando el dueño del hotel se hizo presente,

preocupado por el aviso telefónico que le hizo una mucama.

Ya no quedaba huésped de "El Blanqueado" que no estuviera en el comedor.

—¡No es posible que el registro de una pieza de tres por dos insuma tanto tiempo! —exclamó —de repente— el dueño del hotel, antes de subir —él también— al primer piso.

Descendió de inmediato, con el rostro demudado y pálido como un fantasma.

—¡Qué nadie suba —ordenó— salgan a la calle si lo desean, pero que nadie vaya a la ciento ocho! ¡El conserje y los policías están muertos allí adentro! ¡Con la luz encendida! ¡Y como silos hubieran fulminado, Dios! ¡Es horrible!

Como es obvio, la noticia del rarísimo episodio no pudo mantenerse dentro del perímetro del hotel. Un hecho de tales características es una bola de nieve rodando vertiginosamente desde el pico de una montaña.

La telefonista de "El Blanqueado" no daba abasto con los llamados que recibía ni con los que desde allí necesitaban hacerse.

Karin y yo estábamos aterradas. Tan sin proponérnoslo habíamos originado aquella desgracia.

Todos los huéspedes fuimos trasladados a diferentes hosterías de la zona hasta tanto se aclarara lo ocurrido.

Aún hoy pienso que nunca hubiera sido posible si no hubiese prestado su graciosa colaboración aquella viejecita lugareña.

Dicen que se apresuró a ir hasta "El Blanqueado", no bien supo lo sucedido allí. Con una larga y raída túnica labrada con espejitos. De cabeza cubierta también, con un manto igualmente espejado bajo el cual apenas si se le adivinaba el rostro. Llevaba un espejo en cada mano y pidió que confiaran en ella y le permitieran entrar en la habitación "ciento ocho" sin que ninguno la siguiera.

—Creo que sé lo que está pasando arriba —dicen que dijo.

Y lo que dijo después —cuando bajó mostrando a la policía aquella bolita verde, recogida en una pala, viscosa, sin forma definida pero —por fortuna— ya totalmente inerte— pasmó a todos los que tuvieron oportunidad de escucharla.

"Es un basilisco —afirmó—. Bicho de mirada mortífera para aquel que ve su único gran ojo sin párpado, para quien tiene la desgracia de que el diminuto redondo monstruo lo mire...

Nace de un huevo pequeñísimo, puesto por un gallo e incubado por un sapo, aunque ustedes lo consideren imposible y se mofen de la leyenda...

Pero ya vieron. Ahí estaba... en la ciento ocho... y hubiera vivido añares allí mismo, al acecho de nuevas víctimas si yo no conseguía acabar con él... Pero a mí me enseñaron a conjurarlo desde chica."

—¿Cómo pudo, abuela? Perdone, pero... ¿es bruja usted? —le preguntaron, atónitos.

—Nada de eso, m'hijos. ¿O acaso les parece de bruja esta ropa espejada? ¿Y estos espejos que llevé? ¿No son ordinarios, baratos, pero espejitos y espejos al fin? Así hay que protegerse cuando se teme que pueda haber un basilisco escondido en cualquier rincón... porque si él se refleja y se ve... ¡ZÁPATE! se muere de espanto —el condenado— al contemplarse a sí mismo... del susto que

se pega de su propia apariencia no más...

El basilisco...

Casi apostaría a que Karin tiene —como yo— su casa colmada de espejos desde que aquel viaje de egresados concluyó.

No sé. No he vuelto a verla desde entonees. Poco después de finalizar la primaria se mudó a Suecia con sus padres.

Si bien nos escribimos cartas durante dos o tres años, hace mucho que ignoro todo acerca de ella.

Lástima. Qué lástima.

Pero por si acaso algún remolino de los tiempos sopla sobre su mesa estas hojas donde narré aquel extraordinario suceso que nos hermanó al filo de la muerte, me gustaría que sepa que la recuerdo con el gran cariño que nos unía cuando éramos chicas... y que colecciono espejos...

Incluso, siempre llevo uno pequeño en mi cartera y finjo peinarme el flequillo o arreglarme el maquillaje cuando estoy en lugares desconocidos, mientras lo uso como el retrovisor de los vehículos, para mirar a mis espaldas... ¡No sea cosa que me sorprenda —desprevenida— un basilisco!

Queridos monstruos

Habíamos ido a pasar un fin de semana a la quinta de Elián Cassini, como tantas otras veces.

Hijo único como era, sus padres se preocupaban para que compartiera con sus amigos otras horas aparte de las requeridas por los estudios escolares. Y como sus tíos eran todavía solteros, era común que invitaran a nueve o diez compañeros de grado a la vez (los que mejor nos llevábamos, claro) la pandilla "heavy" como nos decían ellos. Total, en los autos de que disponían había suficiente espacio para todos. De otro modo, a los padres de Elián les hubiera resultado difícil trasladarse en colectivos y tren con un grupito tan nutrido... y travieso. Así fue como durante el atardecer de aquel viernes de invierno, la pequeña caravana de tres coches partió rumbo a San Antonio de Padua, localidad ubicada al oeste de Buenos Aires y adonde quedaba la quinta.

En esa oportunidad, Lourdes, Elián y yo íbamos en el auto de una tía; Nadia, Darío y Valentina en el de otra, mientras que con el matrimonio Cassini viajaban Nelson, Diego y Anabel, más dos perritas de Elián, invariablemente en la falda de su patrona una y sobre el piso del auto la otra, hasta que llegáramos a destino.

Todos los chicos lamentábamos la ausencia de Claudio: estaba condenado a la cama por culpa de una molesta hepatitis. Y la lamentábamos tanto por la enfermedad como porque iba a faltar un chico para las parejitas del baile que acostumbramos a hacer los domingos, antes de volver a la ciudad. —No se preocupen— decía Darío, que era el chistoso de la barra. —No tengo ningún problema en bailar con dos chicas a la vez... ni tampoco en ocuparme de ellas para lo que gusten...

A mí, Elián me atraía especialmente. Mis secretos sentimientos —que disimulaba muy bien— iban más allá de la amistad que — en verdad— nos unía desde muy chicos. Pero ni loca iba a hacérselo saber, tímida y muy inhibida como estaba por su desbordante personalidad. Sin embargo, la barrera más importante entre los dos era una característica de Elián que me desagradaba profundamente y que crecía con él a medida que él mismo crecía, ¡aj! Era un incorregible fanfarrón. No presumido de su aspecto físico (mmh... ¡riquísimo!) ni de su sólida inteligencia (que me producía admiración). Su fanfarronería —sin límites— se manifestaba —de continuo— ante temas o hechos que a los demás nos ponían los pelos de punta, que nos hacían temblar de miedo.

A él no.

Disfrutaba —a las carcajadas— de las películas de terror, devoraba —lo más campante— cuentos y novelas capaces de sobresaltar al más valiente y alardeaba —incluso— de tener relaciones con seres terroríficos, provenientes de mundos paralelos o de los infiernos, con la misma naturalidad con que se vinculaba con nosotros. Este último aspecto de su fanfarronería lo había llevado a decorar sus cuartos —de la casa de Buenos Aires y de la quinta— con variados posters a cual más espantoso; a coleccionar repulsivas figuritas de cerámica que él mismo creaba; a juntar máscaras horripilantes con las que solía acercársenos en los momentos menos previstos y a celebrar unas extrañas ceremonias nocturnas, a fin de llamar a sus "queridos monstruos", como acostumbraba a denominar a esas criaturas que nosotros jamás veíamos pero que él juraba que acudían a su invitación.

Aquel viernes de invierno en que llegamos a la quinta, Elián nos anticipó —no bien nos acomodamos niñas y varones en sendos cuartos del primer piso— que algo muy espectacular iba a suceder a la medianoche, un suceso horroroso del que él iba a ser el único protagonista y todos los demás los testigos.

—Buah, otra vez fanfarroneando... —dijo Lourdes.

Valentina y Nadia mostraron interés en saber de qué se trataba lo que iba a pasar. Anabel protestó, aclarando que ella había ido a divertirse y no a sufrir un shock.

Diego y Nelson se burlaban de Elián, aunque era notorio que la curiosidad los carcomía. Darío aprovechaba el ambiente para ofrecernos unas melodías inquietantes en la pasacasetes, música toda seleccionada por Elián para amenizar la velada.

¿Y yo? Bien. Ya estaba asustada con anticipación, conociendo el talento de mi amigo para crear climas de tensión. Y más asustada estaba aún, porque sus padres y tías habían decidido ir al cine después de cenar, de modo que estaríamos solos cuando a Elián se le antojara someternos a sus macabros jueguitos.

Para colmo, una tormenta amenazaba con descolgarse de un momento a otro, típica escenografía de las historias de terror pero que en aquellos instantes me impresionaba porque dependía de un verdadero fenómeno natural. —¡Justo ahora! —decía yo. — ¡Qué suerte que tiene Elián; hasta con efectos especiales que no programó va a desarrollar su show de esta noche!

—¿Qué no los programé? Eso suponen ustedes. Desde hace rato que estoy concentrado para convocar a mis queridos monstruos y ellos me han contestado que van a aparecer apenas se desate la tormenta. ¿Ven? ¿Oyen? Ya comenzaron los primeros refucilos, los truenos. Pronto caerán las lluvias y los relámpagos y entonces...

Sus padres y tías ya habían salido hacia el cine cuando todos reunidos en uno de los cuartos y a la luz de las velas que había encendido Elián —tras apagar todas las luces de la casa y del parque— nos disponíamos a someternos a su maldito juego.

Elián llevaba puesta una túnica negra que usaba para esas ocasiones y se paró en el centro de un gran círculo de tiza que había dibujado para esa oportunidad. Sobre su borde nos sentamos todos los demás.

—Queridos monstruos... —exclamó, entonces, mirando hacia abajo—. Los convoco con todas mis energías para que aparezcan entre nosotros... Otórguenme el privilegio de que mis amigos también puedan verlos... Queridos monstruos, yo...

Tomadas de las manos, las chicas sentíamos que esa vez iba demasiado en serio. Nos angustiaba la idea de que Elián hubiera preparado ciertas bromas escalofriantes y —sin ponernos de acuerdo— las cinco coincidimos en negarnos a tomar parte del juego.

Yo fui quien se levantó y prendió la luz de un velador, mientras que Nadia y Anabel apagaban las velas y Lourdes quitaba de las paredes aquellas telas manchadas y esas redes que parecían gigantescas telas de araña.

—¿Eh? ¿Qué hacen, arruinadoras? —chilló Elián—. ¡Están interfiriendo la comunicación con mis queridos monstruos!

La tormenta ya se había desplegado sobre la noche con toda su furia.

—Si te interesa encontrarte con tus monstruos, podrías hacerlo en otro lado... —dijo Anabel.

—Claro, ¡qué vivo!; cómo te vas a asustar si armaste todo el...

espectáculo... digamos, y nada va a sorprenderte... Pero nosotros... —agregó Lourdes.

Nadia y Valentina se pusieron tercas como mulas: —Vamos abajo —propusieron— por la tele dan una de humor...

Yo me sumé a esta alternativa de entretenimiento y ya estábamos bajando la escalera cuando Darío, Diego y Nelson nos llamaron.

—¡Vuelvan, chicas! ¡Se nos acaba de ocurrir una idea sensacional!

En cuanto regresamos al cuarto, Elián estaba con cara de león enojado mientras que Darío lo animaba a que prosiguiera con su ceremonia... pero en el ruinoso y deshabitado chalecito de los caseros, esa construcción que se levantaba en los fondos del amplio parque y que estaba clausurada desde que un incendio había terminado con las vidas del matrimonio guardián de la finca, un año atrás.

—Ahí te quiero ver, Elián; con los rumores que echó a correr tu papá...

—¿Qué rumores? —preguntamos Nadia y yo, intrigadas.

—¿Cómo, no se enteraron de que los caseros sufrieron esa tragedia justo al día siguiente en que los Cassani los habían despedido, debido a un montón de irregularidades que venían cometiendo? —explicó Darío.

Seguramente murieron jurando vengarse... —opinó Nelson. —A ver a dónde queda tu valentía, fanfarrón.

—Qué te vas a animar a realizar allí —y solo— tu ceremonia... —lo provocaba Diego.

Ah... pero qué viveza... —intervine yo— si se atreve a entrar allá, audaz como es... ¿de qué modo vamos a comprobar si cumple con el llamado a sus "queridos monstruos" y todo lo que pase?

—Tiene razón; con esta tormenta y lo distanciado que está ese chalet no vamos a poder ver ni oír nada... —dijo Darío—. ¿Además, cómo nos consta que va a ser —siquiera— capaz de entrar a esa ruina?

— ¡Que vaya sin linterna! —gritaba Lourdes.

—¡Que lleve un grabador para registrar toda la ceremonia... y lo que acontezca después!

—¡Eso, eso! ¡Y algo para que deje adentro del chalet, así mañana nosotros podremos saber si estuvo allí o no!

Elián estaba furioso. A las chicas nos calificó como "unas cobardonas de décima" y a los varones con un lapidario "mariquitas de lo peor". Enseguida, anunció —más ensoberbecido que nunca—: —Les apuesto lo que quieran a que soy tan valiente como para ir solo hasta el chalet —a pesar de esta tormenta— entrar allí, practicar mi ceremonia, grabarla y —además— clavar en el piso de tierra del corredor delantero, una gran cuchilla, antes de cerrar otra vez la puerta con llave y regresar aquí para entregárselas. ¿Quién dijo miedo, tembleques?

Todos aceptamos la apuesta, convencidos de que no "le daría el cuero" para cumplirla, por más que se jactara de su valentía.

Fue así como él mismo sugirió que si la ganaba, entre todos debíamos de regalarle esos tres tomos de obras maestras del terror que acababan de publicar y que costaban un ojo y la mitad del otro. Si él perdía —cosa que descontaba totalmente— tendría que resolvernos todos los ejercicios de matemáticas que nos mandaban como deberes en la escuela y que tanto le molestaban. Ah, y hasta que

terminaran las clases... Peor castigo para Elián, imposible.

Sin embargo, persuadido de que iba a ganarnos, aceptó de inmediato.

—Permaneceré en el chalet una hora exacta a partir de las doce menos cuarto —nos dijo. —Aquí les muestro la llave que les entregaré a mi regreso, para que mañana puedan comprobar que corresponde a la cerradura de los caseros. Pueden palparme, registrarme y así se darán cuenta de que no llevo ninguna linterna, ni vela, ni encendedor ni caja de fósforos. En absoluta oscuridad voy a realizar mi ceremonia, manga de flojos. Ah, y esta cuchilla es la que voy a clavar en el piso, antes de volver aquí. Les ruego que se la pasen y vean que tiene las iniciales C.C. que corresponden a mi papá Carlos Cassini, como saben.

Por favor, revisen también el grabador. Le coloqué una cinta virgen, así que todo lo que oigan más tarde será exactamente lo que yo diga y escuche mientras realice mi experiencia con los seres del más allá. Hasta luego, campeones del "cuiqui"...

A las doce menos veinte Elián bajó las escaleras seguido por todo el grupo. Lo vimos alejarse entre las sombras y bajo la lluvia que caía a raudales. Iba con su larga túnica negra y empuñando la cuchilla, como si fuera a cortar en pedazos la oscuridad.

De tanto en tanto lo contemplamos —fugazmente iluminado por los relámpagos— a medida que avanzaba por el extenso sendero que atravesaba el parque, en dirección al chalet de los fondos.

Pronto lo perdimos de vista y ya no hicimos otra cosa que seguir arrimados al gran ventanal que daba hacia la parte posterior de la casa, tan empañado que —de continuo— las chicas lo frotábamos con repasadores para tratar de ver algo.

El reloj de la sala marcó las doce, las doce y cuarto, las doce y media, la una menos cuarto, la una menos cinco.

Durante el tiempo que duró nuestra espera, no oímos nada, salvo los gemidos de las perritas que estaban con nosotros y que habían intentado acompañar a Elián. Insistían para que les abriéramos la puerta, rascándola —incansables— con sus patitas delanteras.

—Tranquilas, tranquilas —les decíamos—. No pueden ir al parque con esta tormenta. .. Ya va a volver Elián... Tranqui, tranqui, chiquitas.

Pero cuando sonó la una, se alteraron de un modo tal que no pudimos calmarlas. Ladraron como si percibieran que un hecho extraño estaba sucediendo más allá de la sala, como si hubieran oído algo que nosotros no. Fue inútil que tratáramos de serenarlas. En esos momentos —y como nunca— rasqueteaban la puerta de salida al parque, con desesperación.

Su comportamiento nos sugestionó y —enseguida— ya estábamos todos tan nerviosos como ellas.

—¿Y si las soltamos para que vayan afuera? —dijo Anabel.

—No. Elián nos mata si a sus mascotas las agarra esta tormenta.

Continuaban ladrando —aullando casi— reclamando que las dejáramos salir, cuando el ruido de un auto entrando en el garage de la quinta nos hizo saber que padres y tías habían vuelto.

¡Menos mal!

Ya era la una y media.

Ni noticias de Elián. Por cierto, todos sus amigos estábamos preocupados pero ninguno se decidía a ir hasta el fondo, para averiguar por qué tardaba tanto.

—Es *muy* capaz de hacerlo a propósito, el *muy* maldito —opinó Darío—. De éste puede aguardarse cualquier cosa... Seguro que nos preparó alguna broma pesada. Se estará riendo solo, al pensar que iremos en su busca y entonces... ¡Zacate!, nos da el susto del siglo...

Cuando los papás y las tías de Elián se enteraron de la apuesta que habíamos hecho, les causó gracia, conociendo como conocían al chico y su atracción por los juegos macabros. Pero al dar las dos y ver que Elián no regresaba y que las perritas seguían tan irritables, el padre decidió ir en su búsqueda.

Todo el grupo se ofreció a acompañarlo.

Provistos de linternas y faroles salimos —entonces— rumbo al chalet de los fondos, con las perritas al frente del grupo, ya que se escaparon aprovechando el alboroto que reinaba en la sala.

Metros atrás de nosotros y cobijadas de la lluvia con un grandísimo mantel de hule, iban la mamá y las tías de Elián, las tres ya con tanta ansiedad como los chicos.

—No pasó nada —nos decía el padre—. ¿Qué broma de mal gusto habrá inventado ahora mi hijo? Es como para darle un tortazo a ese loquito. Miren que asustar así a todos...

—¡Elián...! ¡Elián! —lo llamábamos a los gritos, mientras nos dirigíamos hacia el chalet délos caseros.

No respondía.

El silencio sólo era quebrado por los sonidos de lluvia, truenos y relámpagos.

—¡Elián! ¡Elián! ¿Por qué no nos contesta este desgraciado?

Lo encontramos desvanecido, de rodillas junto a la puerta del chalet y como pegado a ésta por su brazo derecho. A su lado, el grabador había cesado su marcha y la casete —completamente usada su banda "A"— indicaba que algo se había grabado allí.

Una manga de la túnica de Elián estaba traspasada por el picaporte de salida, rasgada y enganchada al mismo, impidiéndole cualquier movimiento del brazo. En tanto, uno de los extremos inferiores de la parte de atrás de la larga vestidura, se encontraba sujeto al piso de tierra, cuchilla clavada mediante.

Difícil olvidar el gesto de terror que desfiguró la cara de Elián cuando —ya acostado en uno de los sofás de la sala— abrió los ojos y nos encontró rodeándolo.

Su mamá lloriqueaba y algunos de nosotros también, impresionados como estábamos por el fin de la aventura.

—¿Qué te pasó, mi nene? —le preguntó la mamá, acariciándole la cabeza.

Con el mismo rostro desencajado que segundos antes, Elián le señaló el grabador.

—¿Lo rebobino y escuchamos lo que grabaste?

Mi amigo hizo un gesto afirmativo. Parecía que el susto aún le duraba y no le permitía hablar. De a ratos temblaba.

Afuera, el amanecer despegaba las últimas sombras y la tormenta se despedía de la quinta y sus alrededores.

"Queridos monstruos..." —la voz de Elián surgiendo de la cinta grabada hizo que todos enmudeciéramos de golpe, anhelantes por escuchar.

"Queridos monstruos..."—reiteró—. "En medio de esta fabulosa tormenta que me han dedicado, inmerso en la más total oscuridad, los convoco —con toda mi energía— para que se aparezcan a mi lado... Otórguenme el intransferible privilegio de verlos, criaturas de las tinieblas, espíritus de los muertos, habitantes de los infiernos... Yo, Elián, los convoco; yo, Elián, aquí los espero, queridos monstruos..." Como la más adecuada sonorización de una película de horror, la voz de mi amigo se desgranaba entre los fuertes truenos y poderosos relámpagos que también habían sido grabados. Como el retintín de la lluvia sobre el techo de chapas de la vivienda de los caseros.

"Queridos monstruos" —el discurso de Elián proseguía— "no me defrauden y digan ‘presente’ de una buena vez... ¡Se los ordeno! ¡Ya mismo! ¡Aparezcan ahora! ¡Aparezcan mientras clavo esta cuchilla en el piso como señal de mi estada en este sitio! Yo sé que..."

Las palabras de Elián se interrumpieron bruscamente y un alarido brotó de su garganta. Luego, un lapso de silencio casi pegajoso y:

"¡No! ¡Suéltenme, por favor! ¡No me arrastren hacia abajo de la tierra! ¡Socorro, socorro, chicos!"

Sin dudas, ese pedido de auxilio había sido captado por las perritas y causado su tremenda inquietud.

La grabación continuaba con los gritos de horror de Elián —al que ninguno de sus amigos habíamos logrado oír— y con ciertos golpes contra muebles o paredes que el muchacho se había dado en su intento de huir del chalet.

De pronto, una exclamación tan agónica como las anteriores y de inmediato:

"¡No, suéltenme; déjenme salir de aquí, condenados! ¡Suéltenme!"

Un ruido seco después y la cinta siguió —hasta el final— sólo reproduciendo las señales de la tormenta.

Casi todos estábamos pasmados. ¿De modo que Elián había triunfado con su poder de convocatoria y sus "queridos monstruos" no únicamente habían aparecido junto a él sino que —incluso— habían intentado llevárselo al interior de la tierra y evitado que pudiera escapar?

Sus amigos lo miramos con callada admiración. A pesar del terror que le había producido ese pesadillesco encuentro, Elián lo había logrado... Cosa de no creer...

Despellejando la timidez de mis diez años que me envolvían en una coraza, me acerqué a mi amorcito secreto y le di un beso en la mejilla. —¡Qué valiente, Elián; un héroe! —le susurré. Él se sonrojó un poco y —por primera vez desde que había sido rescatado del chalet— sonrió. Apenitas, pero sonrió. (Corrijo: *me* sonrió y esa sonrisa fue el inicio de una relación que empezó a ser

algo más que una amistad... No sé si me explico, ejem.)

Las risas de su papá nos parecieron —de repente— completamente fuera de lugar. Yo me sentí muy avergonzada. Suponía que le había causado gracia mi beso.

—¿De qué se ríe, Carlos? —le preguntó, Darío medio desconcertado como todo el grupito.

—Es que... ninguno de sus "queridos monstruos" se le apareció a Elián, chicos. Por favor, aquí no ha ocurrido nada tremebundo ni extraordinario. Al agacharse para clavar la cuchilla —en la oscuridad— mi hijo clavó el borde de su túnica... Al querer incorporarse, sintió que le tiraban desde abajo y... temblando de miedo... imaginó que eran las manos de un ser sobrenatural las que lo hacían. Después, es claro que quiso salir corriendo y se enganchó la amplia manga de la túnica en el picaporte, ya que... bueno... ¡el gran valiente había dejado la puerta abierta de par en par para salir a los piques en caso de peligro... Y bueno, fue demasiado para él... También creyó que esas manos fantasmagóricas lo habían tomado de la manga y le impedían escapar... ¡Flor de susto se pegó el rey de los asustadores!, ¿eh?

De a poco, al entender que era eso lo que había pasado, todos comenzamos a reírnos. Elián también y —tras un rato de comentarios— todos nos fuimos a dormir, después de un reconfortante desayuno que nos sirvieron la mamá y las tías.

Al mediodía siguiente, los chicos quisimos ver —a la luz del día— el lugar de los hechos que tanto nos habían autusugestionado.

Pero entonces ya nadie volvió a reírse (los padres de Elián tampoco) cuando al entrar al chalet encontramos que la cuchilla que había quedado tirada en el piso estaba perfectamente clavada del lado de adentro de la puerta, justo sobre el picaporte... y que desde el sector de tierra donde Elián había cumplido con su prenda de encajar el instrumento de cocina y hacia la ventana de vidrios rotos que se abría sobre la pared trasera de la vivienda, partían unas huellas de rarísimas patas con garras, detrás de las que y entre las cuales podía verse el leve surco dejado por una especie de cola, como rematada en un rastrillo de poderosas uñas.

Ah, después de esa inexplicable visión que conmovió a chicos y grandes, Elián jamás volvió a fanfarronear con eso de que él no le temía a ciertos hechos que —a los demás— nos ponían los pelos de punta...

(Doble "¡ah!": igual le regalamos los tres tomos de las obras maestras del terror, que bien se los merecía...)

(Triple "¡ah...!": pero ya no volvió a convocar a sus "queridos monstruos"...)

En el fondo del jardín

Pidió que lo acompañaran a dar una última vuelta por su bello jardín.

Del brazo de una enfermera —entonces— con sus pasos inseguros y los ojos nublados, el viejo Efraín fue despidiéndose de cada una de sus plantas, de cada uno de sus árboles.

Conmovidos, los nuevos inquilinos de la casona lo vieron andar a través de los caminitos, detenerse junto a algunos canteros, murmurar sobre algunas ramas floridas, acariciar hojas y troncos.

—Él mismo plantó todo —les comentó el dueño de la propiedad, mientras se abanicaba con el flamante contrato de alquiler. —Me contaron mis padres que —hace cincuenta años, cuando le arrendaron la casa— este lugar no era más que una especie de potrerito... Él lo transformó en jardín con la asistencia de su mujer, que Dios la tenga en la gloria...

—¿Y a dónde lo llevan ahora? —preguntó Damián, el hijo de la familia que —al día siguiente— iba a mudarse a esa vivienda.

—A un establecimiento para enfermos mentales... Los vecinos denunciaron que está medio loco el pobre... Y aunque es muy tranquilo, no es posible dejarlo acá... No tiene parientes y...

Unos silbidos del viejo y su voz temblorosa llamando al chico, interrumpieron la charla.

—¿Es a mí al que necesita, abuelo? —gritó Damián, ya que el anciano se encontraba al fondo del jardín, a unos veinte metros de ellos.

—Sí, querido —le contestó la enfermera. —Don Efra desea decirte algo antes de irse...

De inmediato, el chico correteó hasta su lado.

Entonces, la enfermera ayudó al viejo a sentarse en un banco de piedra —ubicado junto a una vigorosa y extraña planta que parecía ser su preferida— y se alejó un trecho. Mientras se tocaba la sien con un dedo índice en movimiento, giratorio y entre risitas apenas contenidas, le dijo al chico: —Va a confiarte un maravilloso secreto. Me ordenó que los deje solos durante un ratito nomás... Espero que lo escuches con mucha atención, ¿entendiste? —y le guiñó un ojo.

Damián se fastidió. Ya había sido suficiente para él con que la enfermera hubiera tratado de informarle que el viejito no estaba en sus cabales, mediante esa inequívoca señal que indica que alguien es chiflado, como para que dudara de su comprensión al punto de hacerle —también— una guiñada. Además, ¿por qué creía ella que un secreto maravilloso era síntoma de locura?

Y cuando Don Efraín le confió aquél —digno de figurar en las páginas de los cuentos fantásticos que tanto le gustaban— Damián sintió que le hubiera encantado ser su nieto.

Poco más tarde —cuando la ambulancia que trasladaba al anciano partió rumbo al manicomio municipal— nadie advirtió que los ojitos del muchacho estaban tan nublados como los del casi centenario ex-jardinero.

—¿Qué te contó, Dami? —le preguntaron sus padres —lógicamente intrigados— durante el trayecto en taxi hacia el departamento que —hasta esa jornada— era su casa.

Inútil la insistencia por conocer las palabras que Don Efraín había confiado a su hijo. —Es un secreto... —les repetía el chico— ...un secreto maravilloso...

Ya había pasado un mes desde la mudanza del estrecho dos ambientes que ocupaban a partir de su casamiento, a la amplia casona, cuando la mamá de Damián descubrió el baldecito de juegos de su hijo que el nene conservaba oculto en el galpón del jardín.

Entre las mangueras estaba; tapado con una lona; abajo de la estantería donde habían quedado las herramientas, los frascos de fertilizantes vegetales y los tachos de abono de Don Efraín.

Se dio cuenta de que el nene lo había escondido intencionalmente al ver el contenido.

No pudo reprimir una exclamación de horror al comprobar que el balde estaba lleno de sangre.

—¡No hay secreto maravilloso que valga, Damián! Papá y yo estamos furiosos y —aunque nunca te pegamos— te juro que yo misma voy a sacudirte a zapatillazos en la cola hasta que nos cuentes qué significa esa sangre fresca que recolectaste en tu balde; y de quién es, y para qué diablos la pusiste ahí en el galpón ¡y por qué!

La madre estaba muy inquieta tras el impresionante hallazgo. El padre, de miradas amenazantes, de esas que duelen como latigazos; acaso mucho más efectivas que cualquier discurso cuando uno transita la infancia y experimenta una muda impotencia frente al razonamiento de los adultos.

Sin embargo, Damián resistió todo lo que pudo. Su ser se rebelaba ante la inminencia de la traición a la promesa que le había hecho a Don Efraín.

Su mamá empezaba a quebrar su silencio con la contundencia del cachetazo, cuando el chico no soportó más esa situación que consideraba injusta y les gritó: —¡Párenla de una vez! ¡No aguanto más! ¡Mi secreto es maravilloso y lo seguirá siendo aunque me pelen a tortazos! ¡Pero sé que no van a creerlo!

Y tenía razón, aunque sus mayores no lo admitieran. Porque los padres se rieron cuando —por fin— su hijo les refirió —de pe a pa— todo lo que Efra le había revelado.

—¡Ay, Dami; por qué no nos dijiste esto antes...! ¡Qué amargura nos hubieses evitado, ese viejo está loco! ¿Así que nada menos que una mandrágora te encargó que cuidaras? ¿Y la regaban con sangre de la carne que yo compro?, ¡aj! Ahora mismo vamos a arrancar esa planta del jardín. Será muy atractiva y no es responsable de los delirios de un insano, pero ya vas a ver como hoy se termina tu asqueante tarea, hijo. De raíz la vamos a sacar y listo.

—¡No! ¡Noooooooooo! ¡No la dañen! ¡No la toquen! ¡Noooooooo! —gritaba Damián, a la par que sus padres se dirigían —palas en manos— dispuestos a desalojar de la casa al vigoroso y extraño vegetal que se erguía junto al banco de piedra del fondo.

La lluvia empezaba a ablandar la tierra, como para simplificarles la tarea de remover de su sitio al añoso ejemplar verde.

Y llovió y llovió mientras que el chico insistía para que no lo hicieran y sus padres punteaban y cavaban en derredor de la planta, desoyendo sus advertencias.

Cuando la policía llegó a la casona y allanó el domicilio (convocada al lugar por el vecindario que se había alarmado al escuchar los gritos de Damián —primero— y otros escalofriantes y no humanos —después— entremezclados con los del matrimonio) se las tuvo que arreglar como pudo ante tamaño espanto.

De piernas y torsos semi hundidos en el barro del fondo del jardín que habían removido, medio enredados entre el follaje de una planta que mostraba al aire sus raíces y estrangulados por sus ramas, yacían los padres del niño.

¿Y él? Desmayado sobre el pasto, próximo a sus cuerpos y con una mueca de terror en los labios.

—Pero ¿qué caracho pasó acá?, esto es un miserable yuyo... —opinó el comisario a cargo de la investigación del misterioso episodio.

Sin embargo, se asombró muchísimo cuando observó la raíz, que

reproducía —con exactitud— las formas del esqueleto de un hombre...

El caso fue caratulado como "muertes dudosas". Sin embargo, los médicos forenses habían asegurado que allí lo único dudoso —y “muy”— era el motivo que las había causado. Si bien no podía negarse que ambos esposos habían sido víctimas de sendos ataques al corazón, repentinos y fulminantes, no lograban convencerse de la causa, de esa versión de Damián, disparatada como pocas.

Damián —único testigo visual de lo ocurrido— sólo pudo contar lo que le había tocado —por desgracia— presenciar, recién una vez que se recuperó —en parte— del tremendo shock nervioso, bajo cuyos efectos lo había encontrado la policía.

Y el nene reiteraba —entrecortadamente— que a sus padres los había asesinado esa planta del fondo del jardín, que era una mandrágora a la que jamás debían de haber arrancado porque existía una maldición que recaía sobre quien lo intentara: la muerte irremisible.

Los vecinos —en tanto— dijeron que no sólo habían oído los desesperados gritos del chico y del desdichado matrimonio sino otros, espantosos, como de ultratumba.

—¡Eran los de la mandrágora! —repetía Damián alterado. —¡Lanzó un aullido de los infiernos cuando mis padres tiraron con fuerza y la sacaron de raíz! ¡Es una planta mágica, pregúntenle a Don Efraín!

La policía consideró prudente no acosar más al pequeño, que fue entregado a la tutela de sus tíos.

El comisario —entretanto— continuaba intrigado por toda la historia y —a pesar de que sabía que iba a interrogar a un demente— decidió visitar a Don Efraín.

El viejo se mostró muy consternado cuando se enteró de la tragedia.

Dijo una cantidad de incoherencias y lloró bastante hasta que estuvo en condiciones de referirse a la maldita planta.

—Claro que era una mandrágora, ignorantes. ¿Por qué se burlan de mí? ¿Acaso no murió el matrimonio cuando quiso arrancarla? Nunca, nunca, debieron hacerlo... Y eso que yo le dije al chico que... ¿La habrá regado con sangre cada tres días, tal como le indiqué? [...] No, yo no la planté. Ya crecía entre los matorrales del fondo cuando alquilé aquella casa... La reconocí de inmediato y alerté a mi mujer acerca del peligro que representaba si tratábamos de arrancarla pero —también— de la salud y felicidad que traía a quien la atendiera amorosamente. Y fue ella la encargada de regarla... hasta que la perdí a mi pobre vieja... Tres veces por semana lo hacía, exprimiendo carne de vaca, de chivo, de murciélagos, bah, de lo que consiguiéramos... porque —antiguamente— su tierra era fertilizada con los hilos de sangre que caían desde la boca de los ahorcados... Esa misma sangre que la había hecho brotar por primera vez... como por arte de magia... Sus raíces albergaron las almas de los ajusticiados allí, por eso tenía que ser intocable...

El comisario tuvo que reprimir sensaciones de incredulidad y repulsa ante lo que estaba escuchando y fingir un absoluto crédito hacia las palabras del viejo. Así fue como Don Efraín completó su relato.

Días más tarde, el comisario comprobó que en el terreno donde ahora se

levantaba la casona en la que había ocurrido la desgracia había existido —en el siglo pasado— un patíbulo.

Decenas de personas fueron a parar a su horca, instalada en el sitio justo donde había fructificado aquella planta que el viejo se empeñaba en catalogar como "la mandrágora" y de la que —acaso— también crezca un ejemplar en nuestro propio jardín.

Lo que es yo, ni por todo el oro del mundo me animo a arrancar un arbusto desconocido...

Ellas también desean andar en bicicleta

En Paso del Indio, pequeña y pintoresca localidad campesina, casi perdida en la provincia de La Pampa, no existían amigas que lo fueran más que Alita, Yara y Belina.

Las chicas habían nacido en esa zona rural con pocos meses de diferencia. Vivían en chacras vecinas y asistían a la misma escuelita —distante algunos kilómetros de allí— junto con sus hermanos menores. Uno por parte de Belina, tres por Yara y dos por Alita, en total, eran —entonces— nueve los niños que solía transportar el sulky que conducía Belina durante la época de clases, ya que pertenecía a su familia.

Era común ver —a través del camino que recorrían— a muchas otras criaturas que también rumbeaban hacia la escuela.

Iban en sulkys, como ellos; a caballo o en camioneta u otros vehículos que la solidaridad de la gente mayor ponía a disposición de los chicos para llevarlos y traerlos en el período escolar...

Sólo iban a pie los que vivían cerquita del colegio. Por eso, a Belina y su grupo les llamó la atención encontrar —a la mitad del trecho entre las granjas y la escuela— a ese muchachito desconocido que andaba solo, en la dirección que ellos llevaban.

Era muy temprano aún como para salir de paseo... Además, jamás lo habían visto antes. ¿Quién sería?

—En Buenos Aires ya empezaron las vacaciones —dijo Alita—. Seguro que es pariente de algún chacarero que vino a pasar una temporada por aquí. Sí, seguro que es porteño, ¿no se fijaron en la facha?

Tenía razón Alita: por el aspecto podía adivinarse que no era de esos pagos... Anteojos para sol... Jean y zapatillas de marcas que ellos únicamente conocían por los avisos de la televisión, más una campera llena de etiquetas con palabras impresas en inglés. (Fácil saberlo: ¿quién no había leído y escuchado, también en las propagandas, vocablos tales como "Smile! God loves you!", “Tin a genius!”, "Stop!", "Just do it!" y expresiones por el estilo, aunque no entendieran qué significaban?)

El grupo iba al trotecito, de cuchicheo, junto al muchacho que les despertaba la curiosidad, mirándolo como si fuera un extraterrestre, cuando Yara le indicó a Belina que detuviera la marcha del sulky, dispuesta a conversar con el supuesto forastero.

—Buena idea —opinaron todos. Y —en seguida— lo llamaron, se presentaron y lo bombardearon con preguntas.

Así fue como se enteraron de que... — Me llamo Yanis... Soy uno de los

nietos de la familia Stavros, la de los griegos... o "los gringos del Pireo", como les dicen por aquí. Llegué ayer de Buenos Aires, para pasar el verano en Paso del Indio. Ahora iba para la escuela; mis tíos me dijeron que no está lejos...

—¿No esperarás anotarte como alumno, eh? Ya faltan pocos días para que terminen las clases...

—No, ¡pasé a primer año! Lo que quiero es conocer a chicos de mi edad... En especial... esteee... chicas... —les dijo, con un guiño. —En la chacra de mi abuelo son todas personas grandes... Con decirles que mis primos más jóvenes tienen diecinueve y veinte...

—¿Y "a pata" pensabas llegar? Hay todavía un buen tirón hasta la escuela...

—¿Y con eso...? No tengo nada que hacer... Además, así voy recordando

el lugar; desde bebé que no venía...

—¡Nosotros te llevamos! ¡Arriba de una vez! —exclamaron los hermanos de Alita, tan contentos con el nuevo compañero como todos los otros.

Yanis no se hizo rogar y —encantado— subió al sulky. Se acomodó en el pescante, entre Yara y Belina y se quitó los anteojos. De inmediato, se volvió para estrechar las manos de Alita y el resto de la chiquilinada.

Todavía se estaban saludando, entre las sonrisas y la algarabía de los menores, cuando las tres amigas —sin sospecharlo, claro— acababan de experimentar igual sensación: un gran impacto emotivo debido a los ojos de Yanis... a su simpatía... al interés que les había suscitado conocer a ese galancito, que parecía escapado de una película romántica...

Cuando el sulky reanudó la marcha, la sólida amistad que unía a Alita, Yara y Belina había comenzado a agrietarse imperceptiblemente (sin que ninguna lo sospechara tampoco, por supuesto).

¡Qué mala suerte! ¡Las tres atraídas por el mismo muchacho y a partir del mismo momento!

En extraña coincidencia, fue —también— a partir de ese mismo momento que Yanis hizo su provisoria elección: —De las tres — pensaba— la que más me gusta es Alita...

Y decimos "provisoria elección" porque sólo se transformó en "segura" algunos días después, cuando el muchacho ya había frecuentado a casi todas las chicas lugareñas de más o menos su edad y estaba convencido de que su corazón latía —únicamente— al compás del de Alita.

Se lo confesó.

Ella —a pesar de su carácter introvertido, de ser bastante pudorosa— lo escuchó con el alma de fiesta, aunque no le dijo nada. De todos modos, no era necesario: en sus miradas podía leerse los hermosos sentimientos que la unían al porteñito.

Yara y Belina —verdes de celos— no conseguían evitar su disgusto, por no haber sido ellas las conquistadoras de las preferencias de Yanis.

Poco a poco —y sin que Alita comprendiera bien por qué—ambas fueron distanciándose afectivamente de ella, aunque no perdían ocasión para mortificarla con comentarios maliciosos.

—Ese regresa a Buenos Aires y nunca más se acuerda de tu cara, tonta... Ignoramos qué te atrae de Yanis... La verdad, nosotras no le daríamos ni cinco de bolilla...

—¿Así que te estás tragando todas sus mentiras? ¡Qué se va a casar con una pajuerana ese porteño engrupido!... Fanfarronea, nena.

—¿A Atenas de luna de miel? ¡Qué bárbaro! ¡Si no vas volverle a ver el pelo no bien finalicen las vacaciones; te juego lo que quieras, dormida!

Ja, qué ingenua esta niña, se cree que porque le regaló una pila de postales de Grecia y ese bolso lanudo de allá, ya tiene el pasaje asegurado para viajar con él... dentro de mil años... Porque no serás taaan caída del catre como para no darte cuenta de que no pueden casarse ahora, a los doce y trece como tienen, ¿no?

Alita —compungida— apenas si atinaba a defenderse del injusto ataque

de Belina y Yara.

—¡Lenguas viperinas las de ustedes! ¡Menos mal que son mis amigas! ¿Y quién piensa en el matrimonio? Soñamos sí, los dos, ¿por qué no?, pero sabemos que para eso falta mucho y además, ni siquiera somos novios, para que sepan, ¡envidiosas!

—¿Ah, no? ¿Y cómo se llama esa atención exclusiva de uno al otro? ¡Si a la legua se les nota que están enamorados! ¿Acaso Yanis lleva a alguna otra chica a pasear en su bicicleta?

La bicicleta: una flamante bicicross traída de Buenos Aires. Los paseos que Alita daba con él, ubicada en el asiento trasero, ése instalado sobre la rueda posterior. Las idas y vueltas al pueblo a través del extenso camino arbolado que lo separaba de la zona de las chacras. El verlos partir alegres a la hora de la siesta y regresar casi al atardecer, con el canasto delantero del rodado repleto de flores silvestres...

Los paseos en bicicleta eran lo que más rabiosas ponían a Yara y Belina, fantaseando —como fantaseaban— con que aquellas excursiones a dúo eran lo más parecido a un tránsito por el paraíso.

Y bueno. Muy equivocadas no estaban... Lo cierto es que Yanis y Alita disfrutaban de aquella suerte de picnics sobre dos ruedas, tanto como del sol y de la felicidad de estar juntos al aire libre.

En su cotidiano viajecito hasta el pueblo —un modesto caserío de única calle principal que se estiraba a lo largo de tres cuadras— y en las vueltas por la campaña, acostumbraban a realizar una especie de miniturismo. Alita era entonces la guía que —orgullosa de Paso del Indio— no olvidaba sitio alguno para mostrarle a su amigo. Los más importantes, claro. Esos admirados por ella y por su comunidad.

Como el predio de Don Cosme, el apicultor —por ejemplo— con su infinidad de abejas a las que se dedicaba con tanta paciencia...

O el ombú casi centenario de la chacra de los Morel...

O la tiendita de artesanías de Doña Ignacia...

O la caballeriza de sus vecinos, donde también criaban caballitos enanos...

O la fuente cantarina de la plaza del pueblo...

O el sendero bordeado de cipreses que conducía al cementerio. Y éste mismo, tan delicadamente cuidado y florido...

O el monumento a los labradores...

O la estatua del sembrador...

O ese remanso, a orillas del lago de Paso del Indio, que sí podía considerarse un retazo del paraíso y a donde solían pasar algunos ratos, arrojando piedras al agua, mientras toda la música posible se concentraba en la variedad de voces de las aves y animales del lugar...

Lamentablemente, Yanis no podía —de ningún modo— preparar su corazón para soportar la tragedia que empezaba a insinuarse en torno de su primer amor.

Pobre Yanis. De golpe, expulsado del “paraíso” que había descubierto junto a Alita. Y pobre Alita, desaparecida durante horas en las profundidades del lago, al igual que cuatro de sus compañeros de séptimo grado, con los que aquel

domingo de enero habían proyectado celebrar su mes de egreso de la primaria.

El botero —un hombre servicial y bonachón al que todos apreciaban en el lugar— había sido el involuntario causante del drama.

Confiado en su experiencia y en la seguridad de su bote, pero —por sobre todo— compadecido de los ocho niños que no contaban con el dinero para pagarle el paseo por el bello espejo de agua, había cedido ante la insistencia de aquellos reiterados "Déle, sea buenito" y les había permitido subir a la embarcación, aún cuando el número total de pasajeros superaba el que señalaba la prudencia.

—Son chicos... Son tan livianos...

Una fisura en un extremo del bote —justo cuando éste flotaba sobre el sector más hondo— le produjo una inesperada y abundante filtración de agua. De inmediato, las criaturas que estaban ubicadas allí, se corrieron —asustadas— hacia el otro extremo.

Demasiado tarde para alertarlos del peligro al que se exponían, amontonándose sobre un solo sector. Demasiado peso.

El bote se desequilibró. Pronto —la gente que acampaba en las orillas— pudo presenciar —con profunda angustia— cómo daba una vuelta de campana, arrojando a los pequeños a merced de las aguas.

Y muy pocos sabían nadar...

Fueron varios los acampantes que se lanzaron al rescate pero no tantos como los necesarios para salvar a la casi treintena de compañeritos, a pesar de que los bomberos arribaron en su ayuda.

Entre las víctimas, Alita, dos varones y las que habían sido sus mejores amigas: Yara... Belina.

Con la desesperación de los últimos instantes, que Alita se llevó consigo para siempre, también hubo de llevarse la congoja que —momentos antes— le habían ocasionado —precisamente— Yara y Belina al acosarla —como de costumbre— con sus comentarios acerca de su relación con Yanis.

—¿Ya se enojaron, ya cortaron el idilio, que no lo invitaste a venir al lago... o fue por miedo a que le eche el ojo a otra?

—¿Pero quién te va a robar a ese salame, que se las pilla como si fuera un semidiós griego o algo por el estilo?

—Ay, Ala; bien dice el refrán que "el amor es ciego"... Con tantos muchachos "onda Tom Cruise" como hay en Paso del Indio, ir a fijarte en ese Ulises subdesarrollado...

"Qué pena que no pueda compartir con ustedes las emociones de mi primer amor —pensaba Alita— así como compartimos las muñecas, la ansiedad de las vísperas de Reyes, los secretos acerca de la diferencia entre los sexos y tantas cosas... Qué pena..." Lejos, muy lejos estaba ella de presentir —entonces— que las tres compartirían la muerte.

Abrumado por la desaparición de los cinco niños —de la que se sintió tremendamente responsable— el viejo botero se internó en el lago para ya no volver, una vez que colaboró —con todas sus fuerzas— en el salvataje.

Yanis escuchó la terrible noticia a través del noticiero de la radio local en momentos en los que se estaba cambiando para ir a buscar a su amiga. Agudas

punzadas le atravesaron el pecho. A los gritos repetía: —¡No! ¡No es verdad! ¡No es verdad! —mientras se echaba a llorar —desconsolado— entre los brazos de su conmocionada abuela.

Pocas veces —en Paso del Indio— las expresiones del dolor de la comunidad se manifestaron con tanta vehemencia como durante el sepelio de las cinco pequeñas víctimas.

Entre la multitud que las cortejó hasta que fueron inhumadas, caminaba Yanis con su infinita tristeza a cuestas.

El verano continuó su curso. Paulatinamente, el muchacho fue animándose a salir de nuevo en su bicicleta. Y allá iba —piel de lágrimas— a pasear su soledad por las siestas y por los mismos caminos que —breve tiempo atrás— había recorrido con su inolvidable Alita, sentada sobre la rueda posterior.

Pero era hacia el sendero bordeado de cipreses que conducía al cementerio al que se dirigía —invariablemente— al atardecer.

Sobre la entrada del camposanto solía detenerse un rato, con la mirada perdida sobre los canteros floridos entre los cuales descansaba su amada. Él *sabía* que sólo se trataba de aguardar con paciencia, que no era posible determinar con exactitud el minuto del reencuentro.

Reencuentro... El primero había ocurrido a la semana de haber reanudado sus paseos en la bicicross.

Yanis se encontraba estacionándose sobre las lajas de acceso al cementerio cuando —sin haberse bajado aún del rodado— sintió una leve presión sobre el asiento trasero. Enseguida, un peso invisible que se le antojó el mismo de Alita y —de inmediato— la certeza de que *era* ella quien había vuelto a ocupar su sitio para que la llevara de paseo, para estar juntos otra vez.

A partir de ese crepúsculo y durante muchos que le siguieron, el muchacho no faltó a la cita. Iba a buscarla a la caída del sol y rumbeaba hacia las orillas del lago, bajando a toda velocidad la pedregosa pendiente que llevaba hasta allí, hasta ese lugar que tanto habían disfrutado cuando ella vivía. Tras un rato de reposo, la conducía de regreso.

Era su secreto. No podía contarle a nadie lo que le sucedía. ¿Quién iba a creerle? Además, si su familia se enteraba, lo más probable era que le prohibieran salir, que pensaran que estaba muy perturbado por la ausencia de Alita y que el dolor le hacía imaginar esos episodios sobrenaturales.

Pero Yanis estaba convencido de la diaria aparición de su amorcito. Si hasta el roce de sus manos —rodeándole la cintura— le parecía sentir, mientras pedaleaba en su transparente compañía...

Una tarde, no bien el muchacho se había detenido ante las puertas del cementerio a la espera de Alita, una fugaz correntada de aire helado lo envolvió de repente. Se inquietó. Hacía calor. —Qué raro —pensó.

Fue recién cuando esa extraña corriente volvió a estremecerlo que Yanis tuvo temor. Se disponía a arrancar y alejarse de allí. Entonces, advirtió que un peso inusual —sobre el asiento posterior— le impedía poner en marcha la bicicleta. Era como si dos seres se hubieran apretujado sobre la rueda trasera. La miró y observó que estaba casi en llanta. En ese momento, cuatro manos invisibles y tan heladas como la corriente de aire que persistía sobre su cuerpo, lo

tomaron de la cintura y de las caderas, aferrándose a él como solía hacerlo Alita.

Intentó —nuevamente— partir de allí, temblando de miedo.

En vano. No podía pedalear con semejante peso a sus espaldas.

Soltó entonces el manubrio y saltó de la bicicleta, dejándola tirada, mientras echaba a correr para alejarse del cementerio lo antes posible.

Durante la corrida oyó aquellas voces que lo aterraron y que siguieron resonando en sus oídos hasta que alcanzó el sendero bordeado de cipreses.

—¡Somos Yara y Belina, Yanis! ¡Y jamás vas a volver a encontrarte con Alita si no nos llevas ahora a dar un paseo! ¡Nosotras también queremos andar en tu bicicleta! ¡Ahora! ¡Ahora mismo! ¡Yaaaniiis! ¡Yaaaniiis!

Al día siguiente y acompañado por sus primos —a los que horrorizado les contó —por fin— lo sucedido— el muchacho regresó al cementerio para recuperar la bicicleta.

Era una cálida mañana que marcaba la despedida de las vacaciones y el inminente retorno del chico a Buenos Aires.

El cuidador del lugar les dijo que sí, que él había encontrado una bicicleta... pero no en la puerta.

Muy sorprendido, cuando Yanis le mintió que la había dejado allí porque se le había pinchado la goma trasera, el hombre le aseguró que la había hallado *adentro* del cementerio, frente a dos sepulturas muy *próximas entre sí.*

Los primos de Yanis le pidieron que les indicara esas tumbas. Fue entonces cuando —disimulando su horror ellos y sobrecogido de espanto Yanis— los tres comprobaron que se trataba de las sepulturas de Yara y Belina.

El cuidador no pudo entender por qué le regalaron la flamante bicicross hasta que —sin contárselo a nadie para que no lo tomaran por loco— él mismo la destruyó, semanas después: la había visto desplazándose —sin nadie al volante, con los pedales girando en el vacío y a través de los caminitos del cementerio, durante una luminosa medianoche de luna llena.

La Luisona

El empresario Gerónimo Noziglia regresó a Buenos Aires de uno de sus frecuentes viajes de negocios a la provincia de Entre Ríos trayendo una niña.

Al verlo llegar a su piso de la avenida del Libertador en compañía de esa criatura, su mujer puso el grito en el cielo.

—¡Con Hilaria, la Tota y Honoria puedo arreglármelas muy bien para el mantenimiento de esta casa y de la del country! Pero, Gerónimo, ¿cómo se te ocurre que esta nena —que jamás salió de Diamante— va a servir para algo más que para complicarme la vida? ¡Otra para cuidar, como si no tuviera suficiente con nuestros tres chicos!

—Es muy trabajadora, querida. Ya vas a ver. Los padres me la confiaron por casa y comida. Tienen un batallón de hijas los pobres... Además, Teté, a fines de marzo la llevo de vuelta a su provincia. Estoy seguro de que puede darte una mano en la atención de la beba durante las vacaciones y... Está acostumbrada a cuidar chicos. ¿No es cierto, Luisona?

La chica entrerriana, que hasta ese momentó lo había pasado mirando la punta de sus zapatillas y —de reojo— a la dueña de casa, asintió con un leve movimiento de su cabecita morena.

—¿Te comieron la lengua los ratones? —le preguntó. —Tendrías que responder "Sí, señor" o "No, señor".

—Sí, señor... —dijo entonces, mientras apretaba contra su pecho el bolso que contenía sus escasas pertenencias.

—¿Y qué más? —insistió Teté. —¿No vas a contarme nada? Si te interesa trabajar para nosotros tengo que saber tu nombre, tu edad...

—Me llamo Luisa, señora; pero me dicen la “Luisona”' porque soy muy alta para los diez años que tengo. También, a dos de mis hermanas las llaman la Inesona y la Martona, en vez de Inés y Marta. Ellas son —todavía— más altas que usted... y eso que apenas tienen diecisiete y dieciocho...

—Qué notable... Sí que creciste, Luisona, ¿eh? —le dijo la señora, sorprendida.

—Mi hijo Patricio es de tu misma altura... y eso que le falta poco para cumplir los catorce. .. Bien, te voy a mostrar dónde vas a acomodarte por esta noche... Mañana partimos para el country.

—¿Qué es el "cantri", señora?

Teté le explicó: —Un lugar muy grande, en las afueras de la capital. Donde está ubicado, es casi casi como el campo. Allí tenemos una casa para ir los fines de semana o pasar las vacaciones, como este verano. Como mi beba es recién nacida, no nos pareció prudente irnos al mar, como siempre. El country es un predio de cuantiosas hectáreas rodeadas por alambrados de púa. Muchísimas familias construyeron hermosas residencias allí. Es una pequeña ciudad en medio del verde. Muy vigilada. Ningún peligro. Con decirte que hasta tenemos patrulla de seguridad durante todo el día y...

—Ah... ya entiendo... —dijo la Luisona, de repente. —El cantri es como una cárcel linda, ¿no?

El matrimonio Noziglia se rió ante este comentario de la nena. Después de todo, ellos también —a veces— sentían la vaga sensación de encontrarse en una prisión de jerarquía, tantos eran los controles para el acceso y la salida y las medidas de vigilancia que se aplicaban en el country-club "Tierra Galana" del que eran socios...

—Simpática la mocosa, ¿eh? —opinó Teté no bien la Luisona se retiró de la sala con una de las mucamas...

—Yo sabía que te iba a caer bien.

—Sí, Gerónimo, ¿pero dónde va a dormir allá en el country? En la pieza que comparten la Tota e Hilaria ya no cabe un alfiler... y ni pensar con ponerla en la habitación de Honoria... Su única exigencia es el cuarto privado, ¿te olvidaste?

—Tenemos cuatro vestuarios con baños en los alrededores de la pileta de natación... Con que dispongamos de tres nos basta. Al otro le agregamos un catre y listo...

—¿Y no tendrá miedo de dormir tan alejada de la casa? Será alta... pero es chica...

—¿Miedo la Luisona? Si vieras *cómo* vive en Diamante... y donde el

diablo perdió el poncho... El vestuario se le va a antojar la suite de un hotel cinco estrellas, Teté.

A la mañana siguiente —vísperas de Navidad— los Noziglia partieron rumbo a “Tierra Galana”. Los esposos dividieron a hijos, personal de servicio y enseres diversos en los dos autos que poseían.

En el de Teté, iban Honoria, Hilaria, la Luisona y Milagritos, la recién nacida, plácida en su coquetísimo moisés.

En el de Gerónimo, Patricio y Alfonso —los hijos varones—, la Tota, la mucama menor, más Arco y Flecha, los bravos dogos blancos de la familia.

La casa del country —una verdadera mansión emplazada en el medio de un parque— deslumbró a la Luisona tanto como el lugar y las demás residencias. Le parecía asombroso que cierta gente contara con semejantes viviendas sólo para usarlas durante los fines de semana o las vacaciones.

Patricio y Alfonso la llevaron a dar una vuelta por casi toda “Tierra Galana”. Le mostraron el centro comercial, la confitería, el restaurante, las canchas de tenis y de golf, el sector de juegos para niños...

Ya de nuevo en la casa, los dos le indicaron el vestuario junto a la pileta que sería su cuarto improvisado. Ya habían colocado allí un catre, una mesita y un banco.

—Tiene baño con ducha y todo, ¿ves? —le dijo Patricio. —Ah, y el perchero para que cuelgues tu ropa.

—¿No te asusta pasar la noche aquí? —le preguntó Alfonso.

—¿Asustarme yo? ¿De qué? De caerme en la pileta de natación, eso sí; porque no sé nadar... —respondió la chica, encantada con ese cuartito que le habían asignado y que no estaba tan lejos de la casa como le habían hecho creer. Además, comparado con la humildísima pieza que ocupaba en Diamante junto con todas sus hermanas, ese vestuario del country se le asemejaba una habitación lujosísima.

—A nadar te podemos enseñar nosotros, ¿no Patricio? Es muy simple...

—¿Les parece que podría aprender? Nunca entré en una pileta así...

Las dos semanas que siguieron al día de la llegada a "Tierra Galana", transcurrieron sin que nada alterara la tranquilidad en la casa de los Noziglia.

La Luisona estaba contenta: salvo Honoria, que la trataba con cierta rudeza y la miraba con desconfianza, todos los demás eran cordiales con ella.

—Pero, Honoria, ¿qué le pasa a usted con la chica? —escuchó una tarde que la señora Teté le comentaba a la cocinera. —No encuentro ningún motivo para que le demuestre tanta antipatía...

—No sé, señora, pero hay algo que no me gusta en ella, que me produce rechazo...

—Qué injusta, Honoria; la Luisona es muy dócil, calladita, siempre lista para todo quehacer... ¡Y cómo cuida a la beba...! ¿No vio el cariño que le tomó a Milagritos?

—Qué quiere que le diga, señora; cuestión de piel; tiene algo raro esa gurisa..., algo que me pone nerviosa...

Cuatro o cinco días después de esta charla, se festejó el cumpleaños de Gerónimo con una animada reunión a la que asistieron muchos amigos de los

Noziglia.

La noche no podía ser más propicia para pasarla al aire libre: veintiocho grados de temperatura, una brisa fresquita y —por sobre todo— esa maravillosa luna llena, que casi tornaba innecesario el encendido de los faroles del parque.

Para sorpresa de Teté, la Luisona le pidió permiso para irse a dormir cuando recién empezaban a servir asado.

—Si no me necesita más, quisiera irme a la cama, señora.

—¿Sin comer? ¿Y te vas a perder la fiesta, tonta?

—Es que no me siento bien; estoy un poco mareada, me duele la cabeza. Debe ser el principio de un resfrío no más; no se preocupe, señora.

Al ratito, la nena ya estaba acostada en su catre, de cara al techo. A través de la ventanita del vestuario, la luz de la luna se colaba, iluminándolo a pleno.

Los últimos invitados en partir lo hicieron cerca de las doce. Pronto, toda la familia Noziglia se retiró a descansar. Hasta Arco y Flecha se quedaron rendidos en sus cuchas, después de la excitación que les había causado tanta visita.

Sería alrededor de la una de la mañana cuando sus potentes ladridos despertaban a los dueños de casa.

Sobresaltado, Gerónimo salió para ver qué les sucedía.

Los encontró tremendamente inquietos, tironeando de las correas que los sujetaban a sus cuchas. Ladraban en dirección a la piscina.

Pronto, a sus ladridos se sumaron los de los perros vecinos y —poco después— era como si casi todos los animales de las inmediaciones se hubieran puesto de acuerdo.

¿Qué sería lo que los alteraba de ese modo?

Gerónimo volvió a encender los faroles del parque, soltó a Arco y Flecha y con ellos anduvo de aquí para allá, tratando de descubrir la razón del comportamiento de sus dogos.

Lo mismo hicieron algunos vecinos y —por supuesto— también el personal de vigilancia.

Ninguno advirtió nada fuera de lo común.

Sin embargo, los perros recién cesaron de ladrar cuando ya amanecía.

Bien entrada la mañana, uno de los custodios de “Tierra Galana” se presentó —casa por casa— para comunicar que se llevaría a cabo una reunión de todos los socios mayores de edad. Los esperaba en la confitería, recomendándoles —muy especialmente— que no dejaran de asistir ya que debía de informarles algo muy importante.

—Señoras y señores —les anunció —más tarde— cuando la confitería del country se encontraba repleta de gente. —Lamento decirles que esta madrugada ha ocurrido un hecho inexplicable y no me refiero únicamente al coro de ladridos que escuchamos. La familia Bonardi, la de la casa ubicada en la esquina de las calles Algarrobo y Nogal, hizo una denuncia que nos llena de estupor y preocupación. Su perro y los tres conejitos de su hija aparecieron muertos en el corralito que ocupaban en los fondos de su residencia. Los cuatro presentaban profundas dentelladas en la zona de los cogotes, como si un perrazo los hubiera atacado. Además, varios tachos de basura de esas calles se encontraron revueltos,

con sus desperdicios diseminados de modo tal que es claro que alguien recogió restos de comida entre ellos y desechó lo que no era comestible. Además —y les ruego que tomen esta noticia con reservas (ya que proviene de una testigo de seis años) un horroroso animal fue visto merodeando por esa zona. La niña contó que se despertó al oír gruñidos debajo de su ventana. Al asomarse, gritó —muerta de miedo— al ver una especie de chancho gigante, totalmente negro, una mezcla de cuerpo de caballo con lobo, algo así como un monstruo que se movilizaba en dos patas y que huyó entre las sombras del jardín de su casa. Por supuesto, registramos todo el country y se redobló la vigilancia. Sin embargo, no logramos dar con la fiera. Les sugiero estar alertas; en particular, durante las noches.

Ya en su casa, Gerónimo y Teté les contaron a sus hijos y domésticas lo que había ocurrido y les aconsejaron extremar las precauciones a partir del atardecer.

Como la Luisona continuaba en su cama del vestuario, descompuesta, con fuertes dolores de cabeza y somnolienta, fue la misma Teté quien se le acercó a conversar para informarla del hecho y llevarle algunos remedios.

—Estarás insolada, nena; demasiada pileta justo a la hora de la siesta. Ya les repetí —mil veces— a Patricio y Alfonso que te enseñen a nadar alrededor de las seis. Y ahora vas a quedarte en reposo hasta que te repongas por completo, ¿entendiste?

Enero concluyó sin que —por fortuna— volviera a reiterarse otro episodio tan desagradable como el del ataque del supuesto monstruo.

Recobrada la paz en "Tierra Galana", lo sucedido entró a formar parte del anecdotario del lugar como algo inexplicable.

En la residencia de los Noziglia, las jornadas también tornaron a la normalidad.

Milagritos estaba cada día más gorda y saludable; la Luisona ya sabía nadar y Patricio y Alfonso mejoraban —aceleradamente— en sus clases de tenis.

—Otra que Vilas y Clerc... —se decían, orgullosos. —En el torneo juvenil de fines de febrero, seguro que "matamos". No hay otro dúo como nosotros...

La noche correspondiente al principio del torneo de tenis intercountries, Teté y Gerónimo salieron junto con sus pequeños deportistas rumbo a las canchas de un club del campo vecino.

Hilaria y la Tota aprovecharon esas horas libres para ver la tele y Honoria se fue a su habitación, dispuesta a adelantar su tejido, como cada vez que se le presentaba algún tiempito sin tareas. La beba dormía desde temprano, bien satisfecha tras su última mamadera.

Hacía rato que la Luisona se había ido a su cuarto: llevaba una pila de revistas que le había prestado Patricio aunque pensaba que no iba a leer demasiado, doliéndole la cabeza como le dolía. Además, se sentía muy ansiosa sin saber por qué.

Pronto apagó el velador del vestuario y dejó que la luz de la luna, de una nueva y hermosa luna llena ocupara el recinto.

Exactamente a la medianoche, cuando todos los relojes marcaban las doce, Arco y Flecha empezaron a ladrar desaforadamente.

Como los Noziglia aún no habían vuelto, Honoria animó a Hilaria para

que saliera con ella al parque, ambas armadas con escobas, mientras la Tota vigilaba detrás de un ventanal con la orden de telefonear a la policía si sus compañeras no regresaban enseguida.

¿Enseguida? Casi volando podría decirse que Hilaria y Honoria ingresaron en la casa a poco de salir.

Estaban tan aterradas que no acertaban a contar lo que había sucedido.

La Tota temblaba, a la expectativa de ese relato que cuanto más se demoraba más la empujaba al borde de un ataque de nervios.

Pálida, muy pálida, fue Honoria quien acertó a hablar primero. Hilaria lloraba, desesperada.

Arco y Flecha ya no ladraban aunque sí los perros del vecindario, con el mismo vigor de aquella otra noche de mediados de enero.

—La bestia... —murmuraba Honoria. —La bestia salvaje... ese monstruo negro y peludo mató a los dogos... A dentelladas... Disparó a través del parque hacia la calle no bien se dio cuenta de nuestra presencia... Aulló y nos mostró sus increíbles colmillos ensangrentados, antes de escapar... Ya no tengo dudas. Lo vi con mis propios ojos... Es un lobisón... Vamos, rápido, telefoneen a vigilancia. Hay que atraparlo. Todos corremos peligro... Está endemoniado... Necesita matar...

Escasos minutos después, una patrulla recababa información en la casa de los Noziglia, mientras que otros dos rastrillaban el country a la caza de la insólita fiera.

Cuando Gerónimo y su familia retornaron al hogar escucharon la versión de Honoria y —de repente— pensaron en la Luisona.

—¡Pobrecita! —exclamó Teté. —¡Estará paralizada de horror en ese cuartito! ¿Cómo no la fueron a buscar? Tan chica y tan sola...

Entonces, Gerónimo y dos custodios se dirigieron hacia el sector de los vestuarios. La puerta del que ocupaba la niña no estaba cerrada con llave pero ella no se encontraba allí.

—¡Dios mío! —gemía Teté al enterarse. —¡Qué no le haya ocurrido una desgracia!

Toda la gente del country pasó esa noche en vilo, a la espera de novedades.

Ni rastros de la fiera pero tampoco de la nena...

La familia Noziglia casi se desmaya de alivio cuando vieron a la Luisona atravesar —lentamente— el sendero de entrada a la residencia, ya próximas las seis de la mañana.

Volvió muy demacrada, con un susto tal que le impedía hacer otra cosa que sollozar. Sus ropas estaban desaliñadas, con restos de barro, al igual que sus piernas y zapatillas. Manchas de tierra sobre la carita y los brazos. Su largo pelo en total desorden. Parecía haber sido protagonista de la más truculenta de las películas.

La Tota la ayudó a bañarse, la cambió, la peinó.

Hilaria le sirvió el desayuno.

—La Luisona tiene que descansar ahora —opinó Teté. —Está bajo los efectos de un terrible shock. Inútil pretender que hable en este momento... Seguro

que la fiera intentó atacarla y la nena se escapó por ahí... Pobre santa; pensar que le hubiera podido pasar a cualquiera de mis hijos...

A la tarde, un médico asistía a la Luisona y confirmó los comentarios de Teté.

"Esta nena está como sonámbula. Sufre un estado de profunda impresión del que le va a costar recobrarse. No conviene que le hablen más del asunto. Si ya podemos imaginarnos qué le sucedió..."

Más o menos convencidos de la versión de Honoria, en cuanto a que el extraño animal era un lobisón (por más disparatado que les pareciera tomar en consideración esa posibilidad) toda la comunidad del country realizó una reunión de emergencia con las patrullas de vigilancia.

Y fue Honoria la que —por décima vez— volvió a exponer —frente a la incredulidad de la mayoría— su firme creencia:

—Sé que ustedes piensan que es una superstición, pero yo me crié en Corrientes, una provincia donde hubo varios casos de lobisones... Se trata del séptimo hijo varón de una pareja que —debido a un misterioso hechizo— se convierte en una fiera feroz cada noche de plenilunio (y recuerden que aquí fueron dos las oportunidades en que se manifestó; las dos, noches de luna llena...). Nadie puede impedirlo; es su destino.

Para transformarse se desnuda, da siete vueltas sobre la tierra y pronuncia unas palabras de brujería. Ahí es cuando empieza a perder su apariencia humana, se llena de pelos y pezuñas, se le desfigura la cara y el cuerpo como el de un animal monstruoso y sale a atacar a los perros y a comer inmundicias.

En general se alimenta de estiércol de gallinas y de los huesos de los muertos... pero como por aquí no hay gallineros ni cementerio cercano...

Ah... y hay que tener mucho cuidado con él no sólo por sus ataques. Sucede que si pasa entre las piernas de una persona, logra romper su propia maldición... pero al desgraciado que le toca esta experiencia... ¡se convierte él mismo en lobisón!

—¿Cómo consigue transformarse —de nuevo— en ser humano...? —le preguntó —angustiada— una señora que también había perdido sus perros la medianoche anterior.

—Pues bien, pega tres saltos, vuelve a revolcarse en la tierra y busca la ropa que dejó escondida en algún sitio... Se viste y retorna a su casa cerca del amanecer, olvidando lo que hizo. Siempre fue así y así será.

—Pero... ¿no existe ningún modo de acabar con tamaña fiera?

—Sí —prosiguió Honoria. —Hay dos métodos infalibles. Uno, herirlo con un facón bendecido que tenga el mango y la hoja en forma de cruz. El otro, dispararle una bala de plata —también bendecida—.

Después de la reunión de emergencia, los socios del country se pusieron de acuerdo con el equipo de vigilancia para procurarse armas blancas en forma de cruz y escopetas munidas de balas de plata. Bastante a regañadientes por lo que aseguraba que era una absurda superstición campesina, el sacerdote de la Capilla de "Tierra Galana" accedió, finalmente, a bendecir los elementos de la defensa. Se aproximaba mediados de marzo y con él, una nueva noche de luna llena. Entonces, por si acaso...

Aunque ninguna de las familias que colmaban el country tenía siete hijos varones y muchos desconfiaban de la verosimilitud del relato de la cocinera de los Noziglia, era indudable que una fiera rarísima había logrado introducirse en el lugar en dos ocasiones.

Si su aparición se repetía, ya no los iba a tomar desprevenidos. Tampoco —pensaban— era cuestión de irse y dejar "Tierra Galana" a merced de las depredaciones de quien —lobisón o no— había demostrado su gran peligrosidad. Debían capturarlo antes de que se terminaran las vacaciones.

—¿Y, Luisona? —le preguntó Teté a la niña mientras ésta se encontraba jugando con la pequeña Milagritos. —¿Te gustaría volver con nosotros en diciembre?

—Y... sí... pero...

—Si todavía estás asustada por el tema del lobisón, ni te preocupes. Las próximas vacaciones no las pasaremos aquí, sino junto al mar... Milagritos ya estará caminando para entonces...

—A nosotros nos gustaría que vinieras, Lui; ¡te vas a maravillar cuando conozcas el mar! —le dijeron Patricio y Alfonso. —Y ahora que aprendiste a nadar... Además, mamá nos prometió comprarnos dos cockers... Con lo que te atraen los perritos...

Contra lo que podría prejuzgarse —dado que los chicos tenían sus amigos y casi ninguna actividad para compartir con la entrerrianita— a ambos les había despertado afecto. Y ella también los quería.

En realidad, menos el de Honoria, la Luisona había conquistado el cariño de toda la familia Noziglia. Hasta el de los pobres Arco y Flecha, que habían sido enterrados debajo de uno de los pinos del parque, durante una ceremonia casera que emocionó a chicos y grandes.

Cuando llegó la temida noche de luna llena de mitad de marzo, "Tierra Galana"' en pleno se mantuvo alerta.

Ningún adulto se retiró a dormir.

Las patrullas de vigilancia recorrían constantemente todas las calles del country.

Los hombres montaban guardia en los alrededores de sus residencias. Las mujeres se mantenían en vigilia detrás de los cristales, tras haber asegurado el cierre de puertas y ventanas a pesar del intenso calor. Los animales habían sido ubicados a resguardo de cualquier ataque. Sólo los niños dormían, y después de protestar bastante porque no deseaban perderse la probable aparición del monstruo, amparados como ahora se sentían. Si hasta a la Luisona le habían colocado un colchoncito en el cuarto de Milagritos y junto a su cuna, porque Teté decía que no había que exponerla a ningún riesgo.

Sonaron las doce, las doce y media, se oyó el repique de la una...

El brillo lunar embellecía el country como pocas veces. Ningún sonido turbaba esa noche.

Fue a las dos menos cuarto en punto cuando el llanto de Milagritos —en la casa de los Noziglia— interrumpió la tensa calma. Un llanto muy distinto del usual, como si la bebita estuviera en presencia de lo demoníaco.

Enseguida, Teté y las mucamas se lanzaron escaleras arriba, rumbo a su

cuarto.

Mientras subían a la carrera y escuchaban los gritos de Patricio y Alfonso preguntando qué estaba pasando, oyeron un golpe seco que provenía de la parte posterior de la casa, como el de un peso que hubiera caído sobre el pasto.

Teté, sus hijos y el personal de servicio, entraron casi al mismo tiempo a la habitación de la beba. Encendieron las luces y vieron a Milagritos —ilesa— aferrada a los barrotes de su cuna y chillando con toda su energía.

También vieron que la Luisona no estaba allí y que la ventana que daba al parque se encontraba abierta.

Mientras abrazaba a Milagritos con gran angustia y sus hijos disparaban llamando al papá —que rondaba a través del parque, escopeta en mano— Teté tuvo un acceso de furia contra Hilaria y la Tota: —¡Son unas inútiles! ¡Y eso que les repetí hasta el cansancio que cerraran bien todas las ventanas del primer piso! ¡Justo olvidaron ésta, imbéciles!

—No, señora... —intentaron defenderse. —Si nosotras...

—¡Cállense, por favor! ¿No se dan cuenta de que el monstruo raptó a la Luisona? ¡Y miren, quiso atacar a Milagritos, Dios!

Parte de la manta rosa que cubría la cuna estaba desgarrada, rota en jirones, con indicios de haber sido sometida a la presión de filosas pezuñas.

Honoria estaba asomada a la ventana, iluminando hacia abajo con una linterna.

En ese instante, llegó Gerónimo, ya al tanto de todo lo sucedido.

Después de comprobar que su hijita no había sido víctima de ningún otro daño que un enorme susto, corrió nuevamente al parque, con la intención de alcanzar a la fiera.

Un grupito de vecinos marchó detrás de él y otros se separaron —en distintas direcciones— a fin de difundir la noticia de que la bestia andaba por los alrededores..

¿Cuál sería la suerte corrida por la pobre Luisona?

Muchos fueron los disparos que retumbaron entre los pliegues de aquella noche.

En el frenesí por darle caza al temible invasor, cada uno creía detectarlo, escabullendose en el espeso follaje, ocultándose entre los árboles...

Los hombres se dieron por vencidos a las seis y media de la mañana. Sus esfuerzos habían resultado infructuosos.

Ni rastros del monstruo ni tampoco —lamentablemente— de la Luisona.

Cuando —horas después— una patrulla encontró a la niña —tirada en una zanja y de ojitos inmóviles, abiertos hacia el cielo— la indignación que sacudió a los que la componían no tuvo límites.

Estaban acomodando su cuerpo en una camilla —mientras se juraban eterna venganza contra la bestia que se había ensañado con esa inocente— cuando una de las enfermeras le descubrió la herida de la bala abierta en un costado —de donde aún manaba sangre— y otra, las hebras de lana rosa que aferraba en una de sus manos y que le entresalían de la boca.

La bala, era una de las de plata...

Las hebras, las de la manta de la cuna de Milagritos...

Horrorizados, comprendieron entonces que aquella muchachita era lobisona, que se había cumplido el embrujo que pesaba sobre su condición de ser la séptima hija mujer como —más tarde— averiguaron que era.

¿Dónde queda el futuro?

Octubre de 1990.

Ya había transcurrido poco más de un mes desde la muerte de su adorado abuelo Christian.

Recién entonces —de almita despellejada— Bárbara sintió que debía esforzarse al máximo, ser todo lo valiente que él hubiera esperado y ver —por fin— la videocasete que le había hecho grabar especialmente, durante los últimos días de su enfermedad.

Allí, en esa caja plástica, pervivían la imagen y la voz del abuelo. Difícil reprimir la intensidad de los sentimientos y ser una espectadora objetiva y atenta de la cinta.

Sin embargo, el momento no podía ser más propicio.

Alta la luna de la medianoche; sus padres en cálida reunión de amigos íntimos conversaban en la planta baja de la casa, los hermanos menores dormían como ángeles, después de ese sábado de juegos y deportes al aire libre... y ella, sola en su habitación del primer piso, en su "cuarto creciente", según decía el cartel que había pintado y pegado a la puerta de acceso.

¿Cuarto creciente? Lo había bautizado así al darse cuenta de que —de alguna manera— él iba creciendo a la par de ella. "No en dimensiones, claro... —reflexionaba Bárbara— pero como lo ocupo desde mi nacimiento... se va modificando al compás de mi ritmo interior. .. ¡Cuántos cambios le tocó experimentar en estos doce años! Bien se nota en las fotos que mami fue tomando aquí... De la especie de enorme cuna acolchada que era el principio, casi se convirtió en una sucursal del jardín de infantes después..., en casa de muñecas más adelante —celosamente protegida de la invasión de mis hermanitos varones— hasta transformarse en este tipo de “simulador o cabina casera de semilla de astronauta” que es ahora, como dice papi al observar la suma de posters con dibujos del universo que empapelan las paredes... los colgantes que reproducen el sistema solar en miniatura... las frases célebres acerca del tiempo y del espacio que transcribí en cartulinas y adosé a las puertas del placard... el diminuto televisor con video reproductora... mi teléfono de acrílico transparente... el walkman... y —sobre todo— ¡la super computadora, la amiga electrónica del abuelo Christian, la formidable procesadora que me regaló poco antes de morir y que tanto insistió para que yo aceptara! No porque no me atrajera poderosamente, nada de eso; pero me resistía a enfrentar la idea de que él estaba despidiéndose para siempre, que me la dejaba como herencia, que con ella iba a recibir yo —también— su silencioso trabajo de años, bajo la factura de un montón de disketes llenos de programas imaginados por él en torno al tema que a

ambos nos apasionaba: el futuro.

—Bárbara... *una* entre mis ocho nietos... pero ninguna como ella más adecuada para recibir este legado... digamos... cibernético... Nadie que lo merezca tanto... —había repetido el abuelo por entonces, para fundamentar su sentir ante lo que parte de la familia consideraba un injusto favoritismo. —¿O acaso no le fascina —como a mí— todo lo que es posible descubrir alimentando la inteligencia artificial de mi amiga electrónica? ¿Quién ha sido —si no Bárbara, además— la única alumna de este viejo jubilado, la compañera de solitarias horas de aislamiento en mi taller, mientras que —mate va y mate viene— iba interesándose cada vez más por el aprendizaje de la computación?

Estoy seguro de que ella no calcula el valor económico de mi equipo; ni se le ocurriría venderlo... Absolutamente no. ¿No advirtieron —todavía— que tiene gran talento para internarse en el fantástico terreno de la informática, ése al que yo pisé tarde por razones de edad pero que me revitalizó más que cualquiera de las medicinas? Y bueno, si creen que es mi “preferida” tómenlo así, que si a las afinidades entre las almas les llaman "preferencias" no voy a ser yo quien los

convenza de otra cosa... Pero no ignoren que Bárbara es una de las concurrentes más aventajadas del curso de computación de su escuela... "Sobresaliente", dijeron sus profesores... ¡Y ya formó su propio grupito particular!, ¿lo olvidaron? "Quásars"... así había denominado la nena al miniclub que componían ella más cuatro compañeros de computación. Acostumbraban a compartir las mañanas de los sábados, ya fuera para leer cuentos de ciencia-ficción, para repasar lo aprendido en las clases de informática o discutir las teorías del abuelo Christian, que Bárbara se ocupaba de transmitirles, casi textualmente.

En el "cuarto creciente" se congregaban. Y —aunque trataran de disimularlo— ninguno de los varones del grupito (Gonzalo, Alejo, Lisardo y Rafa) lograba apagar la admiración que sentían por la notable capacidad intelectual de su amiga.

Sólo cuando ella no estaba presente, los muchachitos hacían comentarios acerca de sus dotes. —No sea cosa que se engrupa... —decían.

Poco después de haberse enfrascado en sus breves evocaciones nocturnas, Bárbara colocó el videotape y accionó las teclas de la reproductora, lista ya para ver la cinta que le había dejado el abuelo.

La filmación comenzaba con un paneo sobre el taller e iba aproximándose —con lentitud— a un gran retrato de Albert Einstein, el sabio alemán que revolucionó la física y que era una suerte de ídolo para el abuelo. De inmediato, él mismo aparecía en primer plano, con su largona y blanca cabellera desordenada y la más dulce de sus sonrisas.

Tras carraspear, alisarse un poco el pelo —fija su clara mirada en la cámara que lo enfocaba— empezó a hablar:

"Mi queridísima Bárbara; ya andaré en otra dimensión cuando te entreguen este video y sé que —por lo mismo— va a costarte mucho parar las orejas con la atención y la alegría con que me escuchabas cuando estábamos juntos. Pero te ruego que trates de espantar los sentimientos de tristeza porque es algo deslumbrante lo que deseo revelarte: acabo de diseñar un programa insólito que permite ver nada menos que días futuros en la pantalla de la computadora, tal como si se reprodujeran diapositivas comunes y corrientes.

Supongo que ya tendrás a mi "amiga electrónica" instalada en tu cuarto, las disketeras en orden y que también contarás con todos los apuntes y disketes que me pertenecieron. Bien; esta caja que te muestro ahora, envuelta con papel madera y con una etiqueta que dice "Proyecto Cronos", ¿ves?, contiene los disketes donde archivé toda la programación relativa a la posibilidad de asomarse al futuro.

Recordarás cuántas veces te conté partes de la novela imaginada por el escritor Wells hacia 1895, ¿no?, ésa sobre la máquina del tiempo con la cual se lograba llegar casi hasta el final del mismo. Ah... pero no te ilusiones con que se logre tal portento con mi programa...

Aunque me resultó muy complejo diseñarlo, el salto hacia la posteridad que permite realizar no va más allá del año 1991... Sin embargo, confío en que tus tanteos y exploraciones con este invento —asistida por los demás "quásars"— hará que lo vayan perfeccionando hasta que la amiga electrónica sea capaz de brindarles escenas de épocas más lejanas del porvenir. Encontrarán instrucciones

para avanzar en la experimentación. Te repito que las imágenes son fijas pero increíblemente nítidas.

Una confidencia, a modo de anticipo: me enternecí viéndote con Alejo durante septiembre del año que viene... Tal vez ni siquiera lo presientas, pero es seguro que será tu primer novio, Barbarita... Ejem, lo que presencié me lo reservo...

...Aunque te advierto que no deberás indicarle a la computadora *ese* mes en presencia de tus amistades... si es que te interesa guardar el secreto de tus amores...

Bien. Como el día de hoy es aún "todavía" y *ahora* es el tiempo en que el tiempo es *ahora*, me siento feliz de tener la oportunidad de dejar en tan buenas manos los resultados de las investigaciones de este aficionado que... pronto ha de partir... ¡con su misión cumplida, de vuelta a la base...!, ¿eh?

Que tu vida sea todo lo bella que aspiro, mi querida.

Te ama, tu abuelo. Siempre."

Bárbara rebobinó y fue única espectadora de la valiosa videocasete una y otra vez durante el transcurso de la semana que pasó, hasta que llegó el nuevo sábado de encuentro con el grupo "Quásars".

Los chicos llegaron a su cuarto con una intriga tan creciente como el nombre del lugar.

No era para menos. Bárbara había excitado su curiosidad comentándoles —agrandes rasgos— el descubrimiento que había hecho su abuelo!

— ¡Alucinante!

—¡Increíble!

—¡Es la proeza más grande de la inteligencia en la historia del siglo!

—¡Genial!

Rafa, Alejo, Lisardo y Gonzalo no cesaban de exclamar apreciaciones por el estilo de las recién citadas, a medida que iban comprendiendo el "Proyecto Cronos". Cuando resolvieron que ya podían animarse a probarlo, la ansiedad dominaba a los cinco amigos por igual. Sobre todo, a Bárbara.

Y fue ella quien encendió la computadora y Alejo quien cargó todos los diskettes —de acuerdo con la numeración progresiva de sus etiquetas— para instalar el sistema del proyecto... Rafa quien releía los apuntes que indicaban cómo debían operar. Lisardo el que pulsó la clave de acceso... y Gonzalo quien tecleó el último "ENTER" para que aparecieran en la pantalla aquellas palabras:

"Bienvenidos. Proyecto Cronos. El "compañero intergaláctico", Christian Lang, tiene el placer de presentarles la serie de instrucciones a seguir, a fin de que —quien lo disponga— pueda viajar al año que viene..., o sea, a 1991..."

Entonces se produjo un alboroto entre los "Quásars". Cada uno de ellos quería ser el primero en contestar los datos que se les solicitaba desde la pantalla:

"Indique mes, día, hora, lugar geográfico del año 1991 al que desea trasladarse sin moverse de su sitio."

"Agregue las precisiones que estime imprescindibles."

Al fin —caballeros no obstante su escasa edad— los muchachos convinieron en cederle el primer turno a Bárbara. A continuación, ellos también

eligieron fechas y lugares sin discriminación, aunque la mayor curiosidad se las despertaba conocer el futuro de ellos mismos y sus familiares, claro.

Indescriptible el asombro ante las escenas que se proyectaron en la pantalla de la computadora.

Azorado, pudieron contemplar el nacimiento de la hermanita de Gonzalo, que se aguardaba para febrero de 1991... El triunfo del equipo de fútbol escolar del que Rafa era capitán y cuyo partido final estaba agendado para mayo... Un paseo turístico por Roma, efectuado por los padres de Alejo y que habían planeado para agosto... La construcción de una piscina en los fondos de la casa de Bárbara, regalo que el papá les había prometido para octubre... El recital de piano que Lisardo ofrecía en el teatro de la escuela, calculado para el fin de curso, en diciembre...

También, se divirtieron muchísimo al contemplar a ciertas personalidades nacionales y mundiales, sorprendidas en situaciones de las que —seguramente— el periodismo no tendría ni noticias... Se preocuparon al enterarse de sucesos algo desagradables que iban a ocurrir... y casi se quedan pasmados al verse ellos cinco, en ese mismo cuarto —el sábado 21 de diciembre de 1991— frente a la computadora, pulsando una fecha posterior: "1992".

Entonces —si se dedicaban a estudiar seriamente el proyecto— ¡hacia fines de año estarían en condiciones de avanzar en sus fantásticos viajes a través del tiempo!

Pero qué profunda fue su decepción cuando —al comunicarles a padres y maestros que se hallaban trabajando con un invento tan sensacional y explicarles los siguientes pasos que pensaban dar, los adultos —invariablemente— concluyeron que se trataba de un juego de chicos, de un ingenioso videojuego sí, pero producto de la mente afiebrada de un anciano que había entretenido sus ocios de jubilado confundiéndose entre sus delirios como si fueran realidades.

No obstante, a lo largo de 1991, los “Quásars” se empeñaron —con obstinación— en barajar todas las probabilidades a fin de conseguir —siquiera— un leve perfeccionamiento del Proyecto Cronos.

Y ocurrió que el sábado 21 de diciembre de ese año —tal como la computadora lo había previsto— los chicos ya estaban en condiciones de formular las instrucciones necesarias para desplazarse hasta 1992.

Desde ese importantísimo adelanto hasta poder ubicar en la pantalla el año 1995, sólo mediaron algunos meses más de absoluta dedicación a la tarea en común que los atrapaba.

Sin embargo, apenas ingresaron aquellos datos referentes a julio de 1995, los abrumó el desaliento.

—Habremos cometido errores en los cálculos... —dijo Bárbara. —No puede ser que en la pantalla no aparezca nada...

—¿No estará fallando la computadora? —opinó Alejo.

—A ver, déjenme a mí —intervino Lisardo. —Voy a introducir unas instrucciones muy generales y precisas... Por ejemplo... ¡Ya está! Supongamos que queremos trasladarnos al día 1 de enero de 1995... y contemplar el planeta Tierra desde el espacio... como si fuéramos astronautas.

Gonzalo pulsó las teclas que hacían falta, al dictado de Rafa, que era el

más cuidadoso para anotar por escrito los datos con que después debían de alimentar a la computadora.

Entonces —tras unos instantes de tensa expectativa— la máquina empezó a mostrarles una especie de astro desconocido junto a la familiar luna, el famoso satélite terráqueo.

Desconfiando de la corrección de sus instrucciones, los chicos las revisaron exhaustivamente hasta tener la certeza de que no se habían deslizado equivocaciones. Ampliaron la información requerida —por las dudas— y —de inmediato— insistieron con el tecleo.

Una sensación de horror los unió cuando —finalmente— se convencieron de que la Tierra ya no estaba en donde debía, que *era* aquel extraño astro que escoltaba a la luna.

Consternada, Bárbara reprodujo la orden de Alejo pero pulsó las teclas de modo de trasladarse sucesivamente a septiembre, octubre y noviembre de 1994 e indicó que aparecieran en pantalla distintas zonas del mundo.

Las imágenes que se registraron ante sus ojos los paralizaron: misiles oscureciendo los cielos, ciudades en ruina, millones de cadáveres diseminados aquí y allá, océanos negros y desbordados, lluvias —como ácidos— devorando los bosques, hongos radioactivos arrasando todas las regiones del planeta...

De repente, aquellos titulares de diarios en diversos idiomas.

Contuvieron la respiración hasta que leyeron, en castellano:

"Los movimientos internacionales en favor de la paz lamentan —de corazón— su fracaso en las negociaciones tendientes afirmar el cese de hostilidades entre las superpotencias.

Lamentan que la ilimitada estupidez humana y su ciega ambición hayan puesto a nuestro planeta al borde de un colosal estallido nuclear. De producirse, será el fin de la Tierra. Los científicos pacifistas han anunciado que explotará en miríadas de partículas para convertirse en un satélite de nuestro propio satélite, la luna. "

Bárbara se echó a llorar entre los brazos de Alejo —su noviecito desde tres meses atrás— que no sabía cómo consolarla. ¡Él también estaba aterrado ante la perspectiva de ese futuro tan cercano!

Entretanto, Lisardo, Rafa y Gonzalo manipulaban la procesadora con la intención de que les presentara —con la mayor proximidad posible— imágenes de los restos de la Tierra.

Lo único que pudieron ver fue algo así como un conglomerado de rocas desiertas y humeantes, como la suma de infinidad de retorcidos cascarones de gigantescos animales muertos.

Cuando el grupito de los "Quásars" —muy conmocionados— informó a la gente mayor acerca de la catástrofe planetaria que amenazaba a todos por igual, nadie reaccionó dando crédito a sus palabras ni a las pruebas que —decían— les ofrecía "la amiga electrónica".

—Juego de chicos... —sentenciaron —un ingenioso videojuego —sí— pero producto de los delirios del viejo Herr Christian, el que ¿a quiénes sino a los niños iba a seducir con sus disparatadas ideas, surgidas al azar?

Poco después, el "Proyecto Cronos" fue destruido e incinerado por los padres de Bárbara, con el consentimiento de los de Alejo, Rafa, Lisardo y Gonzalo y —sobre todo— tras las evaluaciones que del mismo hicieron —a vuelo de pájaro— sus profesores de informática. Fueron ellos quienes recomendaron acabar —de ese modo— con "la pesadilla de ciencia-ficción que había perturbado tanto a las imaginativas criaturas...", agregando que estaba "basada en una absurda teoría, ¡vaya; si el futuro es un lugar que todavía no existe...! "Entonces"... —pensaban los "Quásars", sufridos e impotentes ante estos contradictorios razonamientos de los adultos que más querían y que se encontraban —tal como ellos y la mayoría de los seres de la tierra— indefensos frente a la locura de los violentos belicistas—" si el futuro no existe... aún es posible dedicar todas las energías para evitar una nueva guerra mundial... El día de hoy es “todavía”... ¿O no?"

Epílogo

ROMANZA DE CIERRE PARA "QUERIDOS MONSTRUOS"

Con terciopelos de fantasía,
yo te propongo imaginar
un telón y una melodía
para esta función que va a acabar.

Espero que mucho haya gozado
tu corazón —igual que el mío—
con el pánico desatado...
con cada temblor o escalofrío...

El rey de lo macabro asegura:
—No existe un monstruario mejor
que este de horribles aventuras,
con vidas que van de mal en peor...

A la noche tendrás pesadillas,
¡un espanto de diversión!;
sentir miedo... ¡qué maravilla!
¡Y —ahora— que caiga ya el telón!

Cinturones a aflojar,
terminó el viaje...
(pero hoy lo vas a soñar...
¡junta coraje!)

FIRMADO: EL FANTASMA DE LA ÓPERA

Se terminó de imprimir,
en el mes de Marzo de 1992,
en Artes Gráficas Benavent Hnos. S.A.I.C.
Aldecoa 963/69 - (1870) Avellaneda,
Prov. de Buenos Aires - R. Argentina

****